Sophie Saint Rose

Serie oficina

# Un Buen Negocio






Un buen negocio

Sophie Saint Rose

Capítulo 1

—Lisset, tráeme un café.

—No.

El silencio al otro lado de la puerta de caoba la hizo sonreír. —Por

favor…

—Señor Madison, lo tiene prohibidísimo. Ni con un mega aumento de sueldo iba a conseguir que me acercara a esa cafetera, así que sea bueno o llamo a su mujer. ¿Quiere discutirlo con ella?

—Increíble. ¿Me estás amenazando con llamar a Laura?

—Yo solo soy su secretaria. Las broncas por ser irresponsable le corresponden a su mujer, que para eso dijo sí quiero ante el altar.

—No soy irresponsable. ¡Solo quiero un café!

—Espere que se lo pregunto a su mujer.

—Déjalo.

—Le advierto que como vaya a la máquina que hay en el piso de abajo, su mujer se presentará aquí antes de veinte minutos, le cogerá de la oreja y le enviará a casa tan rápidamente que ni se dará cuenta de qué ha ocurrido.

—Grrr.

Sonrió divertida al ver que la luz del interfono se apagaba. Al menos se había dado por vencido. Cada vez le costaba menos convencerle. Era increíble que después de dos infartos, el último apenas hacía un mes, siguiera enganchado a la cafeína. Poco a poco conseguirían desengancharle. Costara lo que costara, pero ella no se quedaba sin jefe. Por supuesto que no. Hacía dos años que trabajaba para él y nunca había sido más feliz. Si tenía que cuidarle como si fuera su madre, lo haría. Vaya si lo haría.

La chica del correo llegó en ese momento y Lisset sonrió apartándose un mechón moreno de la frente. —¿Cómo te va, Kathlyn?

Bufó deteniendo el carrito ante su mesa. —¿Quieres la verdad o lo que le digo a todo el mundo?

—La verdad. —Alargó la mano para coger el montón de cartas que le entregó. —No puede ser para tanto.

—¿Qué no? La señorita Morris de la quinta planta se cree que soy su asistente personal. ¿Quieres saber la última? En cuanto termine esto, tengo que ir a la tintorería a por uno de sus trajes.

Lisset parpadeó sorprendida. —¿Bromeas? ¿Y por qué tienes que hacer tú eso?

—Porque soy la última pringada de esta empresa y porque al parecer se ensució el traje en la última reunión de dirección y se lo paga la empresa. Así que ya ves, a patearme medio Manhattan para ir a la tintorería, que por cierto está al lado de su casa, para traerle el traje hasta aquí.

Entrecerró sus ojos azules y levantó el auricular. —Espera un minuto.

—¡No! ¡No llames a nadie!

—¡Eso no es justo y no forma parte de tu trabajo, que es repartir el correo!

—A veces tenemos que hacer recados. Lo sabes.

—Una cosa es ir a buscar algo de la empresa o para la empresa y otra muy distinta hacer recados personales y menos si no es una emergencia.

—¿Qué ocurre aquí?

Se volvieron hacia el señor Madison, que con las manos metidas en los pantalones del traje azul que había llevado ese día, las miraba con el ceño fruncido. Lisset sonrió al ver que se había quitado la chaqueta del traje y mostraba los tirantes azules con rombos granates que hacían juego con su corbata. —No pasa nada, señor Madison. Tenemos una diferencia de opinión sobre lo que es el trabajo de Kathlyn. ¿Usted cree que ir a buscar el traje de

una de las trabajadoras, a la tintorería que tiene al lado de su casa, forma parte del trabajo de la chica a la que se le paga por repartir el correo?

George Madison tercero frunció el entrecejo como si aquello oliera fatal. —¿Necesita el traje para alguna reunión con algún cliente?

Kathlyn avergonzada y roja como un tomate negó con la cabeza. —

Pues no es tu responsabilidad ir a buscarlo. —Se acercó a Lisset. —Ponme con la aludida.

—Señorita Morris, quinta planta…

George apretó los labios. —Espera…

Las dos le miraron asombradas. Se volvió hacia la chica del correo.

—Vete a buscar su traje y te pagaré una prima a final de mes. Si quiere más recados, ¿puedes hacerlos?

—Sí, por supuesto. Lo haré si usted me lo pide y no tiene que pagarme nada.

—Sé que no forma parte de tu trabajo, así que se te pagará una prima.

No te preocupes. —Miró a Lisset. —Avisa a los de administración para que durante las semanas que la señorita Morris esté entre nosotros, a Kathlyn le aumenten el sueldo un veinticinco por ciento.

La chica abrió los ojos como platos. —Gracias, jefe. Haré todo lo que me diga.

—Esto quedará entre nosotros.

Ambas asintieron viéndole entrar de nuevo en el despacho y Lisset se quedó mirando la puerta cerrada pensando en ello.

—Parecía preocupado, ¿verdad? —preguntó Kathlyn mirándola con sus ojos castaños—. ¿Está bien? ¿No estará enfermo otra vez?

—No. Al menos creo que no, porque la última vez no me dijo que le dolía el pecho hasta que se desmayó.

—Menudo susto te llevaste. —Se sentó en la esquina del escritorio.

—¿Qué crees que tiene con esa gilipollas?

—No tengo ni idea, pero voy a averiguarlo.

—¿Te has fijado que ha dicho que se quedaría unas semanas? Cuando esa déspota llegó hace un mes, creía que el puesto era para ella y ahora la cuida de esta manera. Aquí hay algo raro.

Lisset miró a Kathlyn a los ojos. —Pregunta por ahí por ella discretamente. Quiero saber a lo que se dedica exactamente. Sé que está en la captación de clientes, pero averigua si ha captado alguno o si su puesto es fachada.

—Entendido, jefa. Ya pongo la oreja.

Su amiga empujó el carrito hasta la puerta y le guiñó un ojo antes de salir haciéndola sonreír. Ella se enteraría de lo que le interesaba y Lisset investigaría por su cuenta. Levantó el auricular y pulsó la extensión veintidós.

—Jossie, ¿cómo te va? —Sonrió divertida. —Ni hablar, no vuelvo a ir al bingo contigo para que me presentes a tus amigotes. ¡No había uno con menos de cincuenta años! —Se echó a reír y cuando se calmó preguntó —¿Te parece si quedamos para comer? Sí, quiero despellejar a alguien como a ti te gusta. ¿Que quién es? Una borde que me encontré en el ascensor —susurró mirando hacia la puerta del jefe—. ¿Qué sabes de la señorita Morris? Sí, la de la quinta. —Abrió los ojos como platos. —¿La has conocido? Claro, fue a firmar el contrato. ¿Qué te llamo lenta cuando no encontrabas el bolígrafo y que te dijo que tenías que adelgazar para ir más rápido? Uy, uy,

ésta ha entrado con el pie izquierdo. Al parecer se está buscando enemigos. Sí, tiene pinta de niña rica consentida. Ah, que tiene tres carreras. Me lo cuentas en la comida. Te veo donde siempre. Sí, si no llego antes que tú, pídeme lo de siempre. Te veo luego.

Lisset entró en el despacho antes de salir a comer con el correo preparado para firmar, cuando se encontró a su jefe hablando por el teléfono móvil. —Sí, por supuesto. Estaré encantado de cenar contigo. ¿Esta noche? —La miró a los ojos interrogándola con sus ojos grises y ella asintió. —La tengo libre. Bien, gracias. Nos vemos esta noche. —Tiró el teléfono sobre la mesa y sonrió de oreja a oreja.

—¿Quién era?

Su jefe encogió los hombros sin perder la sonrisa. —Un potencial cliente que me ha conseguido la señorita Morris. —Se sentó cruzando los dedos sobre su vientre. —Puede que sea una bruja, pero tiene unos contactos fantásticos.

—Me alegro de que sirva de algo. —Sonrió aliviada porque ahora lo entendía todo. —¿Así que nos ha conseguido clientes?

—De momento solo éste, pero si lo consigo será el premio gordo. — Sus ojos brillaron. —Aron Carter-Morris.

Lisset dejó caer la mandíbula sentándose en la silla ante su escritorio de la impresión. —¿Es broma?

George se echó a reír negando con la cabeza. —A mí también me sorprendió que se interesara por nosotros. No es que seamos una empresa de reparto a domicilio, pero él tiene su propia empresa de mensajería. Incluso sus aviones son mejores que los nuestros, pero está pensando en deshacerse

de esa parte del negocio, porque no la considera rentable.

—¿Qué no es rentable? ¡Si Carter Express es la segunda empresa de mensajería del país! ¡Nosotros somos los terceros!

—Por eso es un pez que no se me puede escapar.

—¿Cómo no le va a ser rentable el negocio, si trabajan más que nosotros?

—Ya sabes que su holding tiene muchos más negocios, entre ellos…

—¡La aerolínea! Los aviones vuelan igual y no como los nuestros que los ponemos en el aire para enviar los paquetes. Él cobra asientos mientras sus bodegas van cargadas. Aquí hay gato encerrado.

George se echó a reír. —Serás desconfiada.

—¡Ese tío es un tiburón! Mi anterior empresa tuvo que cerrar por su culpa. ¡Hundió los precios de los viajes y nos quedamos sin clientes! ¡No se podía competir con los precios de las estancias en sus hoteles! ¡Ofrecían paquetes de viajes, que en un año hundieron a dos turoperadores! ¡Qué se quedó él, por cierto! —Le señaló con el dedo. —¡Si va a cenar con ese tío, voy con usted! ¡No me fío!

Su jefe apretó los labios y suspiró pasándose la mano por su cabello blanco. —Es una reunión privada, pero me ha asegurado que la oferta que me va a hacer es más que sustanciosa y no la voy a rechazar.

Se le cortó el aliento. —Va a vender la empresa, ¿verdad?

—¿Por qué piensas eso?

—¡Porque ese tiburón no vende nada! ¡Solo compra! ¡Es un acaparador de primera!

George se tensó. —No es eso. —Suspiró mirándola apenado. —No

puedo más.

Era obvio que era mucho trabajo para un hombre con sesenta y cuatro años y dos infartos encima, pero le daba una rabia horrible que se quedara la empresa ese manipulador. —Lo entiendo, pero…

—No quería que nadie se enterara de esto, así que te mentí mientras negociábamos. Pero eres demasiado lista. —Sonrió divertido. —No es que no me fíe de ti, pero ambos queremos que no haya filtraciones. Me aseguraré de que vuestros puestos de trabajo estén asegurados y que todo continúe igual.

—No me preocupa mi trabajo. Puedo conseguir otro chasqueando los dedos, pero lo que sí que me preocupa es que le time. Voy con usted.

Al ver su empecinamiento el señor Madison sonrió. —¿Prometes estar calladita?

—Oh, sí. —Ni de broma. Si veía algo que no le gustaba, se le iba a tirar al cuello como una loba. Ese tío no timaba a su jefe ni de coña. Ya podía manipular todo lo que le diera la gana, pero como no fuera justo con él, se iba a enterar de lo que valía un peine. Así que sonrió como una niña buena. —No abriré la boca, a no ser que vea algo extraño. Lo prometo.

—No. Te conozco y sé que no tienes pelos en la lengua. Tienes que prometerme que no dirás algo que le incomode.

—Usted tranquilo que le sube la tensión. Vamos a sacar una buena tajada por la empresa en la que se ha dejado la piel toda la vida. Eso se lo juro. Va a tener una jubilación de reyes. —Se levantó mientras él sonreía mirándola con cariño.

—Te voy a echar de menos.

—¡Va! Nos seguiremos viendo. Iré a visitarle y le llevaré esa tarta que

tanto le gusta para que su mujer me tire de las orejas.

George se echó a reír a carcajadas. —Es muy capaz.

—Lo sé. —Le guiñó un ojo. —Voy a comer. Pero no comeré demasiado porque esta noche pagará el tiburón y pienso pedir media carta. —Su jefe se partía de la risa y se detuvo yendo hacia la puerta para volverse. —La señorita Morris…

—Ha estado haciendo una auditoría de la empresa para comprobar que era viable. Simulaba captar clientes importantes, pero su función final es esa. Estudiar la organización de la empresa y sus puntos débiles. Esa mujer sí que es un tiburón porque es la que se encarga de cortar cabezas.

—¿Irá esta noche?

—Seguramente sí.

—Estoy deseando conocerla. —Salió con una sonrisa que perdió en cuanto cerró la puerta. Ahora sí que estaban en problemas.

—Estás muy callada —dijo Jossie mirándola atentamente con sus ojos verdes. A pesar de decir a todas horas que se iba a poner a dieta, se metió en la boca una patata con queso masticando con ganas—. Casi no me has preguntado por esa bruja cuando tenías tanto interés. ¿Te ha ocurrido algo en estas dos horas?

Apartó la hamburguesa sin ganas de comer más. —Es que me duele la cabeza.

Su amiga asintió sin quitarle ojo. —¿Esto no tendrá que ver con el rumor que corre por la empresa?

—¿Qué rumor? —preguntó sin interés.

—Pues la bruja se apellida Morris. —Lisset enderezó la espalda

intentando no mostrar nada. —Y corre por la empresa que como tiene tan mala leche y nadie protesta, es porque está emparentada con el rey Midas. —Levantó una de sus cejas rubias. —¿Estoy equivocada?

—¿Tú o el rumor?

—Muy graciosa. Kathlyn se ha chivado, así que suéltalo de una vez.

—¿Kathlyn? —Iba a matarla. —¿Y de qué iba a chivarse?

—De que el jefe, para tenerla contenta, le ha dado una prima para que le haga recaditos.

—Eso es mentira. —Cogió su cola y chupó por la pajita. —Voy a tener que hablar con ella sobre esas mentiras que cuenta. Sobre todo porque implican al jefe y bastante tiene para escuchar rumores estúpidos. Se apellida Morris como muchísima gente.

Jossie sonrió. —Aprende a mentir o te va a ir fatal, guapita. A mí no me la das.

—Hablo en serio. No tengo ni idea de lo que me estás hablando.

Su amiga perdió la sonrisa. —Así que es mentira. Solo es un rumor estúpido.

—Que yo sepa sí. Me extrañaría que el jefe no se hubiera enterado si fuera así. Además, ¿crees que nadie la conocería? No sería un rumor, sería un hecho.

Jossie asintió metiéndose otra patata en la boca. —¿Entonces por qué estás tan mustia?

—¿Mustia?

—Parece que te han dado un disgusto. —Abrió los ojos como platos.

—¡Ya lo sé! Ese que te acosa, te ha encontrado.

Hizo una mueca. —No, Anthony no me ha encontrado. Debe seguir en Chicago. Y no me acosaba. Solo era un pesado.

—¿Entonces?

—Ya te lo he dicho. Me duele la cabeza. Me aburro tanto en el trabajo, que me ha dado por descargarme un juego en el móvil que me ha vuelto loca.

—¿Te aburres en tu trabajo? —La miró como si estuviera metiéndole la trola del siglo. —¡Si no paras! Más que ser la secretaria del jefe, parece que llevas tú esta empresa.

—Es que ha delegado mucho trabajo en mí, pero hoy me he aburrido como una ostra. Ni siquiera sonaba el teléfono. Ha sido una mañana rara. Eso es todo.

—Tú sí que estás rara —dijo con desconfianza—. Y me ocultas algo, pero no pienso tirarte más de la lengua porque no vas a soltar palabra.

Frustrada porque debía haber anulado esa cita para comer con Jossie, forzó una sonrisa. —¿Y tú qué tal con ese que quedaste ayer? ¿Era bueno en la cama? —La miró con horror haciéndola reír. —¿Tan malo era?

—¡No tenía ni idea de qué hacer! Alucina. ¡Cuando le dije que me acariciara el clítoris, porque ya estaba harta de que diera vueltas a lo tonto, levantó la cabeza mirándome como si nunca hubiera oído que era eso! —Lisset se echó a reír por su indignación. —¡Tuve que señalárselo y me miró con cara de asco! Eso sí, pero él me pidió que…

Lisset levantó las manos. —No entres en tantos detalles, que no son necesarios.

—Vamos, que debería haberle hecho un mapa. Y encima el tío se

cabreó cuando le dije que si él no me lo hacía a mí, yo no se lo hacía a él.

—Como es lógico. En eso se corresponde.

—Se puso los pantalones y salió de mi casa dando un portazo. Pero eso sí, antes de largarse me dijo que encima que me hacía un favor…

Lisset perdió la sonrisa. —¿No me digas?

Su amiga sonrió sin ganas encogiéndose de hombros. —No pasa nada.

—Sí que pasa. Ese era imbécil. Eres preciosa e inteligente. Da igual los kilos que tengas. Si te pidió una cita, fue porque le gustabas, y solo te dijo eso cuando se iba para fastidiarte. No porque sea verdad. Y el favor se lo voy a hacer yo a él. —Extendió la mano. —Dame tu móvil.

Jossie negó con la cabeza. —No.

—Dame tu móvil, Jossie. O te retorceré las orejas hasta que te rindas.

—¿Qué vas a hacer?

Ver a su amiga asustada por ese imbécil, la puso aún más furiosa. —Dame el móvil.

A regañadientes metió la mano en su bolso para sacar su móvil y antes de que se arrepintiera se lo arrebató. —Vamos a ver… —Miró en las llamadas recientes. —Se llamaba Rupert, ¿verdad? —Sacó su móvil y grabó su número. —Éste se va a cagar.

—¿Qué vas a hacer?

—Escucha… —Se puso su móvil al oído y sonrió guiñándole un ojo.

—¿Rupert? Hola guapo… ¿cómo te va? —Puso cara de sorpresa. —¿Que quién soy? —Se echó a reír sensualmente. —Soy la que te va a cambiar la vida, cielo. Me dio tu número mi amiga Anne. —Se metió una patata en la

boca. —Exacto, Anne Harrison. La buena de Anne me ha dicho que sería perfecto que quedáramos. Al parecer te van las morenas de ojos azules.

Jossie se tapó la boca reprimiendo la risa. —¿Qué cómo soy? Mido uno setenta y tengo una melena lisa que me llega al trasero. Y te aseguro que mi trasero es de diez. O al menos eso me dicen todos. Tengo unas piernas largas y sensuales que rodearán tus caderas con fuerza. ¿Qué me dices? ¿Quedamos?

A ver quién era el guapo que rechazaba eso. Por supuesto Rupert dijo que sí tartamudeando. —Perfecto, te veo mañana en el Clarkś a las siete. ¿Lo conoces? ¿No? Pues búscalo.

Colgó el teléfono y Jossie se echó a reír. —Pues búscalo. Vaya cara tienes. Me encantaría verle cuando le plantes.

—No, si voy a ir. —Jossie jadeó. —Y tú también.

—¡Ni hablar!

—Claro que sí. Éste va a saber lo que es bueno, te lo digo yo. —Se levantó poniéndose la correa del bolso en el hombro. —Tengo que irme. Hablamos mañana para la táctica de ataque, ¿de acuerdo? ¡Y no me digas que no! —ordenó como una sargento antes de dejar quince dólares.

—¡No he terminado!

—Tengo trabajo.

—Pero si me acabas de decir que te aburres como una ostra. No hay quien te entienda.

—Me acabo de acordar de que tengo algo que hacer.

Su amiga cogió su hamburguesa rodeándola de servilletas y el refresco. —Es horrible salir a comer contigo. Siempre ocurre algo y tengo

que comer a toda pastilla.

Jadeó indignada. —¡Eso es mentira! Además puedes quedarte.

—Sabes que no me gusta comer sola. La gente me mira.

—¿Qué te van a mirar? ¡De verdad, quítate tanto complejo porque solo tú piensas eso! ¡Estás buenísima! —gritó a los cuatro vientos poniendo a Jossie como un tomate mientras varios la miraban. Sin cortarse Lisset se volvió—. ¿O no está buena?

Se escucharon algunos silbidos y aplausos mientras su amiga se moría de la vergüenza. Jossie sonrió tímidamente acercándose a ella. —Te voy a matar. Siempre me haces estas cosas.

—¿Pero a que te ha dado un subidón?

Su amiga soltó una risita saliendo del restaurante. —La verdad es que sí.

## Capítulo 2

Sentada con las piernas cruzadas en un taburete de la barra del carísimo restaurante, sonrió al camarero que le tendía el Martini que acababa de pedir. —Gracias.

Cogió su copa y le dio un sorbito. Sintió a alguien tras ella y distraída miró sobre su hombro para ver al mismísimo Aron Carter-Morris tras ella. —Una cerveza.

Atontada separó los labios al ver su perfil. ¡La leche! Era mil veces más guapo que en las fotos de la prensa. Sabía que estaba bueno, pero ese tío era un cañón. Tenía el cabello rubio oscuro con unos rizos cortos que le hacían parecer un chico malo. Era muy alto y estaba claro que debajo de su traje gris tenía un cuerpo de infarto. Sin poder evitarlo se sujetó en la barra

con la mano libre girando el cuello mientras se inclinaba hacia atrás para mirarle el trasero. Mierda de chaquetas de traje.

Él giró la cabeza y Lisset se volvió de golpe, provocando que parte de su Martini se derramara sobre sus piernas. —¡Joder!

—Estás muy buena y si cuando acabe la cena aún estás interesada, estaré encantado de pasar la noche contigo.

Asombrada se giró ligeramente para encontrárselo bebiendo de su cerveza mirándole el trasero. Se puso como un tomate.

—Disculpa, ¿qué has dicho?

Él se acercó más con una sonrisa felina que le erizó la piel. Miró esos dientes blanquísimos como medio hipnotizada, pero cuando él agachó su cabeza hasta su oído, pensó que se moría del gusto porque su aliento sobre el lóbulo la estremeció de arriba abajo. —En la cama soy una fiera. ¿Quieres acompañarme?

Entrecerró los ojos apartándose lo suficiente para mirar sus ojos castaños que brillaban de puro erotismo. Ese hombre no mentía. Estaba claro que debía ser una fiera en la cama, pero ella no estaba allí para eso por mucho que le encantara llevárselo a la cama más cercana. Lisset carraspeó. —Estoy segura de que eres una auténtica fiera en la cama. Tienes toda la pinta. —Él sonrió y le guiñó un ojo. —Pero no puedo acostarme con alguien a quien desprecio y que me provoca arcadas cada vez que escucho su nombre, señor Carter-Morris.

Él parpadeó perdiendo la sonrisa poco a poco mientras se enderezaba en toda su altura claramente ofendido. —Perdona, ¿nos conocemos?

—Aún no. —Dejó el Martini sobre la mesa y se giró sobre el taburete.

Alargó la mano con una falsa sonrisa en la cara. —Soy Lisset Sullivan. Una damnificada suya de hace unos dos años y medio. Ah, y en la actualidad, después de cambiarme de ciudad por su culpa pues no encontraba trabajo, me vine aquí y mire usted por donde ahora trabajo para el señor Madison.

Él muy tenso miró su mano ignorándola y Lisset la dejó caer. —¿No me digas?

Lisset sonrió encantadoramente mirándole de arriba abajo. —Al parecer el tiburón es un tiburón para todo. ¿Siempre liga tan directamente?

—Solo con las descaradas que me miran el culo.

Jadeó indignada, pero se dio cuenta que tenía razón y se echó a reír a carcajadas, provocando que varios hombres la miraran con deseo sin que ella se diera cuenta. —Tiene razón. Pero es que es un culito muy mono. ¿Va al gimnasio o viene de fábrica?

—Un poco de todo. —Miró a su alrededor fríamente. —¿Dónde está Madison?

—¿Dónde está Morris?

—No va a venir porque esta es una reunión privada. —La taladró con sus ojos castaños alterándole la respiración. —Así que no sé qué hace aquí.

—Después de que destruyera mi empresa anterior, no creerá que voy a dejar que se aproveche de Madison, ¿verdad? Estoy prevenida. Pienso hacerle la vida lo más difícil que pueda, para que mi jefe consiga lo que es justo. Ni más ni menos.

—Yo no me aprovecho de nadie —dijo furioso—. Esto son negocios y Madison me necesita mucho más que yo a él.

Lisset le observó con sus ojos azules pensando en ello. —¿Sabe?

Tiene razón en parte. Madison le necesita porque está enfermo, pero le va a pagar un precio justo por su empres… —Al mirar por encima de su hombro vio entrar a Anthony con una mujer morena casi clavadita a ella. Incluso llevaba un vestido negro entallado que era parecido al suyo. La llevaba sujeta por la cintura como si no quisiera que se le escapara y sonreía orgulloso mientras se acercaban al maître. No había cambiado nada. Seguía siendo guapísimo con su pelo moreno y sus fuertes músculos que hacían que el traje de chaqueta azul que llevaba, le sentara como un guante. Era una pena que no estuviera muy bien de la cabeza.

—Mierda. —Se bajó del taburete casi escondiéndose tras Aron, que la miró como si le faltara un tornillo. Lisset se puso de puntillas para mirar sobre su hombro justo cuando Anthony miró hacia la barra que señalaba el maître y sus ojos se encontraron. —¡Mierda!

—¿Qué pasa? ¿Es Madison?

Se iba a volver, pero ella le sujetó por la barbilla deteniéndole. ¡Dios, qué bien olía! —Mira, lo que va a ocurrir ahora no es culpa mía. ¿Sabes boxear?

—¿Lisset? —El grito de Anthony al otro lado del restaurante hizo que todo el mundo mirara hacia ella sonrojándola ligeramente, mientras su antiguo novio apartaba a dos, ignorando a la morena para acercarse a ella casi corriendo, temiendo que se le escapara. La miró con los ojos como platos. —¡Eres tú!

—¿Y tú quién eres? —preguntó Aron agresivo cogiendo la muñeca de Lisset antes de ponerla tras él.

Anthony se inclinó a un lado para mirarla de arriba abajo. —¡Eres tú!

—Anthony, no quiero líos. ¿Qué tal si te vas a cenar a otro sitio?

—¿A cenar a otro sitio? —gritó a los cuatro vientos agresivo—.

¡Llevo buscándote dos años!

—Me mudé.

—Mira tío, creo que Lisset no quiere tu compañía, así que vete por donde has venido.

Anthony miró a Aron dándose cuenta de su presencia y entrecerró los ojos. —¿Me dejaste por éste?

Aron levantó una ceja mirando sobre su hombro. —¿Era tu novio?

—¡Soy su marido!

—¿Cariño? —La morena avergonzada miraba a Anthony como si no le conociera. —¿Qué ocurre?

—¡Ese matrimonio no fue válido y lo sabes! —Lisset se cabreó. —¡Mi abogado me ha dicho que casarse en una playa de México, por un chamán borracho que no tiene autoridad para firmar nada, no es un matrimonio muy legal que digamos! ¡No eres mi marido, así que déjame en paz!

Anthony se puso furioso. —¡Nos vamos a casa! —Alargó la mano y la cogió por la muñeca tirando de ella mientras la morena jadeaba de la impresión.

Aron furioso le cogió por las solapas del traje, empujándolo con fuerza y haciéndole caer por los tres escalones que llevaban al comedor. Aron dio un paso hacia él, que tirado en el suelo se incorporó apoyándose en las manos con intención de levantarse. —Vuelve a ponerle una mano encima y te parto la cara.

—¡Es mi mujer! —Aron hizo un gesto al maître, que se acercó de inmediato con dos camareros. Anthony les miró asombrados. —¡Qué es mi mujer! ¿Es que están locos? —Furioso se revolvió en cuanto le pusieron de pie y subió los tres escalones de un salto.

—¡Cuidado! —gritó Lisset aterrorizada cuando vio que se lanzaba sobre Aron, que esquivó su gancho de derecha antes de golpear su estómago. Anthony gimió doblándose en dos y cayendo de rodillas.

—¡Anthony! —gritó la morena tirándose sobre él como si quisiera protegerle.

—¡Sacarle de aquí! —ordenó Aron haciendo que los camareros se movieran.

—Sí, señor Carter-Morris —dijo el maître cogiendo a la morena del brazo—. ¡Fuera de aquí!

—¡Lisset, escúchame! —gritó Anthony—. ¡Te quiero! Te he querido siempre. No puedes dejarme así con lo que he hecho por ti.

Lisset no salía de su asombro. —¡Pero si estás con esa! ¡Sigue con ella y déjame vivir!

—No la quiero como a ti.

La morena gritó desgarrada antes de soltarse y lanzarse sobre Anthony arañándole la cara. —¡Maldito cabrón! ¡Para ti solo era una sustituta de esa!

Los camareros la apartaron de él y Lisset hizo una mueca al ver que le había clavado las uñas la muy bruta. Tenía tres arañazos en la mejilla bastante profundos, pero él seguía observándola a ella. —¡Haré lo que quieras! Me mudaré aquí si quieres.

—¡Ni se te ocurra! —Varios se echaron a reír y ella se sonrojó. —¡Estás haciendo el ridículo! ¡Cómo siempre! ¡Te dejé por estos numeritos!

—¡Me da igual! ¡Te quiero!

—¡Tengo una orden de alejamiento! —gritó furiosa mientras le sacaban a rastras—. ¡No puedes acercarte a mí a cien metros!

—¡Ja! ¡Es de otro estado! —dijo desde la puerta—. ¡Volveré! ¡Nuestro destino es estar juntos!

Se quedó mirando la puerta durante varios segundos. —Bébete esto —dijo Aron poniéndole delante un vaso de una bebida ambarina—. Te sentará bien.

—No, gracias. —Se acercó al taburete y se sentó con las piernas temblorosas. Se pasó una mano por la frente evitando su mirada. —Gracias por su ayuda.

—No hay de qué.

Lo dijo tan suavemente que sin darse cuenta le miró a los ojos y durante unos segundos sintió una conexión con él que no había sentido con nadie jamás.

—¡Aron! Cómo me alegro de verte.

La voz de George Madison hizo que ambos se volvieran. Su jefe señaló hacia afuera. —Hay un jaleo en la puerta… Una morena está echándole una bronca de aúpa a un tipo con arañazos en la cara. ¿Han salido de aquí?

—Sí, pero les han echado. —Aron le dio la mano sonriendo. —Me alegra verte tan bien.

—Gracias. ¿Ya conoces a mi mano derecha?

—Ha sido una presentación interesante.

George se echó a reír mientras ella se sonrojaba. —Estoy seguro.

Lisset es una mujer poco común.

—Y que lo digas. —Le hizo un gesto con autoridad al maître, que se acercó a toda prisa. —Somos tres.

—Todo listo, señor Carter-Morris.

—Estupendo, ¿nos sentamos?

Lisset solo quería largarse para encerrarse en su casa, pero quería enterarse de la propuesta, así que no tenía más remedio que seguirles mientras hablaban entre ellos. Cuando llegó a la mesa redonda, Aron apartó una silla para ella y se sentó sin rechistar pensando que nunca le habían apartado la silla. Ese detalle le llamó la atención y miró hacia él mientras se sentaba a su derecha. George se sentó frente a ella con una sonrisa de satisfacción en la cara y miró al maître. —Tráigame un whisky.

Lisset carraspeó con fuerza cogiendo la carta y George entrecerró los ojos. —No estamos en la oficina.

—Me da igual —dijo con voz suave—. Está bajo mi supervisión. ¿O quiere que llame a…?

—¡Un agua mineral! —le dijo al maître que esperaba pacientemente.

—Lo mismo para mí —pidió Lisset.

Aron observándolos asintió al maître que se alejó a toda prisa. —Así que estás bajo supervisión.

—Es una tirana.

Sonrió radiante. —Gracias.

—No me deja beber, ni fumar mis puros, ni tomar café, supervisa lo

que como en la oficina y habla con mi mujer para que no me salte la medicación. Tengo una enfermera, secretaria y bulldog en el mismo pack, porque es implacable. ¡El otro día me encerró en el despacho con llave media hora!

Se puso como un tomate. —¡Me engañó y pidió café a domicilio!

¡Ahora no se le ocurrirá hacerlo más!

Aron reprimió una sonrisa. —Es muy protectora. Ya me he dado cuenta.

George sonrió con cariño y le guiñó un ojo. —Y la mejor secretaria que se puede tener. Cuando estuve ingresado se quedó al mando. Lo hizo estupendamente.

—Gracias, jefe. —Miró la carta y abrió los ojos como platos al ver lo que costaba una miserable ensalada, que por lo que había visto en la mesa de al lado era una auténtica birria. —¡La leche! ¡Una ensalada cuesta cincuenta pavos!

Su jefe se sonrojó. —Querida, puedes pedir lo que quieras.

—Ya lo sé, paga el tiburón.

George se puso como un tomate mientras Aron levantaba una de sus cejas rubias antes de mirar a su jefe. —Entiendo por qué te dio el infarto.

—Ja, ja. —Pasó la hoja y soltó una risita. —Ya sé lo que voy a pedirrr…

—Enhorabuena.

Les servían el agua y los mandamases empezaron a hablar. —Antes de enviarte la propuesta por escrito, creí oportuno que quedáramos a solas para hablar de los temas generales que afectan a tu empresa, George. Es una

sorpresa que hayas venido acompañado.

—Corta el rollo. Ya estoy aquí.

—Lisset…

—Solo da rodeos. —Miró al camarero que llegó en ese momento y abrió la carta mostrándole la sección de postres. —Quiero todos estos.

Los tres la miraron con la boca abierta y Lisset sonrió ampliamente.

—Nunca los he probado y no tendré otra oportunidad, así que los quiero todos.

—Señorita, ¿está segura? Son todo postres.

Ella asintió varias veces. —Me encanta el dulce.

—Lisset, pide algo de entrada —dijo Aron exasperado—. No puedes comerte veinte postres.

—Sí que puedo.

—¡Lisset! —George protestó.

—Oh, lo siento. No recordaba su dieta.

—No es por mi dieta.

—Ah, entonces quiero lo que he pedido. —Miró al camarero. —Empiece por donde quiera. Me da igual. Eso sí, los helados al final.

Aron se acercó. —¿Es por lo de ese tipo? ¿Estás disgustada?

—¿Por qué piensas eso?

—¿Las mujeres cuando os disgustáis no coméis dulce?

—Estoy bien. —Cogió la copa de agua ignorándole. —Continuad, por favor.

Los hombres se miraron antes de pedirle al camarero. Cuando su jefe pidió pasta de primero carraspeó y ambos la miraron provocando que sonriera

dulcemente. —Una ensalada con la salsa aparte para él y lenguado a la plancha sin sal.

—¿Ves cómo es una tirana? Ella pide un montón de dulces y yo tengo que comer esa cosa insípida.

—Haberse cuidado mejor antes.

—Lo mismo para mí —dijo Aron.

—Pelota —susurró ella cogiendo la servilleta mientras él la fulminaba con la mirada.

—Como decía… —Miró a George. —Deberías haber venido solo. Pero ya que está aquí...

—Disculpa, pero se ha empeñado. Si no le hubiera dicho que sí, me hubiera seguido hasta aquí y se hubiera sentado sin pedir permiso. Eso te lo aseguro.

—Cómo me conoce, jefe…

Aron puso los ojos en blanco. —No es precisamente discreta.

—Es una tumba —dijo George perdiendo la sonrisa—. Le confiaría mi vida.

Lisset chilló cuando le pusieron delante una tarta de queso con fresas.

—¡Mi favorita!

El camarero sonrió. —Me alegro, señorita.

Cogió el pequeño tenedor y cortó un buen trozo. Se lo metió en la boca sintiendo la mirada de Aron, pero ella lo ignoró cerrando los ojos para saborear aquel maravilloso manjar. En cuanto tragó abrió sus ojos azules mientras ellos sin decir palabra no perdían detalle. —Está divina. ¿Un trocito para quitar la gana, jefe?

—Mi mujer me mataría.

—¿A mí no me ofreces? —preguntó Aron divertido.

—No. Cómprate una.

—Lisset, ¿qué te dije de ser amable?

—Jefe, es que… —Se acercó sobre la mesa. —No me cae bien.

—Tú no tienes filtro, ¿verdad? Sueltas por la boca lo primero que se te pasa por la cabeza.

—Pues sí. Hay que ir con la verdad por delante. —Él miró su tarta. —Bueeeno, si te empeñas. —Cortó un trocito muy pequeño y se lo tendió.

George se echó a reír al ver el minúsculo trozo de tarta que Aron observaba sobre el tenedor. —¿Lo quieres o no?

Cuando iba a apartar la mano, él cogió su muñeca antes de meter el tenedor en su boca, saboreando el pedacito de tarta sin dejar de mirarla a los ojos. El corazón de Lisset dio tal vuelco que casi la tira de la silla y cuando su nuez se movió de arriba abajo, separó los labios sin poder evitarlo.

Aron siguió hablando con su jefe sin darse cuenta de que Lisset estaba al borde del infarto porque su corazón iba a cien por hora.

—Ya que está aquí, tendré que soportarla.

—No te queda otro remedio. ¿Quieres ir al grano? Yo ya estoy en el postre.

La miraron exasperados y Lisset soltó una risita sin poder evitarlo. —Me callo, me callo.

—A ver si es verdad —dijo George advirtiéndola con la mirada.

En ese momento llegó la tarta de tres chocolates y ella gimió de gusto.

—Bueno, la propuesta es esta. Doscientos y me quedo todos los

activos y pasivos de la empresa.

—No hay pasivos —dijo ella con la boca llena. Su mirada indicó que le gustaría cargársela y Lisset sonrió—. No tenemos deudas.

—Eso no es exacto. Porque tu jefe ha comprado cien camionetas, que aún no se han pagado.

—Son de renting. —Cortó un trozo de tarta de manzana y la mezcló con la tarta de chocolate. —Así que no hay que pagarlas en su totalidad porque en realidad no son de la empresa, hasta dentro de cinco años.

—Mi prima me ha dicho que hay que desembolsar un dinero, que desembolsaré yo.

—Va, chorradas.

—Lisset…

—Otro desembolso innecesario, porque si fueran en propiedad, serían más rentables para mí.

—Sí, pero es que nosotros no tenemos un taller mecánico a nuestra disposición en cada ciudad de este país y este sistema nos es mucho más económico.

—Lisset hizo un estudio cuando entró en la empresa y es cierto que nos ahorrábamos más de un millón de dólares en reparaciones al año con este tipo de alquileres.

Aron negó con la cabeza. —Bueno de todas maneras eso no es lo importante.

—Lo que yo decía, chorradas. —Metió la cucharilla en un bol de cristal que le acababan de llevar y saboreó el flan con nata. —Doscientos ochenta.

Ambos la miraron como si le hubieran salido cuernos. —Lisset, ¿por qué no haces lo que me prometiste que harías antes de venir a la cena?

—¿Y qué fue, jefe?

—¿Estar calladita?

—Yo no prometí eso.

Aron sonrió divertido. —¿Estás loca?

—Eso dicen. Pero en el trabajo soy la leche. Pregúntaselo al jefe.

—No voy a darle doscientos ochenta.

—Vale, doscientos noventa.

Ambos se miraron como si no pudieran con ella. —¿No? —Suspiró dejando la cucharilla y le dijo a su jefe —¡Podría ayudarme un poco!

—No estás siendo razonable. Los activos de la empresa…

—Los activos son un total de doscientos dieciocho millones de dólares. —Sonrió dulcemente a Aron. —¿A que sí?

Él se tensó. —Estás hablando del precio más alto del mercado. Si quisiera vender cada edificio por separado y ahora mismo, no obtendría ese precio.

—Ya, pero no hablamos solo de los activos inmobiliarios. También están los clientes que llevan con nosotros toda la vida. Eso cuesta dinero, nene. Y no te pongas chulo que te pido trescientos.

—¡Lisset!

—Oh, ¿qué es esto? —le preguntó al camarero que le puso una gran copa de balón ante ella con una bengala encendida.

—Es la copa de la casa. Tiene distintas capas, ¿ve? Galleta, tocinillo, nata, helado de vainilla, más galleta, melocotón en almíbar, helado de fresa y

sirope de chocolate sobre una base de nata montada.

—Vaya…

—¡Lisset, te va a sentar mal! —dijo Aron exasperado.

—Qué va. Tengo un estómago de hierro. —Metió la larga cuchara haciendo reír a George. —Tú come esa ensalada tan apetitosa y déjame disfrutar de la vida —dijo divertida.

—Doscientos.

—Ni de coña.

—Es la única manera de conservar los puestos de trabajo.

Esa frase la cabreó y dejó la cuchara mirándole a los ojos. —Tú no vas a conservar los puestos de trabajo.

—Claro que sí —dijo George perdiendo la sonrisa.

—No, porque somos la competencia. Se quedará los locales para alquilarlos o venderlos si la oferta es sustanciosa, pero no le interesa conservar la empresa cuando tiene la suya que es mucho más rentable. Se quedará con los clientes durante un año o dos y después desmantelará la empresa trasladando todo a sus instalaciones.

Aron apretó los labios. —No tienes ni idea de lo que hablas.

—Cuando dije que era una de tus damnificadas, lo dije en serio. ¡Absorbiste mi turoperador y en seis meses te deshiciste de nosotros! Eres un desalmado que destruye empresas para beneficiar a las suyas. No te interesa ampliar, porque tu negocio es lo suficientemente grande para absorber todos los clientes que puedan acudir a ti. No te interesamos. Simplemente monopolizas el negocio.

—Para eso pago.

George le miró asombrado. —¡Tengo más de quinientos empleados por todo el país! ¡No voy a dejarles en la calle!

—Evidentemente cuantos más clientes más empleados —replicó Aron —. Pero no podré asumirlos a todos.

—Sobre todo a los de las oficinas centrales —dijo ella con burla.

—Exacto. Ya tengo administrativos y todo lo demás. ¡Algunos se quedarán, pero otros tendrán que irse! —George apretó los labios mirando su ensalada sin tocar. —¡Tienes que entender que no puedo quedármelos a todos para que se crucen de brazos todo el día! —Aron no salía de su asombro. — Es lógico que tenga que echar a gente.

Su jefe la miró y Lisset sintió ver la decepción en sus ojos. Él tenía la esperanza de vender la empresa, pero no a costa de sus trabajadores. Dejó la servilleta al lado de su plato. —Esto no es lo que habíamos hablado. Aron, te dije claramente que quería asegurarme de que mis empleados estarían tranquilos.

—Jefe, le dije que era un tiburón y que había gato encerrado.

—Si hubiera gato encerrado lo habría negado y en dos años hubiera echado a quien me diera la gana. ¡Y te puedo apostar que serías la primera por metomentodo!

Lisset chasqueó la lengua. —Tú también me caes fatal.

Se retaron con la mirada mientras George se levantaba. —Ese punto es insalvable, así que lo mejor es dejarlo aquí.

—George, siéntate. Estamos hablando.

—Trescientos y un contrato firmado por ti que diga claramente que se mantendrán esos puestos de trabajo.

—¡Sí, para que hagan el vago todo el día porque no pueda echarles!

¿Estás loca?

—Vamos Lisset —dijo George algo pálido.

Ella se levantó de inmediato y rodeó la mesa para meter la mano dentro de la chaqueta de su traje y sacar un bote de pastillas. —Siéntese, jefe. No pasa nada. Se ha alterado un poco. —Sacó una pastilla del bote y se la metió en la boca. —Bajo la lengua, eso es.

—¿Se encuentra bien?

—Enseguida se repone. —Acarició el cabello canoso de su jefe que forzó una sonrisa. —¿Mejor? Bien. —Volvió a su asiento y apoyó los codos sobre la mesa cruzando los dedos—Vamos a ver. ¿Quieres la empresa o no? No nos hagas perder el tiempo.

—¡Claro que me interesa!

—Pues son trescientos y la garantía de empleo para los míos. Por supuesto si alguien realiza mal su trabajo se le puede despedir. Pero justificadamente, no porque a ti te dé la gana.

Aron la miró a los ojos. —Doscientos diez y la garantía.

Ella sonrió. —Ni de coña.

—Nena, tendré que mantener a mucha gente, así que espero que se capten muchos más clientes para que sean rentables.

—Trescientos y la garantía. No seas pesado. Lo recuperarías con la venta de los inmuebles si trasladas a los trabajadores a tus instalaciones.

Aron entrecerró los ojos. —Tendría que hacer una restructuración de mi empresa.

—¡La ibas a hacer igual, no me vengas con excusas, Aron! ¿La

quieres o no?

—Doscientos veinte. Es mi última oferta.

Lisset se echó a reír a carcajadas provocando que varios comensales les miraran. —Sí que eres gracioso. No sabía que el tiburón tenía este sentido del humor.

—Como vuelvas a llamarme así …

Levantó sus cejas morenas. —¿Qué? Tiburón, tiburón, tiburón…

—No te soporto —siseó furioso—. Te comportas como una cría.

—Gracias, estoy viviendo una segunda infancia.

—Se nota. Sobre la oferta…

—Esa oferta es de risa, por eso me he reído. Trescientos y no pienso bajarme de la burra. Así que tú verás.

—Tú sí que eres burra. Al menos tienes el mismo tacto.

—Chicos… —George ya tenía mejor color y parecía divertido. — Haya paz.

Aron la miró a los ojos. —Muy bien. Trescientos y soportaré el coste de todos esos empleados, pero con una condición.

—Aquí viene el tiburón a acechar a su víctima. —Se metió la cucharilla en la boca.

—Te casarás conmigo.

Lisset se atragantó con un pedazo de melocotón en almíbar y tosió con fuerza. El trozo de melocotón se le quedó atascado en la garganta e intentó respirar hondo, pero no podía y abrió los ojos asustada hasta que un fuerte golpe en la espalda hizo que el melocotón saliera volando hasta la ensalada de George que se había quedado pálido de nuevo. —Bebe agua,

nena —dijo Aron acercándole la copa a los labios. Bebió sin pensar dejando que el agua cayera por la comisura de sus labios. Aron se acuclilló a su lado cogiéndola por las mejillas. Le miró atontada—. ¿Estás bien?

—Sí —susurró aún con el susto en el cuerpo y no por culpa del melocotón—. ¿Estás loco? —le gritó a la cara recuperando el habla.

Aron sonrió. —Si tanto te importan esos trabajadores…

—¿Es que ligas tan poco con esa táctica de salido desesperado, que tienes que ir forzando a las mujeres a casarse contigo?

Él se incorporó sentándose en su sitio. —No, te aseguro que ligo bastante.

—¿Entonces?

—Pero contigo voy a conseguir varias cosas.

—¿Ah, sí? ¿Vas a hacer negocio de esto también?

—Por supuesto. Porque te voy a poner al mando de mi empresa de mensajería.

A Lisset se le cortó el aliento. —¿Qué?

—Considero que estás más que preparada para ese puesto y antes de colocar a un directivo, prefiero colocar a mi mujer. —Miró a George, que asintió dándole la razón. —Además, así los trabajadores se sentirán más tranquilos por ambos lados.

—¡Quieres dar imagen de estabilidad a ambos grupos! Pero para eso no tengo que casarme contigo.

—Ya, pero es que tú me das una garantía que no me da ninguna otra mujer.

A Lisset se le erizó el cabello de la nuca. —¿Qué garantía?

—Nena, tú siempre serás brutalmente sincera.

—¡Puedo decirte verdades como puños sin casarme contigo!

Él suspiró apoyando la espalda en el respaldo de la silla. —Sé que te parecerá raro, pero un hombre de mi posición, tiene pocas personas en las que apoyarse. —A Lisset se le cortó el aliento. —En apenas una hora me he dado cuenta de que tú eres fiel, preciosa, buena amiga y atenta con los que quieres. Serás una madre maravillosa, pero con carácter que sabrá controlar que no nos salgan malcriados. Defiendes como una leona a los tuyos y esas son las características que busco en mi mujer. Así que voy a aprovechar la oportunidad.

No salía de su asombro y miró a George que también estaba atónito.

—¿Y el amor?

—Teniendo en cuenta que me odias o al menos eso dices… Del odio al amor hay un paso. En la cama nos irá muy bien, estoy seguro.

Se sonrojó con fuerza porque George hubiera escuchado eso. —¡Tú has perdido un tornillo! ¿Por qué iba a decirte que sí? ¡Me ofreces casarme contigo y dirigir tu empresa! ¿Qué gano yo de esto?

—Ah, ¿qué no te lo había dicho? —Sonrió encantado. —Me ganas a mí y ese trasero que te gusta tanto. Y la oportunidad de reformarme para que no sea un tiburón desalmado. ¿No estás tentada?

El contenido de la copa de balón le cayó en la cara. —¡Estúpido y prepotente creído! —le gritó furiosa viendo como un pedazo de melocotón caía de su nariz hasta su ensalada—. ¡Antes de despertarme a tu lado un solo día de mi vida, me hago monja!

Aron cogió la servilleta y se la pasó por los ojos mientras el camarero,

que llevaba el siguiente postre, se volvía para alejarse rápidamente. —Nena, ese carácter tan impulsivo es uno de tus encantos, ¿pero no crees que te has pasado un poco?

—¡Lo siento jefe, pero este idiota cree que puede tomarme el pelo y antes le saco los ojos! ¡Trescientos y no hay boda! —George sin salir de su asombro asintió con vehemencia.

—Tú verás lo que haces —le dijo malicioso limpiándose con la servilleta.

—¿Nos estás amenazando?

—En tres meses acabaré con la empresa y valdrá la mitad. En un año estaréis en concurso de acreedores. Tú decides. —Se levantó mostrando el regazo que estaba lleno de restos de postre y él miró hacia abajo haciendo una mueca. —Y me debes un traje de diez mil pavos que descontaré de tu sueldo, preciosa. —La miró a los ojos dando un paso hacia ella perdiendo la sonrisa y mirándola furioso. —¿Soy un tiburón y te doy asco? Te aseguro que antes de dos semanas estarás ante mí rogándome que compre la empresa. Eso te lo juro. —Y sin decir más se volvió saliendo del restaurante mientras el maître le pasaba la servilleta por los bajos. —¡Déjeme en paz! —gritó fuera de sí.

Asombrada miró a George que había perdido todo el color de la cara.

—Lo siento.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho?

Se apretó las manos nerviosa mientras todo el mundo los miraba. El maître se acercó a ellos como si fuera a la guerra. —¡Señorita, le ruego que salga del local de inmediato! ¡Este es un sitio respetable! Y con usted solo

hay conflictos. ¡No vuelva por aquí!

Se sonrojó porque lo había dicho tan alto que lo había escuchado todo el mundo y George abochornado se levantó de la mesa. —Tráigame la cuenta.

—Se ha cargado a la cuenta del señor Carter-Morris. ¡Fuera de aquí!

Sin saber dónde meterse de la vergüenza, se mordió el labio inferior cogiendo su bolso negro de noche y salió del comedor con la cabeza muy alta mientras su jefe la seguía.

—Dios mío —dijo George al salir a la acera pasándose la mano por su cabello cano—. ¿Qué voy a hacer ahora?

—No se preocupe. Lo arreglaré.

—¿Lo arreglarás? ¡Tenía la empresa vendida por doscientos millones de dólares y ahora lo voy a perder todo! ¡Le has ofendido desde el principio! ¡Has sido grosera, prepotente y maleducada! ¡Eso por no decir que te había pedido que no abrieras la boca!

Y eso que no sabía lo que había ocurrido antes de que llegara.

Pensaría que le faltaba un tornillo. Pero aun así intentó justificar su actitud.

—¡Era un timo! Solo en inmuebles…

George apretó los labios. —¡Déjalo ya, Lisset! Mañana le llamaré y aceptaré los doscientos.

—Pero no hay garantías para los trabajadores con esa cantidad. ¡Fue muy claro al respecto! —Le siguió hasta su coche donde el chófer ya tenía la puerta abierta. —¡Jefe, al menos debería presionarle con doscientos cincuenta!

—¡Mira, puede que no te lo creas, pero heredé esta empresa de mi

padre y la he dirigido cuarenta años! Sé lo que tengo que hacer y cuál es su valor. ¡Si te he dejado venir fue únicamente para que tuvieras los ojos abiertos! ¡Pero has monopolizado la negociación cuando la empresa es mía! —Se sonrojó intensamente. —¡Y no solo eso! ¡Le has insultado varias veces! ¡Durante un momento pensé que le hacía gracia tu actitud, pero está claro que estaba esperando a que te ahorcaras con tus exigencias!

—Usted me dijo que sí… —susurró ella sintiéndose culpable—.

Asintió con la cabeza y creí que estaba de acuerdo con lo que yo pedía.

George suspiró. —Mira, será mejor que lo dejemos. Estoy de los nervios y no me conviene. Te veo mañana en el despacho.

Entró en el coche y el chófer cerró la puerta rápidamente. Lisset se le quedó mirando un rato pensando en lo que había ocurrido y sí que puede que hubiera estado algo alterada en sus exigencias. Pero no quería que se aprovechara de él como lo había hecho de su jefe anterior y por eso había querido dejarle las cosas claras. Era evidente que había metido la pata hasta el fondo.

Capítulo 3

Cuando el coche desapareció, se volvió para ir hasta la boca del metro y abrió los ojos asombrada al ver ante ella a Anthony con una sonrisa bobalicona en la cara. ¡Mierda, se había olvidado de él!

—Ya sabía yo que no estabas con ese tipo. En cuanto le vi salir hecho una piltrafa, supe que era cosa tuya. ¿Ves, preciosa? Tú tampoco me has olvidado.

—Esto no está pasando. —Se pasó la mano por la frente a punto de gritar de pura frustración. —Mira Anthony, no sé lo que se te pasa por la

cabeza. ¡Hace más de dos años que huyo de ti como de la peste! No quiero verte más. ¿No te quedó claro cuando te llevé a los tribunales para que no te acercaras a mí?

—¡Es que no me dejabas explicarme! Cariño, yo te quiero.

—¡Pero es que yo no te quiero a ti! —le gritó a la cara—. ¡Casi agradezco haberme quedado sin trabajo en Chicago y no encontrar otra cosa, para tener que venirme a vivir aquí! ¡En cuanto me ofrecieron el trabajo, me tuve que mudar en plena noche para perderte de vista! ¡He dejado a mis amigos y a mi hermano por tu culpa! —Anthony palideció. —¿No lo entiendes? ¡No volveré contigo jamás!

—No digas eso.

—¡Cuando te conocí me gustabas, pero aprovechaste aquellas vacaciones para decir a todo el mundo que estábamos casados cuando había sido una pantomima para divertirnos! ¡Pero cuando te dije que no quería casarme, empezaste a comportarte como un psicótico! ¡Me acosabas, Anthony!

—Yo te quiero y quiero que lo sepas. ¿Qué hay de malo en ello?

Le miró a los ojos. —Lo malo es que yo no quiero tu atención y no te quiero. Ni te querré nunca. —Le señaló con el dedo. —Te lo advierto, como vuelvas a acercarte a mí, llamaré a la policía. ¡Esta vez no me va a temblar el pulso por mucho que lloriquees con tu reputación y tu trabajo! ¡Estoy harta! ¡Pensaba que al fin me había librado de ti, pero tienes que aparecer!

Se volvió con intención de largarse, pero Anthony la cogió por la muñeca volviéndola con fuerza.

—¡Anthony! —gritó asombrada porque nunca le había puesto la

mano encima—. ¡Me estás haciendo daño! —Intentó soltarse, pero él apretó más fuerte y en sus ojos vio que estaba realmente furioso. —¡Suéltame!

—¡Eres una puta! ¡Suerte tienes de que alguien como yo se fije en ti!

Una pareja les vieron forcejear y la mujer gritó —¡Suéltela o llamo a la policía!

—¡Métase en sus asuntos! ¡Es mi mujer!

—¡Es mentira! —Dejó caer el bolso al suelo y le empujó, pero como no la soltaba gritó de rabia antes de empezar a pegarle patadas. De repente Anthony la soltó y sorprendida vio a Aron sin chaqueta y con la camisa aún manchada de postre pegarle un puñetazo que le tiró sobre la acera a su lado.

Aron la miró fríamente a los ojos. —Nena, sube al coche.

Ella no lo iba discutir. Se agachó para recoger su bolso que se había abierto y recogió sus cosas a toda prisa antes de correr hasta la limusina que estaba en la acera con la puerta abierta. El chófer cerró la puerta en cuanto entró y se volvió para ver como su jefe cogía de nuevo a Anthony de las solapas del traje, para levantarle antes de pegarle un puñetazo en el estómago mientras le decía algo que ella no llegaba a oír. Otro puñetazo volvió a tirarle sobre la acera y Aron se volvió caminando hacia la limusina. El chófer le abrió la puerta y Aron le dijo —A casa, Bert.

—Sí, jefe.

Lisset se arrodilló en el asiento de enfrente para ver que Anthony se levantaba y corría hacia la limusina. —¡Qué viene!

—Será hijo de puta. —Aron abrió la puerta con fuerza golpeando a Anthony, que gimiendo cayó sentado sobre la acera. Respiró del alivio cuando el coche se incorporó al tráfico antes de que pudiera levantarse.

Nerviosa se arrodilló al lado de Aron mirando por la luna trasera hasta perderle de vista al torcer la esquina.

Se dejó caer a su lado suspirando del alivio y miró de reojo a Aron. —Gracias.

—Al parecer tu jefe no te ha llevado a casa —dijo molesto.

—No sabía lo de Anthony. Sino me hubiera llevado.

—¡Deberías habérselo dicho! Ese tío es peligroso.

—Nunca me ha hecho nada.

Él levantó su mano mostrándole su muñeca sonrojada. —¿Esto es nada?

—Es la primera vez que ocurre. Te lo juro.

—¡Eso dicen todas! ¡Es violento y no admite un no por respuesta!

—¡Cómo tú!

Aron entrecerró los ojos. —¿Me estás comparando con ese tío?

—¿Entonces qué haces aquí? —le gritó a la cara—. ¿Acaso el tiburón se da por vencido cuando quiere algo?

—¡Exacto! —La cogió por la nuca y a Lisset se le paró el corazón al sentir sus labios sobre los suyos. Fue como si la traspasara un rayo a través del estómago y se quedó tan sorprendida que no fue capaz de responder. Él se separó lentamente y atontada abrió los párpados para ver sus ojos. Y estaba furioso. Realmente furioso.

—¿Qué has hecho? —susurró sin que la soltara. Cuando acarició su nuca Lisset gimió sin poder evitarlo—. ¿Aron?

—Por un momento… por un maldito momento he pensado que estaba equivocado respecto a ti, nena. —Apretó la mano de su nuca acercándola a su

rostro para saborear su labio inferior provocando que separara sus labios sin poder evitarlo. —Pero sigue ahí. Lo que tenemos sigue ahí. —Entró en su boca y la saboreó con pasión provocándole unas sensaciones tan increíbles, que deseando más se acercó a él sin poder evitarlo. Aron llevó la mano libre hasta su trasero y amasándoselo con fuerza la pegó a su cuerpo casi subiéndola a su regazo. Lisset gimió en su boca sujetándose en sus hombros y gritó cuando Aron levantó el bajo de su vestido, pasando una pierna sobre él para sentarla a horcajadas sobre sus piernas. Besándose desesperados, sintió como acariciaba su sexo por encima de sus braguitas y gritó apartando su boca cuando su mano entró en su ropa interior para acariciarla íntimamente. Jadeó mirando sus ojos cuando un dedo entró en ella y Aron sonrió. —Nena, estás empapada. —Se sintió aún más excitada si eso era posible. —¿Quieres que te folle?

—Sí —respondió con la respiración agitada.

—Pues cásate conmigo y follaremos todo lo que tú quieras.

Lisset parpadeó cuando dejó de tocarla y antes de darse cuenta estaba sentada a su lado con el vestido por la cintura y con las braguitas descolocadas. Se puso como un tomate al reaccionar y le miró con odio haciéndole reír. —Nena, la frustración te sienta fatal.

—Que te follen.

—Eso es lo que querrías, pero te acabo de rechazar. ¿No lo recuerdas?

—¡Si crees que me voy a casar contigo para echar un polvo, estás peor que Anthony!

—¿Vuelves a compararme con ese tipo?

Furiosa se bajó la falda. —¡Me sobran tíos para follar!

—Sí, pero no son como yo.

Esa frase la puso a mil porque estaba deseando catarlo. Era increíble cómo cambiaban las cosas. ¿Quién le mandaba subirse a ese maldito coche? ¡Si le odiaba!

—Te odio —siseó confirmando sus pensamientos como si lo necesitara.

Aron divertido le acarició la mejilla y Lisset se apartó furiosa por el estremecimiento que la recorrió. —Preciosa, me vas a rogar que me case contigo.

—Ah, ¿pero no iba a rogarte que compraras la empresa?

—Eso también.

—¡George está muy enfermo! ¡Entra en razón y acaba con esto de una vez!

—Nena, deja de gritar.

—¡Es que me pones de los nervios! ¡Ha sido una noche algo estresante!

—¿Necesitas relajarte?

—Capullo.

Él se echó a reír y Lisset observó fascinada como parecía diez veces más atractivo. Se le puso un nudo en la boca del estómago que sospechaba que no se le quitaría fácilmente. Estupendo, lo que le faltaba era una úlcera de estómago para rematar el día.

—Doscientos cincuenta y cuidarás a los trabajadores.

—No hay trato. Además, como seguramente te ha recordado tu jefe al salir del restaurante, no tienes la autoridad para negociar algo así.

—Ya le convenceré a él también.

Él sonrió y cogió un mechón de su pelo acariciándolo entre sus dedos.

—Serás una jefa estupenda.

—¿Cuándo me arrastre? —preguntó con mala leche.

—Exacto. —Tiró de su mechón hasta él. —Y lo harás, nena.

—¿Cómo estás tan seguro?

—Porque en cuanto te vi en esa barra, decidí que serías mía.

—Tu manera de ligar es pésima.

—Estás aquí, ¿no? —Besó suavemente su labio inferior y Lisset suspiró de gusto. Dios, ese hombre era realmente peligroso.

—Solo quieres vengarte porque he dicho que eres un tiburón y te he puesto verde —dijo casi sin voz.

—Eso me ha motivado aún más. Me gustan los retos. —Besó la punta de su nariz. Nunca habría pensado que ese gesto pudiera ser tan sensual.

—Doscientos cuarenta y cinco.

—Cielo, ya sabes lo que tienes que hacer. En este momento me da igual el dinero. —Lisset perdió el aliento mirando sus ojos castaños. Le prometían tantas cosas que estuvo a punto de claudicar con tal de que la llevara a la cama más cercana. ¿Cama? ¡El coche le valía!

—No quiero casarme —susurró asustándose por sus pensamientos—. Además, no se compra un coche sin probarlo primero.

La mano de Aron bajó hasta su pecho y lo acarició por encima del vestido apretando su pezón endurecido. —Ya me estás probando. ¿Crees que no conseguiré que te corras?

—Dios…

—Si estás a punto, preciosa.

Besó su cuello cerca del lóbulo de la oreja, estremeciéndola de arriba abajo y su cuerpo lloró por más. —En cuanto me digas que sí, te proporcionaré tantos orgasmos que necesitarás una semana para recuperarte.

—Apretó más su pezón y su vientre se tensó con fuerza. Pero no lo suficiente.

—¡Te odio!

—¿Sabes lo que voy a hacer mañana en cuanto me levante, nena?

Voy a llamar a mi prima que ya conoce los puntos débiles de tu empresa y la pondré a trabajar para robaros los clientes que ha copiado de la base de datos.

Lisset lo miró asombrada. —Eso es espionaje empresarial.

—No. Porque teníamos el permiso de tu jefe para revisar lo que nos diera la gana. ¿No te lo ha dicho Madison?

—No puedes hacerlo.

—Escúchame bien. Voy a tener la primera empresa de mensajería del país. Con vosotros o a pesar de vosotros. Tú verás lo que haces. ¿Me llamas tiburón? Te voy a demostrar que no me detengo ante nada por lo que quiero, incluida tú.

—Acudiremos a MST. Seguro que a ellos también les interesa la oferta.

Aron sonrió. —¿Quieres retarme? Puedes probar, pero ganaré yo. ¿Y sabes cómo lo sé? Porque MST no tiene la liquidez necesaria en este momento para hacer frente a esos trescientos millones que pides.

—¿Cómo lo sabes?

—Hago mi trabajo. Acaban de comprar una flota de aviones y han

tenido que pedir un crédito que ellos creen que pagarán.

—Dios mío. Les vas a hundir, ¿verdad?

—Cuando Madison y yo nos unamos no tendrán ninguna oportunidad.

Se ahogarán ellos mismos porque no podrán hacer frente a los pagos. Es el momento perfecto para darles donde más les duele.

Lisset perdió parte del color de la cara. —Vas a hundir los precios del transporte y el envío.

—¿Tú qué crees? ¿Quieres intentar reformarme? Cásate conmigo.

—¡Qué te den!

—Vuelves a gritar.

—¡Te odio! No voy a unirme a ti para que les eches a la calle.

—Está en tu mano garantizar los puestos de Madison. Tú decides.

—¿Y los de MST?

—Ah, no. Ni se te ocurra pedirme que los conserve a todos.

—¿Para qué quieres tantas empresas? Ya eres rico. ¿Cuándo te detendrás?

—Nunca —dijo mirándola fijamente—. No me detengo nunca.

El coche se detuvo y cuando Lisset miró a su alrededor vio que estaban en Park Avenue. —¿Qué hacemos aquí?

—Es mi casa.

—Ah…

Divertido la cogió por la barbilla y le dio un suave beso en los labios.

—Bert te llevará a tu casa.

—Ajá —susurró atontada deseando que profundizara el beso, pero él salió del coche diciéndole algo en voz baja a su chófer, que asintió dejando la

puerta abierta y rodeando el vehículo.

Pero ella solo miraba a Aron que se agachó apoyándose en el coche para mirarla a los ojos. —Preciosa, esperaré tu llamada.

Eso la hizo tensarse y chasqueó la lengua cruzándose de brazos y mirando al frente. Aron se echó a reír. —Ponte como quieras, pero seré yo quien diga la última palabra. Por cierto, en un mes me tomo vacaciones. Un crucero por el Mediterráneo y estaré fuera dos meses. Espero que todo se solucione antes, porque de otra manera estaréis en peligro cuando vuelva y obviamente ya no me interesareis salvo por vuestras instalaciones. La oferta será bastante menor, te lo aseguro.

—Esa amenaza ya está trillada.

—No es una amenaza y lo sabes. Preciosa, sé razonable o Madison lo perderá todo. Te doy dos días para aceptar mi oferta antes de que ordene a Rose que os hunda. Y sabes que lo conseguiré. Acepta por las buenas.

—¿Ahora nos das dos días? —preguntó molesta.

—Te doy dos días para que lo medites con detenimiento. Tu vida va a cambiar mucho y quiero que te lo pienses bien.

—Elimina el matrimonio de la venta y puede que me lo piense después. Sé razonable, no te conozco.

—Ni de broma.

—Doscientos cuarenta. Es mi última oferta.

La miró atentamente antes de sonreír irónicamente. —Madison acepta los doscientos, ¿verdad?

—Eres un aprovechado de mier…

Él le cerró la puerta dejándole con la palabra en la boca y Lisset gritó

de rabia —¡No te saldrás con la tuya! ¿Me oyes?

—No creo que la oiga, señorita. ¿A dónde la llevo?

Miró al chófer que parecía estar pasándoselo en grande. —¿Qué le parece tan divertido?

—Me gusta para el jefe. —Le guiñó un ojo mirando al frente. —Tiene carácter. ¿Dónde vive, jefa?

—En la décima con la veintiocho.

—¿Va a correr por High Line? Mi mujer va a caminar todos los días por allí.

—Oh, a correr no porque solo son dos kilómetros de parque, pero voy a clases de pilates. Son gratuitas y las imparten voluntarios.

—¿De veras? Se lo diré a mi esposa.

—Dígale que me llame y la acompañaré. Le presentaré a gente para que se sienta cómoda.

—Gracias, estará encantada.

—No es nada.

Vio un block y un bolígrafo sobre un ordenador portátil. —Vaya, en esta limusina hay de todo.

—El jefe trabaja mientras le llevo a sus citas. Es una oficina móvil.

—¿No me digas? —Miró el ordenador de reojo. —Interesante.

Escribió su número en el papel a toda prisa y arrancó la hoja mirando a su alrededor, viendo que aún tardarían unos minutos en llegar a casa con el tráfico que había. —Así que a tu mujer le gusta pasear.

—Tiene que hacerlo porque si no se vuelve loca por estar encerrada en casa todo el día. Se lo ha recomendado el médico. En cuanto los deja en el

cole se va a caminar toda la mañana y dos veces a la semana se va a clases de pintura.

—Está bien que dedique tiempo a su desarrollo personal. Mi madre tuvo una depresión cuando nos fuimos de casa, porque ya no tenía que hacer y le compramos un cachorrito para obligarla a salir. Lo tenía que pasear y le vino muy bien. Ahora es otra.

—A mi Doris le llevo un perro y me echa de casa.

Lisset se echó a reír. —¿Cuántos hijos tienes, Bert?

—Cuatro.

Jadeó asombrada. —¿Cuatro?

—Los dos últimos vinieron por sorpresa, se lo aseguro.

—Tutéame, ¿quieres? Guau, cuatro. —Miró el ordenador y alargó la mano mirándole por el espejo. —No me extraña que tenga que salir a pasear.

—Pues el jefe quiere un equipo de futbol.

Casi se le cae el ordenador. —¿No me digas? Lo siento por la afortunada.

Bert se echó a reír asintiendo. —Son maravillosos, pero a veces me tiraría de los pelos. Por eso comprendo tan bien a mi mujer.

—Se nota que la quieres mucho.

—Muchísimo, es mi vida. No sé qué haría sin ella.

Lisset sonrió porque le gustaría que alguien sintiera eso por ella. No la fría declaración que el tiburón le había soltado en el restaurante.

—Entonces es afortunada.

La miró por el espejo retrovisor sonriendo. —Gracias. Usted también lo es. Se lleva a un hombre increíble.

—Increíblemente bruto.

Bert se echó a reír. —Directo.

—¿Directo? Tiene la sensibilidad de una apisonadora.

—Pero le gustas. Mucho.

El corazón de Lisset saltó sentándose en el asiento de enfrente. —

¿Por qué lo dices?

—Me hizo dar la vuelta a la manzana para esperar a que saliera del restaurante. Estaba preocupado por ti porque vio a ese tipo al final de la calle. Estuvo refunfuñando durante diez minutos, sobre cómo había conocido a la mujer más grosera, insoportable y tozuda que había tenido la desgracia de toparse. —Jadeó ofendidísima haciéndole reír. —Yo le pregunté que entonces qué hacíamos esperándola y él me respondió que ya que se iba a casar contigo debía protegerte.

Sin poder evitarlo sonrió. —Le gusto.

—Es evidente ya que la está obligando a casarse con él. Algo increíble con todas las mujeres que se le tiran a los pies. —La miró a los ojos por el espejo retrovisor. —¿Eso no te dice nada?

—Que le va la marcha.

Bert se echó a reír a carcajadas. —Me lo voy a pasar estupendamente contigo.

—No me vas a ver más, Bert —dijo dándole la espalda para coger la chaqueta que Aron se había dejado envolviendo el ordenador con él—. No quiero casarme.

—Eso ya lo veremos. ¿Quieres hacer una apuesta?

—Por supuesto. Me encantan las apuestas.

—Cincuenta pavos a que estás casada con él antes de un mes y que te irás de luna de miel a ese crucero que te acaba de mencionar.

—Cincuenta pavos a que se va a quedar con las ganas, aunque si me hubiera invitado al crucero, me lo hubiera pensado, te lo aseguro.

Bert se echó a reír asintiendo. —Son los cincuenta dólares más fáciles de mi vida.

—Ja, ja. Tienes mucha confianza en tu jefe. Déjame en esa esquina.

—¿Seguro? Puedo llevarte hasta el portal.

—El portal está en la esquina, Bert —respondió divertida. Cuando frenó le tendió el papel—. No hace falta que bajes. Dile a tu amorcito que me llame. Estoy deseando conocerla.

—Se lo diré —respondió él mientras bajaba del coche.

—¡Adiós Bert! Le pediré los cincuenta pavos a tu mujer.

—¡Ganaré yo!

Cerró la puerta riéndose y ocultó el ordenador en su torso mirando al frente. Cuando entró en el portal, suspiró de alivio corriendo hacia el ascensor. ¡No podía creerse que tuviera tanta suerte, tenía su ordenador!

## Capítulo 4

Seis horas después bostezaba ante la pantalla del ordenador, cogiendo otra vez el teléfono. La factura ese mes iba a ser de órdago.

Marco el número y se puso el teléfono al oído sonriendo. —¿Señor Higgins?

—¿Quién es? —preguntó con voz somnolienta.

—Le llamo de la compañía Madison.

—¿De dónde?

—La compañía de transportes y envíos Madison. Estamos interesados en hacerle una oferta maravillosa que es imposible que rechace por transportar sus… —Miró la pantalla haciendo una mueca. —Sus caballos. Un veinticinco por ciento de descuento respecto a lo que paga en la actualidad. ¿Qué le parece?

Eso le espabiló de golpe. —¿Habla en serio? ¿Me hace una oferta a las cinco de la mañana?

—Es que hay que madrugar, ¿no se lo habían dicho nunca? Respecto a la oferta…

—Estoy muy contento con Carter-Morris.

—Y yo estoy segura de eso, señor Higgins, pero tiene que pensar que un veinticinco por ciento de descuento es una cifra muy suculenta al año. ¿Cuánto paga ahora?

—Pues…

—Yo se lo diré. —Miró la pantalla. —Ha pagado en envíos veinticinco mil dólares este año. Haga cuentas, amigo. Nosotros le garantizamos los envíos como en cualquier compañía, con un descuento especial para clientes como usted.

—Pues…

—Y como dice mi madre, cada dólar cuenta. ¿Qué me dice? ¿Le gusta la idea? ¿Qué le parece si mañana le envío el contrato?

—¿Contrato?

—Para garantizarle la oferta anual. Todos los envíos que realicen con nosotros tendrán ese descuento, ¿entiende? Para garantizarle a usted que durante todo el año se le cobrará eso.

—Sí, envíemelo. Me lo leeré.

Sonrió triunfante. —Muchas gracias por su atención, señor Higgins.

—Gracias a usted —dijo encantado.

Colgó el teléfono y tachó a Higgins de la larga lista que estaba llena de tachones. Contó los que le quedaban. Veintiséis. Después de robarle trescientos dieciséis de sus más importantes clientes ya estaba bien. Miró el reloj cerrando la tapa del ordenador, pero la volvió a abrir maliciosa y al ver el sobrecito del correo electrónico, decidió darle un toque. Copio su dirección de correo y cogió su teléfono para enviarle un mail.

*"Hola, amorcito. Respecto a tu maravillosa oferta, siento rechazarla porque acabo de decidir que la que voy a hundir tu empresa soy yo. Por cierto, gracias por esa información tan sustanciosa que me dejaste con amabilidad en el coche. Eres un amor. Mis nuevos clientes están encantados conmigo. Y respecto a la oferta… trescientos y es tuya. Nada más. Espero tu llamada. Muackk"*

Envió el correo con una satisfacción enorme y se fue a dar una ducha.

Cuando se estaba preparando el desayuno, su móvil pitó indicando que tenía un correo. Miró el reloj de la cocina y vio que eran la siete menos cuarto.

Casi bailando fue hasta el teléfono que había dejado sobre el escritorio y al ver que era de Aron sonrió de oreja a oreja.

*"Preciosa, has cavado tu propia tumba. Tendrás noticias de mis abogados hoy mismo."*

Perdió la sonrisa de golpe. *"¿Qué quieres decir?"*

*"Has robado información confidencial de mi coche. Eso es un delito. O me dices que sí ahora mismo o te voy a denunciar. Es así de simple."*

*“Tendrías que demostrar algo así. Solo he hecho ofertas a clientes”*

*“Mis clientes, con un ordenador mío que has robado de mi coche, como declarará mi chófer que sabía perfectamente que ese ordenador estaba allí. Estoy seguro de que has llamado desde tu casa. La lista de llamadas demostrará que tu actuación ha sido fraudulenta. Cielo, has caído en el truco más viejo del mundo. Tu propia ambición te ha perdido”*

Lisset entrecerró los ojos. *“Me arriesgaré.”*

*“A ver qué opina la prensa de que Madison utilice estos trucos baratos.”*

Mierda. Había caído como una idiota. *“Doscientos treinta.”*

*“Ni hablar.”*

Casi grita de la frustración y cuando sonó otro pitido por poco tira el teléfono contra la pared, pero la curiosidad pudo con ella.

*“Nena, esta es mi oferta. Ni para ti ni para mí. Doscientos cincuenta y me ocuparé de los trabajadores. Además de lo que ya sabes. ¿Sí o no?”*

Eso era intolerable. Ahora bajaba la oferta. *“¿Cincuenta millones menos?”*

*“Es la penitencia que tendrás que pagar por tu mal comportamiento. Además, Madison se conforma con doscientos. Tú decides.”*

*“Maldito tiburón chupasangre.”*

Casi podía escucharle reír porque estaba seguro de que había ganado.

*“Me encantará saber la opinión de George cuando se entere de esto. Espero que no afecte a su salud todo el escándalo que arrollará a su empresa”*

*“Retorcida sanguijuela.”*

*“Dos segundos. Estoy perdiendo la paciencia y voy a levantar el teléfono para llamar a mis abogados.”*

Gritó de la impotencia antes de apretar los botones que cambiarían su vida para siempre. *“Está bien. Acepto la oferta.”*

Durante varios segundos él no contestó nada, lo que la puso aún más nerviosa por si se echaba atrás. Se le pasó por la cabeza que todo había sido una burla de Aron que ahora hundiría su empresa ante todo el mundo y la enviaría a la cárcel por humillarle en público. Sería lo que haría el tiburón que conocía, eso seguro. En realidad por su metedura de pata podría quedarse con la empresa a precio de saldo y salir de ello como un triunfador al que le habían intentado timar. Era listo el muy cerdo.

Cuando el teléfono pitó casi se echa a llorar de la alegría abriendo el mensaje a toda prisa. *“Llámame después de que hables con George sobre el acuerdo.”*

Se dejó caer en el sofá perdiendo el apetito del todo. Parpadeó mirando la pared que tenía en frente alucinada, porque se acababa de comprometer con un hombre al que había conocido la noche anterior. Igual su madre tenía razón al decir que era demasiado impulsiva. Gimió pensando en su madre. Cuando se enterara, iba a poner el grito en el cielo. O quizás no, porque había pillado a un pez gordísimo. Qué pez, ni qué pez. Había pillado un auténtico tiburón. En realidad cuando se enterara de quién era, iba a pegar saltos de la alegría volviendo loco a su padre que haría que la escuchaba cuando en realidad estaba más pendiente de lo que ponían en la tele. Esa era la razón por la que Lisset le había regalado el perrito a su madre. Para que al menos hablara con él. Se deprimió pensando en el matrimonio de sus padres.

No tenía ni idea de cómo ser una buena esposa. El matrimonio de sus padres era un auténtico desastre y era el único ejemplo que había tenido. En realidad ella también era un desastre, como demostraba su relación con Anthony, el tercer tío con el que se había acostado. Su madre decía que tenía un carácter demasiado explosivo y empezaba a pensar que tenía razón. ¿Por qué le pasaban esas cosas?

Primero huía de Chicago a los tres días de buscar trabajo, aceptando la oferta de Nueva York debido a la insistencia de Anthony y porque su hermano la convenció. Se dijo que lo mejor era cambiar de aires para perderle de vista y empezar de nuevo en otro sitio. Pues mira cómo había acabado. No se había librado de él y encima ahora tenía que casarse con el tipo que había provocado que la despidieran. Estaba claro que la vida era cíclica. Habían puesto a esos dos hombres en el mundo para joderle la vida. Y lo peor es que ahora tenía que casarse con uno de ellos.

A las ocho y cuarto de la mañana ya estaba tras su mesa esperando la llegada de George, al que había llamado por teléfono a las siete y media de la mañana diciéndole que había llegado a un acuerdo y que necesitaba que fuera de inmediato para hablar del asunto. Nerviosa ni se dio cuenta que se manchaba el vestido beige de tirantes que se había puesto hasta que distraída se metió la mano en el escote para subirse el sujetador. Al ver la gota de café en donde se suponía que estaba el pezón, juró por lo bajo y a toda prisa fue hacia el baño. Mojó una toalla y frotó, pero ya estaba casi seca y el cerco no se iba. ¡Mierda! Lo que le faltaba. Volvió a mojar la toalla por otro sitio y frotó con fuerza. Entre la humedad y tanto frotar sus pezones se endurecieron y sin poder evitarlo pensó en Aron. Gimió apoyándose en el lavabo con

ambas manos. ¿Cómo iba a salir de esto?

Escuchó un ruido en el despacho y salió con la toalla en la mano para ver a Aron sirviéndose un café de espaldas a ella. Estaba guapísimo con su traje gris y al volverse sonrió. —Buenos días, preciosa. —Sus ojos fueron a parar a su pecho y a la mancha de humedad. —¿Un mal día?

—¿Qué haces aquí? Todavía no he hablado con Madison… —

Preocupada miró hacia los ascensores. —¿Y si te ve alguien?

—Ya está cerrado. Así que me da igual que me vean o no.

—¿Cómo que ya está cerrado? ¿Y si mi jefe ahora dice que no?

—Hablé con él hace media hora. Me dijo que había quedado aquí contigo. Le conté el trato y lo ha aceptado. Es un caballero, no se echará atrás. —Se acercó a ella y su mano libre fue a su nuca. —No has dormido nada intentando fastidiarme y hoy va a ser un día largo, así que vas a tener que acostarte tarde.

—A ti te ha venido de perlas que me haya pasado la noche sin dormir.

Aron rió por lo bajo. —Nena, eres muy previsible. Se te ve venir.

—Capullo.

Apretó la mano de su nuca obligándola a dar un paso hacia él. —Estás preciosa, la próxima vez que te pases la noche sin dormir será por otra razón.

—No vayas tan deprisa —susurró contra sus labios.

Él pasó la lengua sensualmente por su labio inferior antes de besarlo provocando que cada célula de su cuerpo estuviera pendiente de él. —¿Sabes, cielo? No podrás evitarlo. Estás deseando que te folle. —Lisset se estremeció y Aron tiró del cabello de su nuca provocando que abriera su boca. —No queda mucho, preciosa. Ten paciencia.

Se separó bebiendo de su café y el cuerpo de Lisset protestó de frustración cabreándola. —Mi vida, ya te he dicho que esa manera de ligar es patética.

—Pues contigo ha funcionado. —Se sentó en su sillón y colocó las piernas sobre su escritorio, cruzando los tobillos sobre la impecable madera.

—¡Baja los pies de ahí!

—No seas gruñona. Además, cuando firme los papeles, esta mesa y todo lo demás será mío. Como tú.

—Imbécil.

—Voy a ser tu jefe y tu marido. Más respeto.

—Estás disfrutando con esto, ¿verdad?

—No sabes cuánto. —Le guiñó un ojo antes de beber de su taza de nuevo. Lisset tragó saliva al ver como estaba pasándoselo en grande. Porque sus ojos castaños prometían venganza. —Este es un negocio redondo. Hacía tiempo que no tenía uno igual.

—¿No me digas? ¿Y crees que has conseguido una esposa fácil?

—Preciosa, tú no tienes nada de fácil. Pero te amoldarás.

—¡Qué te den! —Furiosa volvió al baño escuchándole reír y cerró de un portazo.

Al final se quitó el vestido para asegurarse de que la mancha desaparecía. Estaba frotando con fuerza cuando la puerta se abrió lentamente y Lisset entrecerró los ojos girando la cabeza sin moverse, para encontrarse a Aron observándola de arriba abajo. Menos mal que se había puesto el mejor conjunto blanco que tenía. Sus ojos subían por sus piernas e hizo una mueca.

—Preciosa, igual deberías ir un poco al gimnasio. ¿Eso es celulitis?

Abrió la boca asombrada. ¡Ella no tenía celulitis! Soltó el vestido y se giró mirando hacia abajo. —¿Dónde?

Él se echó a reír. —Te veo un poco insegura.

—Serás gilipollas. ¡Largo de aquí!

—George está tardando un poco, ¿no crees? Con la prisa que tenía de librarse de este muerto…

Se puso el vestido a toda prisa y él se acercó apartándole la melena para subirle la cremallera, pero antes de cerrarla del todo, acarició con sus labios la base de su nuca poniéndole la piel de gallina. —Llámale. ¿Quiero saber qué ocurre?

—Estará en un atasco —susurró disimulando lo que le había afectado ese beso.

Cerró la cremallera de golpe y la miró muy serio a través del espejo.

—Llámale.

—Está bien.

Salió del baño y él se apoyó en el marco de la puerta observando cómo se acercaba a su mesa, cuando se abrió la puerta de cristal y entró un repartidor con un enorme ramo de rosas amarillas. Lisset con el teléfono en la mano se detuvo en seco y miró a Aron que se enderezó de golpe observando al repartidor como si fuera un insecto.

—¿Lisset Sullivan?

—Soy yo.

—Un momento —dijo Aron acercándose al chico y cogiendo la tarjeta.

Lisset se imaginaba lo que estaba leyendo. Anthony no se daba por

vencido. Cuando vio como Aron se tensaba con fuerza, le quitó la tarjeta de los dedos. En ella ponía: *"Siento lo de ayer, cielo. Debió ser la sorpresa de verte después de dos años porque lo deseaba tanto… Te he echado muchísimo de menos. Te amo más que a nada en esta vida y para siempre. Dame otra oportunidad."*

—Llévatelas. Dile que no la has encontrado —ordenó Aron sacando un fajo de billetes del bolsillo del pantalón y tendiéndole cien dólares. El chico abrió los ojos como platos—. ¿Me has entendido? Le dices que no trabaja aquí. ¿Puedes llamarle?

—Está fuera.

—La madre que le parió —dijo Aron violento entrando en el despacho de George y yendo hacia el ventanal.

Lisset también se acercó colocándose a su lado y para su sorpresa, Anthony estaba en la acera de enfrente mirando hacia la puerta vestido con un impecable traje azul de tres piezas. —Muy bien. Esto se acabó. Voy a llamar a la policía.

—Aron… es un abogado reputado en Chicago. —Nerviosa se apretó las manos.

—¿Qué hago con esto? —preguntó el chico indeciso desde la puerta.

—Déjalas aquí. —Aron le tendió los cien dólares y el chaval se acercó a la mesa a toda prisa, dejando las rosas que ocupaban medio escritorio y cogiendo la propina rápidamente.

—Gracias. ¿Qué le digo al tipo?

—Que baja ahora —siseó Aron levantando el teléfono—. Nena, ¿cuál es la extensión del exterior?

—Aron…

—¿Cuál es la extensión?

Suspiró dándose por vencida porque también estaba deseando librarse de Anthony. Había intentado asustarle con la orden de alejamiento, pero no había conseguido nada. Incluso le había justificado ante sus amigos, echándose la culpa porque se sentía responsable, pero aquello había ido demasiado lejos. —La cero.

Él pulsó el cero sin perder el tiempo y en cuanto tuvo tono, llamó a la policía. La miró muy serio esperando. —Esto no puede seguir así. No pienso tener a ese tipo detrás de ti todo el maldito día. ¿Si? Necesito que venga alguien a la cuarenta y dos oeste con la Avenida de las Américas. A Mensajería Madison. Un acosador está persiguiendo a mi prometida y la ha seguido al trabajo. Está ante la puerta en la acera de enfrente. Sí, traje azul. Es moreno y mide sobre uno ochenta.

George entró en ese momento con una sonrisa en los labios y dio una palmada. —Hoy es un gran día.

Ninguno de los dos le hizo ni caso y el pobre perdió la sonrisa poco a poco. —¿Ocurre algo?

Lisset gimió por dentro volviéndose hacia su jefe forzando una sonrisa. —¿Se acuerda cuando le dije que había tenido un novio algo pesado en Chicago y que fue uno de los motivos para aceptar este trabajo?

George asintió frunciendo el ceño. —Sí.

—Pues está abajo.

Su jefe se acercó a la ventana que señalaba Lisset y ambos se acercaron al cristal. George se llevó la mano a la nuca. —¿Pero qué hace?

¿Está mal de la cabeza?

—Eso me temo.

Aron colgó el teléfono. —Están al llegar. Tenemos que ir a la comisaría a poner una denuncia.

Lisset suspiró mirándole con sus ojos azules. —No va a servir de nada. Ya tenía una orden de alejamiento en Chicago y no la respetaba.

—¡Porque no lo denunciabas cada vez que la quebrantaba!

—Tiene una profesión y…

—Aron, tuvo que irse de Chicago por su culpa. Tenéis un problema.

—Bueno, que me hubiera quedado sin trabajo también influyó para que me largara —dijo mirando con rencor a Aron.

—¡Pues deberías darme las gracias! Al menos has vivido tranquila desde entonces.

Lisset gruñó cruzándose de brazos. —Éste es capaz de mudarse a la ciudad.

—Eso ya lo veremos —dijo Aron yendo hacia la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntaron los dos a la vez asombrados.

—¡A hablar con la policía! ¡Quédate ahí!

Lisset miró a George. —Lo siento, jefe. Nos lo encontramos ayer en el restaurante y…

—¿Ayer en el restaurante? —preguntó sorprendido—. Cuéntamelo todo.

Ella relató rápidamente cual había sido su relación con Anthony sin entrar en detalles. Cuando terminó George la miraba con la boca abierta, pero reaccionó al escuchar la voz de Aron al otro lado del despacho y la cogió del

brazo acercándola para susurrarle —No le digas nada de esto a Aron.

—¿Qué?

—Hablo en serio. Relata la historia por encima. No se lo cuentes por tu bien.

Se volvieron para ver a Aron entrando en el despacho con dos policías de uniforme. Miró a su jefe de reojo. —Nena, ven. Estos agentes quieren hablar contigo.

Lisset muy nerviosa porque le daba la sensación de que su jefe lo decía por el acuerdo, se acercó a ellos poniéndose al lado de Aron forzando una sonrisa.

—Miren, estas son las flores que le acaba de enviar. —Aron se acercó a la mesa cogiendo la tarjeta. —Pueden leerla.

Uno de los agentes la miró de reojo antes de coger la tarjeta. —Señor, aquí no consta ninguna amenaza —dijo después de leerla.

—¡Mi novia pidió una orden de alejamiento de él en Chicago! ¡Ayer nos montó el espectáculo en el restaurante y tuvieron que sacarle a rastras! ¡Iba con otra mujer y casi se abalanza sobre Lisset para sacarla de allí! ¡Tienen que proteger a mi mujer!

Miró asombrada a Aron. ¿Su mujer? ¿A ver si éste también estaba perdiendo un tornillo?

—Me fui de Chicago por su culpa —dijo Lisset—. Me iba a molestar a casa, al trabajo… Si salía con mis amigos se presentaba y siempre había problemas si había algún hombre en el grupo o si algún hombre se me acercaba. Un día en la oficina entró con un ramo de flores y le pegó un puñetazo a mi jefe insinuando que tenía un lío con él.

—¡Ayer al salir del restaurante se puso violento con ella y tuve que intervenir! —La cogió por la muñeca mostrando los dedos que le había dejado marcados.

Uno de los agentes miró al otro apretando los labios. —Diles que le detengan.

Eso alivió a Aron que la cogió por la cintura pegándola a él. —¿Ahora qué hacemos?

—¿Soy sincero o prefieren la versión para quedar bien?

—Sea sincero, por favor —dijo George preocupado.

—Le van a soltar. Podemos tramitar la denuncia, pero en cuanto el juez vea esos ligeros morados y que no la ha amenazado con algo realmente grave, le dejarán libre. Lo que pasó en Chicago no ha pasado en Nueva York. Aquí no ha hecho nada realmente grave. Puede que tenga suerte y le toque una jueza que considere que es un acosador, pero le pondrá una orden de alejamiento, que seguramente no respetará. Nosotros no podremos hacer nada. Si tiene malas intenciones y la encuentra sola, no llegaremos a tiempo.

Lisset perdió todo el color de la cara y miró a Aron. —No sabe que estamos prometidos, cuando se entere…

—Pues no tardará en enterarse porque mañana sale en la prensa.

—¿Qué? —gritó sorprendida apartándose.

—Te voy a poner seguridad privada —dijo muy tenso yendo hacia el escritorio—. Voy a acabar con esto cuanto antes.

—Aron, piensa lo que haces —dijo George—. No sabemos cómo le puede sentar a ese chiflado vuestro compromiso. ¿Y si se muestra violento?

—Estoy de acuerdo con el señor Carter-Morris —dijo el agente

dejándoles de piedra—. Que se dé cuenta que lo tendrá mucho más difícil. Que se entere de que se va a casar con otro. Igual desiste y vuelve a casa.

Aron con el móvil en la mano le miró fijamente. —Pero usted no cree eso, ¿verdad?

El agente negó con la cabeza mirándola de reojo. —Le he visto, he hablado con él. Está muy confiado. Se cree superior. La quiere a ella y creo que no se detendrá. Hará lo que sea para intentar convencerla y si no puede… Si no puede, no creo que sea un tipo que admita un fracaso como si nada.

—¿Cree que me hará algo? —preguntó pálida como la nieve.

—En Chicago seguro que esperaba convencerla. —Ella asintió. —Usted hablaba con él intentando que entrara en razón seguramente. —Volvió a asentir. —Eso a él le dio esperanzas de que al final volvería a su lado. Pero se ha ido. Se ha separado de él y ahora intenta simplemente que le escuche. Cuando no lo consiga… ¿Cómo canalizará la derrota? Como abogado tiene que haber perdido algún caso alguna vez.

Lisset miró a Aron de reojo que dio un paso hacia ella. —¿Nena?

—Destrozó el despacho —susurró asustada.

—¿Solo ha visto ese comportamiento esa vez?

Ella asintió. —Llevábamos saliendo dos meses y por eso le dejé. Pero él se empeñaba en que estábamos casados.

—¿Casados?

Explicó su boda falsa en las vacaciones en México y el policía asintió.

—Así que la considera de su propiedad.

—Esto no tiene buena pinta después de lo que ocurrió ayer al salir del restaurante —dijo George sentándose en el sofá—. Aron pide seguridad para

ella.

—Eso pienso hacer. Gracias por venir, agentes.

—¿Entonces le soltamos?

—No. Seguiremos los cauces legales para el juicio.

—¿Juicio? —preguntó ella asustada—. Aron, la prensa.

—Si tengo que llevarle a juicio por acoso, lo haré. La prensa me importa muy poco.

Asustada miró a George que negó imperceptiblemente con la cabeza para que se mantuviera callada.

Se volvió pasándose la mano por la frente. ¡Dios, en qué lío se estaba metiendo!

Aron la cogió de la mano y tiró de ella hacia la puerta, pero ella clavó los talones en el suelo. —¿Qué haces?

—Vamos a comisaría. —Volvió a tirar de su brazo y los policías levantaron las cejas antes de mirarse al darse cuenta de que ella no quería ir.

—Lisset, vamos a ir a comisaría —dijo fríamente.

—Déjame hablar con él.

—¡Y una leche! ¿Estás loca? ¡Después de lo que vi ayer, no te vas a acercar a ese tipo ni a cien millas!

—Si ella no pone la denuncia, no llegaremos a ningún sitio. —El policía apretó el botón de la radio que llevaba al hombro y Aron levantó la mano para interrumpir lo que iba a decir por ella.

—Un momento. ¿Pueden esperar fuera un minuto? Mi novia está algo nerviosa por culpa de la prensa y eso es lo que la echa para atrás. Solo necesito dos minutos para hablar con ella.

Los agentes se miraron de nuevo y uno de ellos dijo a regañadientes

—Está bien. Pero tenemos mucho trabajo y no estamos como para perder el tiempo.

—Lo comprendo —dijo él apartándose de la puerta para que pasaran.

Aron cerró y se volvió hacia ellos cruzándose de brazos—. Muy bien, ¿qué pasa?

—¿Qué pasa? ¡Qué no quiero joderle la vida por ser demasiado pesado!

—¿Pesado? ¡Eso no es ser pesado, es ser un acosador! —Dio un paso hacia ella mirándola a los ojos. —Tú me ocultas algo, ¿verdad?

—¿Qué te voy a ocultar?

—Es que esta reticencia tuya a denunciarle, me mosquea un poco. Cualquier mujer a la que ese chiflado estuviera acosando, correría hacia la primera comisaría, pero tú no. Y me ha venido a la memoria cierta frase que ese gilipollas dijo en el restaurante… —Entrecerró los ojos. —Con todo lo que he hecho por ti. —Lisset palideció. —Nena, ¿qué hizo por ti exactamente?

—Lo dijo sin pensar —le espetó mirando de reojo a George, que negó con la cabeza para que mantuviera la boca cerrada, seguramente pensando que la venta se iría a la mierda. Entonces encontró la solución para librarse de ese matrimonio. Tenía que conseguir que firmara la compraventa lo antes posible y cuando fuera ya un hecho, le contaría lo que había ocurrido. Aron Carter-Morris correría en dirección contraria a ella perdiéndole de vista rápidamente precisamente para que la prensa no se enterara de su historia. —No oculto nada, porque no he hecho nada malo en la vida que tenga que

ocultar. Mi vida es un libro abierto.

Al menos en eso era sincera y vio el alivio en los ojos castaños de Aron. —Entonces no hay más que hablar. Nos vamos a comisaría.

—Pon la denuncia, Lisset —dijo George preocupado—. No me gustaría que te pasara nada malo por no intentar convencerte de que es lo mejor.

Ella sonrió a su jefe porque aunque Anthony podía irse de la lengua, su jefe hacía lo que consideraba mejor para Lisset. Pero precisamente porque Anthony podía irse de la lengua no podía hacerlo.

—No. Se irá a Chicago, os lo garantizo. Al final me dejará en paz.

—Mira, si no vas a poner la denuncia no hay trato. Punto. ¡Me da la sensación de que ese tipo aún te gusta! —le gritó a la cara.

—¡Qué chorrada! —respondió de la misma manera empezando a fastidiarla—. ¡Si me gustara, me hubiera quedado en Chicago y me hubiera casado con él!

—¡Pues eso! ¡Entonces vamos a denunciarle!

—¡Te estás poniendo muy pesado! ¡Es problema mío!

—¡Y mío porque eres mi prometida!

La puerta se abrió de golpe y uno de los policías de uniforme les dijo muy serio. —Ese imbécil acaba de pegar a uno de nuestros compañeros y le ha roto la nariz. Nos lo llevamos a comisaría.

—Vamos detrás. —Aron la cogió de la muñeca tirando de ella y siseó

—Te lo advierto nena, hazme caso en esto o me voy a cabrear.

Gruñó siguiéndole porque el imbécil de Anthony había vuelto a fastidiarla. Ahora tendría que denunciarle porque había demostrado que era

violento.

—Sí, es lo mejor —dijo George preocupado.

—Le diré a mis abogados que se reúnan aquí con nosotros después de comer y empezaremos con los detalles, Madison. No debes preocuparte. Esto no retrasará la compra.

Al salir cogió el bolso de encima de su mesa e intentó soltarse para coger su móvil. —¡Aron, mi móvil!

Impaciente la soltó para que lo cogiera como si fuera un esfuerzo enorme. —¡Date prisa! Quiero terminar con esto de inmediato.

—Si tenemos tanta prisa con la compra, podemos saltarnos esta ridiculez que no nos llevará a ningún sitio.

—Este gilipollas se va a enterar —siseó sacando el móvil y mirando la pantalla.

—¿Qué haces?

—Llamar a mis abogados.

—Sí, que se pongan a trabajar. —Sonrió encantada. —Y que se acuerden de poner esa cláusula sobre la seguridad laboral de los trabajadores.

Gruñó cogiéndola de la mano y fueron hacia el ascensor. Lisset sonrojada de gusto le miró de reojo. No sabía por qué, pero que la cogiera de la mano la hizo sentirse genial. Tan genial que medio abobada ni escuchó lo que decía por teléfono distraída con sus pensamientos. Los policías en silencio entraron con ellos en el ascensor y ella miró a Aron de reojo que metía el teléfono en el bolsillo interior de la chaqueta antes de preguntarles

—¿Tardaremos mucho?

—No creo. Además, debido a la agresión a un agente de la ley, no

saldrá de la celda hasta que vea al juez. Eso es positivo para la señorita Sullivan. Igual se acojona.

—¿Usted cree? —preguntó esperanzada.

—Puede. Aunque ahora no tengo duda de que le falta un tornillo.

Lisset dejó caer los hombros perdiendo toda esperanza de librarse de Anthony por las buenas. Estaba claro que seguiría en sus trece. Bueno, esperaba que al menos la policía lo tuviera lo suficientemente alejado de ella como para que Aron no se enterara de los truculentos detalles de su relación.

## Capítulo 5

Al llegar abajo Anthony ya no estaba y los policías se dirigieron hacia su coche patrulla. Sorprendida vio a Bert allí con la puerta de la limusina abierta y esperándoles. Estaba claro que Aron le había llamado en algún momento. Ella le guiñó un ojo antes de entrar y él sonrió. —Buenos días, guapo.

—Buenos días, Lisset.

—Bert, llévanos a la comisaría de Midtown South.

—Sí, ya lo he visto. Señor, ese tipo… —Le advirtió con la mirada.

Aron asintió. —Sí, lo sé.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó después de sentarse mientras Bert cerraba la puerta.

—Que es peligroso, nena. Todo el mundo se ha dado cuenta menos tú. Pero no te preocupes que yo lo arreglo.

—No le tengo miedo.

Aron la miró fijamente. —Pues eres mucho más valiente que yo. —La cogió por la barbilla con firmeza. —Nadie toca lo que es mío. —La piel de

Lisset se erizó mirando sus ojos castaños. —Y ese cabrón ya te ha tocado demasiado para mi gusto. Como vea que te pone de nuevo una mano encima, le mato.

Lisset sintió que su corazón saltaba en su pecho. Él se acercó y besó su labio inferior tan suavemente que todo su cuerpo se estremeció de ansia mientras se separaba para mirar sus ojos azules. —Prométeme que si le vuelves a ver, llamarás a la policía.

—Pero…

—¡Prométemelo Lisset!

—No es mala persona.

Esa frase le tensó con fuerza. —Prométemelo.

—¡Muy bien! —Se soltó de mala manera apartándose de él. —Te lo prometo.

—Arreglaré lo de tu seguridad hoy mismo.

—¿Hablas en serio? ¡No pienso llevar guardaespaldas!

—¡Es hasta que esto se solucione y deja de poner trabas por todo!

—¡Deja de dirigir mi vida!

—Pues no has visto nada.

—¡No tiene gracia!

La cogió por la nuca y la besó de tal manera que se sintió la mujer más deseada del mundo. Su lengua la saboreó como si fuera el manjar más exquisito y Lisset gimió en su boca llevando sus manos a su torso. Ambos se separaron con la respiración agitada mirándose a los ojos y él susurró —Me muero por ver cómo te corres conmigo dentro, preciosa.

Gimió de necesidad cerrando los ojos y Aron acarició su nuca antes

de besar su labio inferior. —En una semana, nena.

Parpadeó sorprendida y se apartó de golpe. —¿Una semana?

—En cuanto nos casemos. —Sonrió irónico. —¿A que lo estás deseando?

—¡Será una broma!

—Ya te lo había dicho y es lo mejor. Una boda tradicional en que la novia llega casi virgen al matrimonio.

—¡No pienso casarme sin catarte!

La risa de Bert al otro lado hizo que ambos miraran hacia allí para ver el cristal a la mitad. —¡Bert!

—Lo siento Lisset, pero el cristal se ha atascado y debo llevarlo a reparar.

Se puso como un tomate fulminando con la mirada a Aron que parecía de lo más satisfecho. Pero como a él no le importaba que le escuchara el chófer a ella tampoco. —¡Sucedería si te decía que sí! ¡Y ya he dicho que sí! ¿Qué quieres?

—Quiero una firma en el acta matrimonial y en el acuerdo prenupcial. Ahí seré todo tuyo.

Era listo el muy puñetero. Le había puesto la zanahoria ante la cara y creía que podía hacer que la siguiera hasta donde él quería. Pues se iba a llevar una sorpresa.

—Muy bien. ¿No quieres sexo? Estupendo. —Sonrió dulcemente alejándose de él y la miró con desconfianza.

—Ya llegamos, jefe —dijo Bert aparcando en doble fila ante la comisaría.

Aron salió primero y tendió la mano para que la cogiera, pero Lisset la ignoró a propósito. Él entrecerró los ojos al ver que iba hacia la puerta sin esperarle y gruñó antes de cerrar de un portazo para seguirla.

Lisset entró en la comisaría y miró a su alrededor. Aquello estaba atestado. Un grupo de turistas gritaban en francés intentando hacerse entender. Por el francés que había aprendido en el instituto, al parecer les habían robado las maletas del autobús desde el aeropuerto. Aron se puso a su lado cogiéndola del brazo y varios turistas les dejaron pasar hasta el mostrador como si tuvieran todo el derecho del mundo. Las dos mujeres policías que estaban atendiendo a los turistas, estaban de los nervios intentando calmarles.

—¡Disculpe! —dijo Aron con autoridad haciendo que la policía que estaba más cerca le mirara. Debía tener unos treinta años y lo miró distraída mientras una de las francesas gesticulaba imitando a una maleta, cuando era obvio que la policía ya la había entendido porque asentía. —¡Disculpe, venimos a poner una denuncia por acoso!

La policía asintió mirando a la francesa y dijo —Pasen a la primera mesa. —De golpe los miró esperanzada. —No hablarán francés, ¿verdad?

—Pues no. Lo siento —dijo Aron tirando de su brazo—. Vamos, nena. Acabemos cuanto antes.

En ese momento se abrió la puerta y cuatro hombres de traje entraron en la comisaría y Aron les hizo un gesto con la cabeza. Asombrada vio que le seguían. —¿Quiénes son estos? —preguntó mirando sobre su hombro mientras pasaban una pequeña puerta abatible de madera.

—Mis abogados. James, ella es mi prometida. Lisset Sullivan.

El hombre más mayor del grupo asintió. —Mucho gusto, señorita.

—¿Abogados? ¿Necesitamos abogados?

—No quiero errores.

Llegaron hasta la primera mesa y un hombre con cara de aburrimiento levantó la vista de la pantalla del ordenador. —¿Sí?

—A mi novia la acosa un tipo. Le han detenido y nos han dicho que vengamos aquí a poner la denuncia.

El policía levantó una ceja. —¿El que ha pegado a John?

—Sí, debe ser ese porque golpeó a un policía y le ha roto la nariz.

—El que ha pegado a John. —Apretó los labios. —Siéntense.

¿Nombre?

En ese momento le sonó el teléfono y lo levantó con desgana. —Francis Lewis. —Escuchó durante unos segundos mientras se sentaban con los abogados detrás. —Ajá. —Asintió mirándola a los ojos. —Ajá. —Incómoda se revolvió y se giró hacia Aron que parecía estar en su salsa. Ese hombre tenía unos nervios de acero. Acababa de cerrar una operación millonaria, pensaba en casarse con una desconocida y estaba en una comisaría como si tal cosa. —Está bien. —El policía colgó el teléfono. —Ese tipo se ha escapado.

—¿Cómo que se ha escapado? —gritó Aron sobresaltándoles a todos y haciendo el silencio—. ¡Le acaban de detener!

—Aron cálmate —dijo su abogado mientras los otros tres debían estar de adorno.

—¿Qué me calme? ¡Ese tipo es peligroso!

—Al parecer al llegar aquí, pidió un médico alegando que le dolía el

pecho y como sabrán legalmente tiene derecho. Le hemos tenido que trasladar al hospital más cercano y se ha tirado de la ambulancia.

Lisset parpadeó sin poder creérselo del todo. ¿Qué Anthony se había tirado de una ambulancia en medio de Manhattan? La vida no dejaba de darle sorpresas.

—De todas maneras, queremos tramitar la denuncia contra ese hombre —dijo el abogado muy serio—. Porque le cogerán.

—Por supuesto que le cogeremos. Tenemos sus datos y donde se hospeda en la ciudad. No será difícil dar con él. Mis compañeros ya están en ello.

Alucinada se acercó a la mesa. —¿En serio se ha tirado de la ambulancia?

El policía hizo una mueca. —Detrás iba el coche patrulla y saltó sobre el capó.

—Hala, como en las películas.

—¡No tiene gracia, Lisset! ¡A ese tío le falta un tornillo!

—No he dicho que tenga gracia, pero es increíble que haya hecho eso.

—¡Porque le falta un tornillo!

Ella no podía negarlo y resignada miró al policía que les observaba de lo más interesado. —Quiero ponerle una denuncia. —Al menos estaba segura de que su ex no se encontraría con Aron y eso era algo. —¿Qué tengo que hacer?

La declaración fue realmente rápida. Ella firmó la denuncia bajo la atenta mirada de los seis, pero después llegaron las preguntas de sus abogados y ahí hablaron los cuatro. De hecho no se callaban. Que si le iban a

coger pronto, que si recibirían noticias de quien investigaba el asunto, que si Lisset debía volver a declarar o hacer una rueda de reconocimiento, que si la orden de alejamiento se iba a empezar a tramitar enseguida. Uff, fueron tan pesados que de los nervios se levantó interrumpiéndolos. —¿Puedo irme?

—Por supuesto, señorita.

—Nena…

—Que pregunten ellos, pero yo me voy. ¡Tengo mucho trabajo!

Salió de allí a toda prisa y al llegar a la calle vio a Bert apoyado en el coche esperándoles después de haber encontrado sitio para aparcar. Se acerco a él. —¿Me llevas a la empresa?

—¡Lisset!

Resignada se volvió hacia Aron que salía de comisaría con cara de mala leche. —¿Si, cariño?

—No vas a volver.

Parpadeó asombrada. —Perdona, creo que no te he escuchado bien.

—Allí te puede encontrar, así que hasta que no se solucione este asunto, no volverás por Madison.

—¡Y una leche!

Bert carraspeó abriendo la puerta. —Mejor lo discutís dentro.

—Mejor me cojo un taxi. —Furiosa caminó por la acera levantando un brazo y Aron se lo cogió dándole la vuelta y llevándola hasta el coche. —¡Suéltame!

—Sube al coche.

—¡Tú sí que eres un pesado de primera!

—Sube al coche, Lisset. ¡No te lo repito más! ¡Es mi empresa y yo

decido! ¡Trabajas para mí!

Le miró rabiosa porque aunque aún no habían firmado, estaba claro que era así. No quería fastidiar la venta, sino acelerarla todo lo posible, pero su rebeldía innata le impedía darle la razón. Se acercó a él y siseó —Tengo que trabajar.

—Eso lo decido yo. ¡Sube al puto coche!

Gruñó entrando en el coche. ¡Aquello era ridículo! Ni siquiera sabía cómo su vida había terminado patas arriba de nuevo después de dos años de absoluta tranquilidad. Le miró con odio cuando se sentó a su lado. —Ahora iremos a mi casa y te tomarás el día libre.

—¿A tu casa?

—Por si va a la tuya. Tu dirección aparece en la denuncia. No quiero líos. Te quedarás en mi casa hasta la boda.

—Tú lo que quieres es alejarme de la firma del acuerdo. Ni de broma. Bert, detén el coche.

—No le hagas caso Bert. O te despido.

—Sí, jefe.

—¡Y una leche! ¡No te atreverías! Bert, para el coche o grito.

—Te pasaré una copia del contrato, ¿de acuerdo?

—¡No!

—¡Nena, estás colmando mi paciencia!

—¿Eso significa que ya no quieres casarte conmigo? ¡Porque lo veo una ridiculez!

—Recuerda por qué has dicho que sí, guapa. ¿O tengo que recordarte los emails de hace unas horas?

Lisset apretó los labios. —No entiendo lo que quieres conseguir de este puñetero matrimonio.

—Pues está muy claro. Voy a comprar una empresa que como has dicho es un chollo y de paso me quedaré con otra al arruinar a MST. Antes de un año me quedaré con ella a precio de saldo.

—Para eso no me necesitas.

Él sonrió como el gato que se comió al ratón. —Pero es que tú eres lo mejor de este trato, preciosa. —Le acarició la mejilla hasta llegar a su cuello. —Te lo dije en la cena. Eres todo lo que busco en mi mujer y además dirigirás la empresa. Yo me dedicaré al resto de los negocios. ¿Crees que soy estúpido? Sabía antes de que te presentaras en ese restaurante que tú eras quien tirabas de los hilos en Madison desde su infarto. Has conseguido aumentar la facturación y que me robaras esos clientes hace unas horas, demuestra que eres más parecida a mí de lo que te crees. —Lisset se sonrojó de rabia porque sabía que tenía razón y Aron se echó a reír. —¿No te alegras, nena? Tendremos unos tiburoncitos preciosos.

—Sigue soñando —siseó furiosa apartándose de malas maneras.

Aron la cogió por la muñeca para que le mirara y vio la frialdad en sus ojos castaños que se habían oscurecido de furia. —No me provoques, preciosa. Si te niegas al acuerdo, me retiro de la compra de inmediato y tendrás que explicarle a tu achacoso jefe lo que has hecho. A ver cómo lo soluciona para librarse de la empresa si no la compro yo. —Se retaron con la mirada y él sonrió irónico. —Así me gusta. Sigue peleando hasta el final. Pero recuerda que al final siempre gano yo.

—Te lo dijo tu prima, ¿verdad?

—¿El qué? —preguntó haciéndose el tonto.

—Que era yo quien dirigía.

—A Rose no se le suele escapar nada. En cuanto se incorporó a la empresa, se dio cuenta que George se ocupaba de más bien poco. Hizo unas preguntas aquí y allá… No le costó enterarse de quién dirigía. —La miró tan intensamente que le dio un vuelco el estómago y apretó los puños intentando que no se le notara, pero el muy sinvergüenza sonrió. —Te investigó y Rose opina que serás la esposa perfecta para mí.

—Ya me conocías cuando me viste en el restaurante.

—Solo me dijo que eras una morena de ojos azules preciosa. Y tenía razón. Fue una sorpresa cuando tuviste el descaro de presentarte a una reunión que era claramente privada y eso me animó a conocerte. —Se acercó a ella erizándole la piel. —Pero que me provocaras, que me retaras… —Besó suavemente su labio inferior. —Ahí cavaste tu propia tumba. Supe que te tenía al darme cuenta de cómo protegías a George. Harías lo que hiciera falta por él y sus empleados. Y ahora eres mía. —Se alejó provocando que su cuerpo temblara de excitación y deseo. —Y te mueres por serlo.

—Maldito creído de…

Atrapó sus labios y Lisset no pudo evitar separarlos, deseando sentir su lengua en su interior. Se devoraron el uno al otro. Aron la sujetó por la nuca con posesividad y la obligó a inclinar la cabeza para profundizar el beso. En ese momento Lisset gimió sintiendo que algo se liberaba en su interior. Fue como si su corazón volara y Aron se separó de repente mirando sus ojos. —No vuelvas a contradecirme en esto, nena. Te quedarás en mi casa hasta que ese gilipollas esté entre rejas. Déjame esto a mí.

—¿Qué vas a hacerle? —susurró asustada por lo que sentía más que por lo que le hiciera a Anthony.

Los ojos de Aron brillaron. —Voy a librarnos de él.

—Le vas a hundir.

—Exacto. —Apretó la mano de su nuca tirando de su cabeza hacia atrás ligeramente antes de besarla en el cuello con una suavidad que la estremeció de arriba abajo. —Cuando acabe con él, se va a arrepentir de haberte mirado siquiera.

—No puedes…

—No quiero hablar más de esto. —La besó en el cuello de nuevo mareándola. —Me agrada tu perfume. —Su nariz llegó al lóbulo de su oreja y lo acarició antes de besarlo. —Hemos llegado. Vamos.

—¿Qué?

Aron reprimió la risa saliendo de la limusina y estiró la mano para ayudarla. Lisset solo podía pensar en cómo conseguía que sus pensamientos no fueran coherentes cuando la tocaba. Si conseguía eso con un beso ni se quería imaginar lo que le ocurriría con un orgasmo. Ese pensamiento la hizo gemir porque en realidad lo estaba deseando. Entrecerró los ojos mirando su mano extendida. Si se quedaba en su casa sería más fácil seducirle. Más tarde pensaría como había pasado de odiarle profundamente a tener unas ganas horribles de acostarse con él.

—Nena, no tengo todo el día. Tengo empresas que dirigir, ¿sabes?

Sería cabrito. Alargó la mano y cogió la suya. Aron no la soltó cuando salió al exterior sino que tiró de su mano hacia un hermoso portal de estilo neogótico. —Mis cosas…

—Se encargará mi asistente. —Saludó con la cabeza al portero que les abrió la puerta. —No te preocupes por nada.

—Pero el trabajo…

—Tienes acceso a internet desde aquí. Mis abogados te enviarán los avances del contrato y podrás seguir al tanto de lo que ocurre.

—Vives en Park Avenue —dijo como si fuera un fallo gordísimo.

Aron levantó una de sus cejas rubias. —¿No me digas?

—No tiene gracia, tú viviendo en Park Avenue mientras echas a la calle a personas que ganan un sueldo de mierda.

—Mis empleados tienen sueldos más que decentes para los puestos que ocupan. Igual deberías despotricar sobre esos jefes que no saben dirigir sus empresas o que terminan perdiendo el interés. Como tu jefe, que estaba dispuesto a vender por doscientos y que no se hubiera preocupado de vosotros con tal de librarse de todo.

—¡Él no es así!

—Vamos, Lisset —replicó molesto—. ¡La única que te preocupaste por ellos fuiste tú! ¡Tú lo sugeriste! ¡Él no abrió la boca hasta que salió el tema!

—¡Se preocupa por mí!

—¡No! ¡Tú te preocupas por él! ¡Si George se preocupara por ti, en cuanto sugerí lo de la boda como parte del trato, tenía que haberse levantado poniendo fin a la conversación! ¡Lo que estaba claro es que él quería vender a toda costa y empiezo a pensar que me estáis ocultando algo!

Le miró asombrada porque era tan inteligente que la había dejado sin habla. Aron la miró con desconfianza. —Así que es cierto. Me ocultáis algo.

—¿Qué te voy a ocultar? Además, Rose ya auditó la empresa, ¿recuerdas?

Aron salió del ascensor tirando de ella hasta una puerta, que se abrió cuando pasó una tarjeta ante una especie de sensor. Furioso la metió en la casa y cerró de un portazo. —Vamos a ver, que me estoy empezando a cabrear. ¿Qué me ocultas?

—¡Nada!

—Joder, me acabo de dar cuenta de que tienes un fallo muy gordo. ¡No sabes mentir! —le gritó a la cara sonrojándola aún más—. ¡Y eso es malísimo para dirigir una empresa!

—¡Yo no quiero dirigir nada!

—¡Vuelves a mentir! ¡Asumiste el mando en cuanto te dieron la oportunidad! ¡Ni los directivos te rechistaban! —Se sonrojó intensamente porque tenía razón. Aron la cogió por el brazo atravesando el vestíbulo y entrando en un salón. Ella mirándole de reojo ni se dio cuenta de que la sentaba en uno de los sofás de piel marrón estilo inglés. Se alejó de ella obviamente frustrado. —Mira, Lisset… está claro que quieres llevarme la contraria en todo, pero no puedes evitar lo que está en tu naturaleza. ¡Si hasta George no abría la boca durante la cena! ¡Eres una líder nata!

Gruñó cruzándose de brazos. —No quiero dirigir la empresa.

—¿Y me puedes decir la razón?

—No quiero trabajar para ti. ¡No quiero ser como tú!

—¡Ya eres como yo!

—¡Eso es mentira! ¡A mí me importa la gente!

La miró asombrado. —¡Y a mí me importa mi gente!

—¡No me entiendes!

—¡Perdona si cuando absorbo una empresa no me llevo también los problemas que hay en ella! ¡Yo quiero que esa empresa funcione para garantizar los trabajos de los que ya tengo en nómina!

—Sí, claro. ¡Y llenarte los bolsillos de paso!

—¡Pues sí! ¡Sería hipócrita si dijera que no!

—Hundes empresas para quedártelas a un precio más bajo. ¡Eres una sanguijuela!

—Perdona, ¿qué has dicho?

—¡Es lo que vas a hacer con MST! ¡Tú lo has dicho! ¡Hundirás los precios para que de esa manera se arruinen por los créditos!

—Eso a ti te importaba muy poco cuando negociaste la venta de Madison, nena —dijo lacerante haciéndola palidecer. Aron al ver que había dado en el clavo sonrió irónico—. A ti te daba igual qué iba a ocurrir con MST, solo te importaban los puestos de Madison. Y tenías que saber que al unir dos empresas como las nuestras, llevaríamos a la ruina a las demás, porque no eres estúpida.

—Seguirían con sus clientes… —Se apretó las manos porque era cierto que había pensado que al unir las dos empresas de reparto más poderosas del país las demás no tendrían nada que hacer frente a ellas.

—Y una mierda —dijo con desprecio—. No solo mientes, sino que eres una hipócrita de primera. Yo al menos soy sincero respecto a lo que quiero. No voy de hermanita de la caridad por la vida. ¡Estos son negocios, Lisset! ¡Y a veces tenemos que cerrar algo, para abrir otra cosa mejor que satisfaga a los clientes! ¡Y si no lo hiciera yo, lo haría otro! Disculpa si no me

flagelo por hacer mi trabajo, que da de comer a miles de personas en todo el país, garantizándoles un puesto de trabajo. ¿No quieres ser como yo?

¡Estupendo! ¡Estás despedida!

Le miró asombrada y se levantó lentamente. —¿Me estás despidiendo?

—¡Si no puedes darme lo que quiero, no te necesito!

No sabía la razón, pero esas palabras le sentaron como una patada en el estómago. Levantó la barbilla. —Pues muy bien. —Muy tiesa pasó ante él, que la observaba fijamente como si le diera igual que se fuera o no. Algo la detuvo antes de salir del salón. —¿Y la venta de Madison?

Aron apretó los labios muy tenso. —Eso ya no es problema tuyo, ¿no crees?

Se volvió con los brazos en jarras. —¡La venta todavía no se ha hecho efectiva y no puedes despedirme! ¡Tú no me mandas!

Para su sorpresa Aron sacó el teléfono del interior de su chaqueta y pulsó un botón. —Ponme con Madison, ya.

Lisset entrecerró los ojos dejando caer los brazos mientras él la miraba fijamente con sus ojos castaños. —¿Qué haces? —preguntó insegura.

—Enseguida te enterarás, preciosa. —Para sorpresa de Lisset puso el manos libres y ella pudo escuchar el tono de llamada. Su jefe lo cogió casi de inmediato. —¿George?

—¿Estás ahí? ¿Qué ha ocurrido? ¿Estáis bien?

Lisset sonrió con cariño. —Sí, hemos puesto la denuncia y la he traído a mi casa, pero hay un problema con el acuerdo.

—¿Problema? —La voz preocupada de su jefe la tensó fulminando a

Aron con la mirada. —¿Qué problema? Todo se puede hablar…

—Me he dado cuenta de que un matrimonio con Lisset sería demasiado complicado por lo que la rodea. He visto cosas en ella que no me han gustado nada, aunque al principio me atraía y me parecía perfecta. Además me acaba de decir que no quiere dirigir la empresa cuando todo se haga efectivo, así que esa parte del trato se elimina. Doscientos veinte y me quedaré con los empleados que crea convenientes para mi empresa. Ese es el trato. Ni un centavo más. —Sonrió malicioso por la cara de sorpresa de Lisset. —Tienes que darte cuenta de que si ofrecía más era para tenerla contenta, pero eso ya no es necesario. Y no pienso quedarme con empleados que no necesito.

—Entiendo…

Ella iba a decir algo, pero Aron levantó una mano acallándola. Le miró con odio. —¿Qué me dices George?

—Ya habíamos hecho un trato.

—Sí, pero al parecer ella decide por su cuenta y no quiere formar parte de esto.

—Es perfecta para el puesto. Amenázala con perjudicar a su hermano.

Lisset palideció dando un paso hacia él, que entrecerró los ojos como si estuviera furioso. —¿Su hermano?

—Está en la cárcel por asesinato. No te lo queríamos decir porque ese Anthony le llevó el caso y Lisset tenía miedo de que le perjudicara en la apelación. Al parecer ese abogado tiene la prueba que necesita para demostrar que no fue él. Una cinta de video vigilancia. —Los ojos de Lisset se llenaron de lágrimas por su traición. —Lisset empezó a salir con él cuándo detuvieron

a su hermano. La consoló cuando le condenaron, pero un día la amenazó con que si le dejaba, su hermano se pudriría en la cárcel y para demostrarle que tenía el video, le enseñó las imágenes que le exculpan. Su hermano le dijo que desapareciera y amenazó al abogado con que jamás la vería de nuevo como no consiguiera que le sacaran de la cárcel. Llevan dos años esperando la apelación que está a punto de salir. —Las lágrimas corrieron por sus mejillas sin darse cuenta y Aron muy tenso se acercó a ella cogiéndola de la nuca con la mano libre para acercarla a él. —No queríamos decirte nada antes de la boda porque si la prensa se enteraba, sería un escándalo que ella tuviera un hermano en la cárcel y podías cancelar la compra. ¿Te imaginas los titulares?

—Te dije esta mañana que lo que diga la prensa me importa una mierda —dijo fríamente. Le pasó el pulgar por la mejilla borrando su lágrima —. ¿Sabes, George? La oferta acaba de descender a doscientos millones.

—¿Qué? —gritó George indignado—. ¿Por qué?

—Porque eres un cabrón. —Colgó el teléfono y le levantó la barbilla para mirar sus ojos. —No esperaba darte esta lección, preciosa. Jamás te fíes de nadie. Solo de mí, ¿me has entendido?

Con los ojos cuajados en lágrimas le miró a los ojos. —No, no lo entiendo…

—Él cuida de sus intereses y si tenía que pasar por encima de ti, lo haría sin dudar para conseguir lo que quería. Te aprecia, pero si tenía que prescindir de ti para conseguir la venta, te sacrificaría para llegar a su objetivo. ¿No quería doscientos? Es lo que me sacará.

—Yo he cuidado de él… —Empezó a temblar del disgusto. —De su

empresa… Y me hace esto.

Aron la cogió por los brazos. —¡Despierta de una vez, Lisset! ¡No te puedes fiar de un hombre que quiere vender el legado que le ha dejado su familia, porque querrá sacar el mayor provecho de él! ¿No te pareció raro que no dijera nada en la cena sobre mi propuesta de matrimonio, cuando yo acababa de conocerte? Le importaba una mierda con tal de sacar más millones del asunto y por eso te dejó hablar. Porque intuía que pagaría más si yo me sentía atraído por ti. ¡Por eso se cabreó al salir del restaurante cuando estas negociaciones llevan meses y por eso no quiso avisarme de lo de tu hermano para que yo no me echara atrás! —Ella se echó a llorar y él juró por lo bajo abrazándola con fuerza.

Lisset no sabía qué sentir. Llevaba dos años trabajando para George y siempre le había parecido una persona maravillosa. Descubrir que era capaz de arrastrarla por el barro para conseguir más dinero la había decepcionado tanto… Y sus empleados le importaban una mierda. Dios, si hasta había sugerido que la presionara con perjudicar a Ben. La decepción era enorme. Le consideraba su amigo y la traición fue tremendamente dolorosa, así que se abrazó a él sin poder evitarlo. No podía explicarlo, pero se sentía protegida entre sus brazos.

—No llores, nena. Me voy a cabrear y al final no le compraré su mierda de empresa. Me lo quedaré todo en la subasta de acreedores cuando termine con él.

A Lisset se le cortó el aliento y se apartó para mirar sus ojos. —¿Lo harías?

La miró como si quisiera devorarla. —¿Quieres que lo haga? —Pensó

en todos esos empleados y negó con la cabeza porque muchos eran amigos suyos. Aron la besó en la frente sonriendo divertido. —Me lo imaginaba.

Ahora quiero que comas algo y te acuestes un rato. Esta noche no has dormido y tienes los nervios a flor de piel con todo lo que ha sucedido. Yo me encargo de todo. Dame las llaves de tu casa.

—Pero…

—Dame las llaves de tu casa, Lisset.

De repente se sentía agotada y fue hasta el bolso que había dejado en el sofá abriéndolo para sacar sus llaves. —La dirección es…

—Mi ayudante sabe la dirección. —La besó suavemente en los labios.

—Come algo.

Se volvió alejándose, pero algo en Lisset le hizo detenerle. —Aron…

—Se volvió para mirarla con las llaves en la mano. —Sobre Ben…

—Te he dicho que no te preocupes de nada —dijo mirándola intensamente cortándole el aliento. Durante un segundo parecía que era lo más importante para él. Pero eso no podía ser—. Volveré cuanto antes. Descansa.

En ese momento apareció una mujer vestida con unos pantalones de seda violetas con un top a juego. Era guapísima con su cabello rubio cortado a lo chico y unos bonitos ojos verdes. Tenía la edad de Lisset más o menos y la miró de arriba abajo. Caminó ante ellos como si nada, pasando por la puerta del otro lado del salón tranquilamente.

Lisset le miró como si quisiera cargárselo. —¿Quién era esa? —le gritó a la cara con los nervios destrozados.

La tía volvió a salir con una lata de cola light en la mano y bebió un sorbito mientras atravesaba el salón de nuevo, para meterse en un cuarto cerrando la puerta suavemente. Lisset le fulminó con sus ojos azules. —¡Al

parecer no tiene modales! ¡Creía que te iban más las morenas!

—Es mi prima Rose —dijo intentando mantenerse serio.

Parpadeó asombrada. —¿Y por qué no está trabajando?

—Está trabajando.

Sí, que se lo iba a creer. Furiosa rodeó el sofá, caminando sobre el suelo de mármol para abrir la puerta de un portazo. La rubia sentada tras un enorme escritorio, se sobresaltó tirándose parte de la cola sobre su top de seda. —Estupendo —dijo mirándose el pecho—. ¡Joder! ¿No sabes llamar? Menudo susto.

Lisset no la escuchaba mirando a su alrededor con la boca abierta. Al menos había veinte pantallas de ordenador distribuidas por el despacho que se podían ver desde el escritorio. Había cotizaciones de bolsa, noticias económicas, y varias bases de datos de distintas empresas.

—Rose, ¿en qué estás ahora? —preguntó Aron desde la puerta.

—He encontrado un chollo inmobiliario al lado de la zona cero. —Levantó la vista de su top y miró a Lisset furiosa. —Me vas a pagar el tinte.

—Y una mierda. Eres una torpe que siempre se está manchando. Y por cierto, a mis empleados les dirijo yo. ¡Se acabó eso de pedirles tareas que no están entre sus obligaciones, como ir a la tintorería a buscarte la ropa! —De repente sonrió alargando la mano. —Soy Lisset.

—Ya sé quién eres. Eres el chollo que le he buscado a mi primo.

—¿Ahora soy un chollo? La mano, bonita. Se me va a dormir esperándote. —Rose gruñó antes de alargarla y Lisset se la estrechó con fuerza tirando de ella hasta levantarla. —A ti voy a enseñarte modales.

—¿De veras? —siseó ante su cara—. Tienes razón puede que no seas

un chollo después de todo.

—Sí que lo soy. Deberías preocuparte más por tu trabajo porque es una mierda—le espetó a la cara—. No has encontrado nuestros puntos débiles y no te habías enterado de lo de mi hermano, cuando soy una parte clave en la dirección de la empresa. —Rose entrecerró los ojos. —Que no vuelva a pasar. Te has confiado.

Sorprendiéndola Rose chasqueó la lengua poniéndose chula. —Yo no cometo fallos, guapa. Por supuesto que sabía que estaba en la cárcel. Lo que no sabía era que fuera inocente. Pero eso no era importante para la empresa.

Esa frase la dejó de piedra y se volvió a Aron que sonrió. —Nena, acuéstate un rato.

—Lo sabías todo desde el principio. Nos has manipulado.

—Por supuesto. Hemos tenido seis meses para investigar y en estas últimas semanas Rose ha descubierto lo que nos faltaba. —Miró su reloj. —Tengo que irme. Rose, ¿puedes acomodarla?

—¿No deberías hacerlo tú? Es tu prometida.

—Tengo mil cosas que hacer y quiero llegar temprano a casa. Y que coma algo.

Si mirarla siquiera se largó dejándolas solas y Lisset se cruzó de brazos mirando fijamente sus ojos verdes. —Quiero saberlo todo.

—Ya lo sabes todo.

—Empieza desde el principio si no quieres que te retuerza las orejas.

Rose sonrió por primera vez cruzándose de brazos como ella. —Para eso tendrías que…

Lisset dio un paso hacia ella y Rose chilló rodeando el escritorio antes

de salir corriendo del despacho. No perdió el tiempo y corrió tras ella atrapándole la pierna en las escaleras, haciéndola chillar de nuevo cuando tiró de su pierna provocando que cayera tres escalones. —¡Serás bruta! Suéltame.

—Ni hablar. —Se sentó sobre ella como pudo con el vestido que llevaba y le atrapó las manos. —Ahora canta.

Rose se echó a reír a carcajadas y Lisset sonrió sin poder evitarlo, dándose cuenta de que no era tan pija como se imaginaba. La soltó sentándose a su lado. —¿Me lo vas a contar?

—¿Qué quieres saber? Me imagino que Aron te lo ha contado todo.

—Pues no. —La miró de reojo. —¿Por qué me elegiste a mí para Aron?

—Ah… Te lo ha contado. Pero estás equivocada, bonita. No te elegí para él —dijo sentándose y apartándose un mechón rubio de la frente—. Te elegí para dirigir Morris Express. —Al ver que no se lo creía, chasqueó la lengua. —Vale que le dije en broma que necesitaba una mujer como tú, pero no iba en serio. Aunque al parecer él opina lo contrario. Cuando volvió de la reunión, me dijo que estaba a punto de cerrar el mejor trato de su vida. —A Lisset se le cortó el aliento y Rose se echó a reír de nuevo. —Cuando me contó que te había dejado el ordenador para pillarte, no me lo podía creer. —Se inclinó para empujarla con el hombro. —Pero funcionó, ¿eh? Serás pillina.

Se sonrojó ligeramente. —Es que…

—¿Te acorraló? Lo hace desde niño para conseguir lo que quiere. Nunca sabes por dónde te va a salir, pero siempre consigue lo que se propone.

—Y tú trabajas para él.

—Desde que terminé mis estudios.

—¿Vives aquí?

—¡Qué va! Pero aquí tengo una oficina mejor que en el despacho y cuando quiero hacer algo discretamente…

—Entiendo.

Rose la observó. —Estás insegura.

Se pasó una mano por la frente. —No sé qué es cierto o no. Todo esto me ha pillado por sorpresa.

—Pues a mí lo que me pilló por sorpresa fue lo de ese exnovio tuyo. Pero es bueno que esa mierda haya salido a la luz ahora, para solucionarlo cuanto antes. A mi primo no le gustan los cabos sueltos. —Apretó los labios. —Siento el disgusto que te has llevado con lo de tu jefe, pero en este mundo el dinero manda y no hay amistades. No puedes fiarte de nadie.

—Eso es horrible —susurró mirando el suelo.

—Sí, yo también aprendí esa lección de la peor manera.

Lisset vio que miraba al vacío. —¿A ti qué te ocurrió?

—Un gilipollas que solo quería mi dinero y los contactos de Aron. Menos mal que me di cuenta antes de que fuera tarde.

—¿Cuánto antes?

Rose sonrió con tristeza. —Una semana antes de la boda. Le pillé en la cama con su amante y estaba riéndose de mí. —Se mordió el labio inferior. —Decía que ya estaba hecho. Que en cuanto se casara, intentaría fusionar su empresa con Aron y en el divorcio nos sangraría.

—¡Qué cabrón! —Se levantó de golpe. —¿Cómo se llama?

Divertida respondió —Edward Fleming.

Lisset entrecerró los ojos. —No lo conozco, pero seguro que Aron ya le ha dado su merecido.

—No necesito a Aron para eso, bonita. —Se levantó bajando los escalones.

—¿Qué le hiciste?

—Vengarme. —Atravesó el salón y volvió a cruzar la puerta abatible. Entró tras ella a toda prisa y la vio abrir la nevera para sacar unos huevos. —¿Una tortilla de patata?

La miró como si fuera un ángel. —¿Sabes hacerla? Solo la he comido en un español que hay cerca de Times Square y lo he intentado mil veces, pero no me sale.

—Yo te enseño. Ven. A pelar patatas.

Cogió el pelador que Rose le puso en la encimera y entre las dos se pusieron a pelar. —Y esa venganza…

Rose suspiró. —Le arruiné, punto. Encontré sus puntos débiles y le hundí. Creo que se ha ido a la costa oeste a intentar timar a otra.

—Me parece muy bien. Yo hubiera hecho lo mismo.

—Mentirosa. —Se echó a reír de nuevo. —Eres muy blanda.

—No es cierto.

—Por Dios, si a mí Madison me hubiera hecho lo que acaba de hacerte, hubiera ido hasta su despacho y le hubiera puesto verde. Tú estás aquí haciendo tortilla de patata.

—Bueno… es que puede darle un infarto. ¡Eso quita las ganas de vengarse!

Rose la fulminó con la mirada. —Si alguien amenazara a Aron, le cortaría en trocitos y desperdigaría sus restos por todo Manhattan.

Se sonrojó intensamente. —Lo dices por Ben, ¿verdad?

—Perdona que haya escuchado detrás de la puerta del despacho, pero es que pegabais gritos. Lo de la llamada fue sin intención, pero como Aron puso el manos libres.

—No te excuses. Ser cotilla es tu profesión.

—¡Más respeto, bonita! ¡Si no fuera por mí no hubieras conocido a Aron!

—Acabas de decir…

—Te escogí para dirigir la empresa. Eres directa y los empleados te adoran. Trabajas protegiendo como una leona lo que te rodea y era lo que necesitábamos para el nuevo Morris Express. Tus datos de los últimos meses lo corroboraban. Aunque no has resuelto los problemas que te encontraste al empezar a dirigir…

—No quería hacer cambios porque no tenía permiso para ello.

—Ja, ja… No tuviste pelotas.

—¡Y una leche! Lo hubiera hecho si me hubieran dado carta blanca.

—Pues ahora la tienes y te advierto que Aron se cabrea muchísimo si tiene pérdidas.

Levantó la barbilla. —No tendrá perdidas conmigo. La convertiré en la número uno y desbancaré a MST.

—Eso es lo que queremos. Tienes seis meses.

—¿Cómo que tengo seis meses? Tengo que restructurar toda la empresa.

—Ya, pero MST tiene que devolver el crédito a lo largo de este año, además está el embarazo y…

—¿Estás embarazada? —Sonrió radiante. —Qué bien. Me encantan los bebés. Cuando tenga un hueco libre yo te lo cuido.

—Eso es estupendo porque el bebé será tuyo, bonita. ¡Y no cortes tanta piel que me dejas sin patatas! —Al ver que Lisset había palidecido, hizo una mueca. —Eso es deducción mía. No te agobies.

—¿Que no me agobie? ¿Dónde está el baño? Tengo que…

—No vas a irte. Estás loca por él. Tuviste la oportunidad y no te largaste. Sigue pelando.

—¡No voy a tener un bebé!

—Tengo que decirle a Aron que lo ponga en el contrato prematrimonial para que no te pongas pesada.

—¡Rose!

—Yo apoyo a mi primo y siempre me ha dicho que en cuanto se casara, tendría un bebé.

—¡Eso será con el consentimiento de la parienta!

—Pues eso. Con tu consentimiento.

—Ya lo hablaré con Aron. Por ahí no paso. —Pasó la cuchilla por la patata con saña arrancando media patata y Rose puso los ojos en blanco. —¡No seas quejica! ¡Solo es una patata y eres rica!

—¡No hay que derrochar! ¡Y más con la comida!

Lo dijo de tal manera que parecía que ella había pasado privaciones y se dio cuenta que realmente no sabía nada de Aron o de su familia. —¿Estáis solos? ¿Tenéis más familia?

—Mi tía Rose vive en Florida. —Sonrió pelando la patata. —Ya verás, te encantará. Es una mujer fantástica. Vendrá para la boda.

—Yo solo tengo a mi hermano.

—Lo sé.

—Sabionda.

Rose se echó a reír asintiendo y la miró de reojo. —Deberías preguntárselo a Aron. No me corresponde a mí contarte su vida.

—Es que me acabo de dar cuenta que desde ayer solo hemos discutido y no sabemos nada el uno del otro.

—Él lo sabe todo de ti.

—¡Ahora que se ha enterado de lo de Anthony!

—Pues eso. Ahora ya lo sabe todo.

—Yo no sé nada de él.

Rose suspiró. —Mira, ¿quieres saber lo más importante? —Lisset asintió mirándola a los ojos. —Nunca te fallará. Hará lo que haga falta para protegerte y siempre estará a tu lado cuando le necesites. Tiene un carácter de mil demonios cuando se enfada, pero cuando quiere, quiere de verdad.

En realidad esas palabras eran las únicas que realmente importaban y se volvió hacia la encimera pelando en silencio. Rose sonrió antes de seguir con su trabajo. Después de cortar las patatas en taquitos Rose sacó un sartén echando aceite de oliva en abundancia. La observó trabajar y se dio cuenta que no era pija en absoluto. —Lo hiciste a propósito, ¿verdad? Lo del tinte y tu traje.

—Kathlyn tiene la lengua muy larga. Quería fastidiarla por cotillear sobre mí, pero fue a quejarse a ti. Muy lista. Tienes que ascenderla. El

aumento le vendrá bien.

—Tú no has sido rica siempre, ¿verdad?

—¿No lo vas a dejar?

—No. ¿Por qué preguntas tonterías? Lo sabes de sobra.

—Aron era repartidor con dieciséis años. Se jugaba la vida en la bicicleta para sacarnos adelante, porque la tía Rose se pasó un año en la cama cuando se rompió una vértebra. Resbaló limpiando una oficina, cayendo por una escalera y Aron se hizo cargo de nosotras. Estudiaba de noche. —Lisset la miró asombrada y Rose asintió. —A veces dormía dos horas antes de salir a sus repartos. La tía Rose no lo sabe, así que no digas palabra sobre eso.

—No diré nada.

—Yo llegaba del colegio y ayudaba a la tía en la residencia donde estaba ingresada.

—¿Quién pago el hospital?

—El seguro se encargó de las facturas de hospitalización. En eso tuvimos suerte. Pero lo pasamos mal para mantener la casa. Te lo aseguro.

—Pasasteis hambre.

—Hubo un par de meses en que hubo que pagarle a la tía una silla de ruedas y otras cosas para regresar a casa. Nos manteníamos a base de sándwich de manteca de cacahuete. Desde entonces la odiamos. Fue un año muy revelador. Ahí nos dimos cuenta de que nadie nos ayudaría y que la familia era lo más importante. —La miró a los ojos. —Por eso te eligió, ¿sabes?

—¿Por qué?

—Porque luchas por los tuyos con uñas y dientes. Aunque no lo

merezcan como ese jefe tuyo. Eso es lo que le llamó la atención y por lo que te obliga a casarte con él.

—No me obliga a casarme con él.

—No. Ahora lo haces porque estás loquita por sus huesos. Pero no te arrepentirás.

Eso era cierto y al darse cuenta de que no solo le gustaba, sino que era mucho más, le faltó el aire. Toda aquella locura empezaba a pasarle factura.

—Tengo que sentarme.

Rose miró hacia ella justo cuando cayó desplomada hacia atrás, atravesada en la enorme cocina sobre el mármol negro y perdiendo un zapato en la caída. —¿Lisset? ¿No prefieres una silla?

Capítulo 6

Se despertó mientras alguien la arrastraba sobre el suelo y al mirar hacia arriba vio a Rose con cara de esfuerzo. —¡Joder, lo que pesas! —La soltó y Lisset gimió cuando su cabeza chocó contra el suelo. Rose hizo una mueca. —¿Puedes levantarte? —Volvió a gemir. —Vale, te doy un minuto. —Volvió a gemir al ver su cara sobre ella. —¿Has comido algo en todo el día?

—No —gruñó—. ¿Por qué me arrastrabas?

—Para tirarte sobre el sofá, pero me he dado cuenta de que no podría subirte. Igual debería llamar a Aron. —Entrecerró los ojos observándola bien. —Pero no querrás molestarle, ¿verdad? Tiene mucho trabajo. Además, no eres una delicada florecilla que va quejándose a todas horas. No. Mejor no le llamo.

Ella se lo decía todo, así que se sentó como pudo en el suelo viendo

que no tenía zapatos. Se llevó la mano a la cabeza y abrió los ojos como platos al notar un huevo enorme en la parte de atrás. —¡Tengo un chichón!

—No me extraña, con la leche que te has pegado. ¡Uy, las patatas! —Salió corriendo entrando en la cocina de nuevo.

Gruñó levantándose. Estaba claro que le importaba más la tortilla que su chichón. En ese momento llamaron a la puerta y miró hacia la cocina. —¡Están llamando!

—¡Abre tú! ¡Debe ser el correo!

Arrastrando los pies pasó por el hall para abrir la puerta acariciándose el chichón. Leche, cómo dolía. Al abrir la puerta vio a Anthony y chilló antes de cerrar de un portazo. Anthony metió la mano y gritó cuando se la pilló, pero aun así empujó con el hombro mientras Lisset intentaba impedírselo con las dos manos.

—¡Déjame en paz! —gritó empujando con todas sus fuerzas.

—¡Te vienes conmigo! —Golpeó con el hombro la puerta de manera brutal empujando a Lisset contra la pared, que sin poder evitarlo arrastró el espejo colgado, tirándolo con gran estruendo. Asustada por su violencia corrió hacia el salón, pero Anthony se tiró sobre ella cayendo al sofá del impulso. Ni se dio cuenta que el sofá se volcaba al otro lado porque se quedó sin aliento cuando le cayó encima. Atontada abrió los ojos y Anthony se levantó cogiéndola de las muñecas para tirar de su cuerpo cargándosela al hombro. Mareada miró el suelo de mármol pensando que se iba a desmayar de nuevo cuando escuchó un fuerte ruido. Vio como el suelo se acercaba a cámara lenta y gritó cubriéndose la cara antes de sentir como su espalda chocaba con el suelo de golpe.

—¡Lisset! —gritó Rose intentando apartar a Anthony para liberarla de su peso que la estaba ahogando. Tiró de su brazo con fuerza y suspiró de alivio al ver que estaba consciente—. Menos mal. Voy a llamar a la policía.

—Mejor llama a una ambulancia —susurró sin aire todavía—. Creo que me ha roto varias costillas.

—¡Maldito cabrón! —Rose se levantó pegándole una patada a Anthony en el costado y Lisset le oyó gemir.

—¡Rose!

—Tranquila. Le he pegado un tiro en el estómago. Este no te toca un pelo más.

—Hija de puta —susurró Anthony antes de recibir otra patada en el costado.

Rose salió corriendo y el miedo recorrió a Lisset de arriba abajo. Si Anthony moría, su hermano no saldría de la cárcel en los próximos veinte años. Se apretó el costado intentando incorporarse mientras el portero entraba en la casa y se llevaba las manos a la cabeza viéndoles en el suelo. Rose gritaba al teléfono, pero ella ni se dio cuenta arrastrándose como podía por el suelo hasta llegar a Anthony, que estaba tendido a su lado. —¡Dime dónde está!

Anthony sonrió a pesar de su cara de sufrimiento. —Nunca me quisiste. Solo me utilizaste, ¿verdad? Para que sacara de la cárcel a tu jodido hermano.

—¡Dime dónde está el video, por favor! ¡Ben no ha hecho nada!

—Que se joda. —Se miró hacia abajo y ella vio su camisa llena de sangre. Se apretaba las manos sobre el vientre. —Y jódete tú también.

Los ojos de Lisset se llenaron de lágrimas de la impotencia y le agarró de las solapas del traje. —¡Dímelo!

Él se echó a reír. —Es culpa tuya… Si no me hubieras dejado. Ahora él pagará las consecuencias.

—¡Lisset! —Rose se acercó con el móvil en la mano.

Soltó a Anthony y la miró a los ojos. —¿Dónde está la ambulancia? —gritó desesperada—. ¡No puede morir! ¡Ayúdame!

Rose se arrodilló a su lado mientras el portero salía corriendo. —No se va a morir, tranquila. —Cogió la barbilla de Anthony que seguía riéndose y le arreó un tortazo. Lisset la miró atónita. —Es para espabilarle. Tranquila, los tiros de bala en el estómago tardan veinte minutos en matarte.

—¡Oh, Dios! —Se llevó las manos a la cabeza desesperada. ¡Tenía que hacer algo!

Se levantó como pudo mareándose y cayó de rodillas. Rose la cogió por los brazos. —Túmbate. Los sanitarios llegarán enseguida.

—¡Si se muere, Ben se pudrirá en la cárcel! —gritó fuera de sí—. ¡Rose, haz algo!

—¡Joder, joder!

Rose se levantó a toda prisa y corrió alejándose de ella. Volvió con una toalla y se arrodilló al lado de Anthony. Le puso la toalla sobre el vientre y apretó con fuerza haciéndole gemir de dolor. —Intento salvarte la vida, gilipollas. Por mí podrías irte al otro barrio, pero mi amiga te quiere vivo y apuesto a que Aron también. —Se acercó hasta su oído —Prepárate, porque cuando mi primo te pille, sí que vas a desear estar muerto, cabrón.

En ese momento llegaron los sanitarios que corrieron hacia ellos

mientras Lisset se echaba a llorar de nuevo del alivio porque habían llegado a tiempo.

Un policía se acercó a ella. —¡Esta mujer también necesita ayuda!

—¡Atiéndanle a él! —gritó apartándole por el pecho.

—Lisset tranquilízate —dijo Rose—. Ya le atienden, pero tú también necesitas un médico.

Antes de darse cuenta estaba rodeada de gente que la obligaron a tumbarse de nuevo. Giró la cabeza para ver como a Anthony le subían a una camilla, pero tuvo un mal presentimiento. Cuando la mano ensangrentada de Anthony cayó de la camilla, cerró los ojos con fuerza rezando porque pudieran salvarle. Solo faltaban dos meses para la apelación. Dos malditos meses y todo se había ido a la mierda. Había fallado a su hermano. En cuanto vio a Anthony tenía que haberse ido de Nueva York. Pero no quería ni pensar en las razones por las que no se había ido.

Tumbada en la cama del hospital, esperaba noticias sobre Anthony mirando el techo. Rose estaba sentada a su lado en silencio. Lisset solo podía pensar en su hermano. La última vez que le había visto, fue a través de aquel cristal del locutorio de la cárcel. Ni siquiera pudo darle un abrazo de despedida. Una lágrima cayó por su sien y Rose inquieta se levantó. —¿Dónde estará Aron?

—Puedes irte, de verdad. Si tienes algo que hacer…

—¿Qué voy a tener que hacer? —Se pasó una mano por la nuca. —¡Le llamé hace dos horas!

La puerta se abrió y un médico entró con una enfermera detrás.

—¿Se sabe algo de Anthony?

El médico miró confuso a una de sus enfermeras que negó con la cabeza. —Todavía está en quirófano.

Eso era bueno y Lisset suspiró del alivio.

—Señorita Sullivan… —Miró una Tablet que tenía en la mano. —Tiene dos costillas rotas como suponía. Dejó caer la cabeza sobre la almohada. —Aparte de los hematomas que tendrá en todo el cuerpo debido a la agresión, como los golpes en la cabeza. —Sacó un bolígrafo y pulsó la parte de atrás demostrando que en realidad era una linterna. Le sujetó el párpado y pasó la linterna por uno y después por el otro. —Buena reacción. Pero necesita reposo. Y por supuesto no puede hacer movimientos bruscos. La mantendremos en observación en el día de hoy y si mañana no hay novedades, podrá regresar a casa.

—Bien. —Rose sonrió aliviada. —Es una noticia buenísima. —Lisset levantó las cejas y Rose se echó a reír. —Vale, hubiera sido buena si no tuvieras las costillas rotas, pero podía haber sido peor, ¿no crees? Hay que ser positiva.

Un hombre de unos treinta años metió la cabeza en la habitación. —¿Señorita Morris? Soy Daniel Raymonde, me envían del despacho de abogados Smith, Smith y Carpenter. Tenemos que ir a declarar a la policía. No sé cómo se ha librado de la declaración, pero ha hecho bien. Ya estoy aquí para que no la acusen de nada.

Rose entrecerró los ojos mientras el médico decía —Volveré después.

Daniel Raymonde entró en la habitación y al verle, ambas se miraron.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Rose.

Ella pensaba lo mismo. Cuando fueron a la comisaría por la denuncia

por acoso, les acompañaron cuatro abogados. ¿Y ahora que su prima casi había matado a un tipo aparecía aquel abogado únicamente? ¿Y dónde estaba Aron? Aquello le olía muy mal.

Rose fue hasta la puerta y cerró de un portazo poniendo después los brazos en jarras. —¿Dónde está Aron?

—El señor Carter-Morris está en su despacho.

Ambas le miraron asombradas. —Intentamos controlar los daños. No hay problema. Soy el mejor criminalista del bufete.

Rose dio un paso hacia él mirándole fijamente. —¿Me estás diciendo que no va a venir a ver a su prometida?

—Sabe su estado desde que ingresó. Tienen que entender que no se puede relacionar el nombre de la empresa con esto.

—¡Soy su prima y fue en su piso, idiota! ¡Va a salir en la prensa de todos modos!

El abogado se sonrojó y Rose le señaló con el dedo. —¿Te crees que soy idiota? Aquí hay algo detrás.

—El señor Madison falleció hace dos horas. El acuerdo queda cancelado. —El abogado miró a Lisset a los ojos. —El señor Carter-Morris ha decidido que no la necesita y le desea suerte.

Se hizo el silencio en la habitación mientras Lisset intentaba digerir las palabras de aquel desconocido. Lo había perdido todo. Los ojos de Aron pasaron por su mente cuando estaban en el restaurante diciéndole que le iba a demostrar lo tiburón que podía ser, y ella había decidido ignorar aquella amenaza por las promesas falsas de alguien que no la quería. Tenía que haber seguido su instinto, pero el reto de vencerle había podido con ella.

—Lisset… —susurró Rose dando un paso hacia ella.

—Por favor, vete.

—No sé lo que está pasando, pero…

—¡Fuera de mi habitación! —gritó con la voz rota de dolor.

—Vamos, señorita Morris. Tenemos que ir a comisaría.

Rose apretó los labios antes de fulminar al abogado con la mirada y salir de la habitación furiosa.

El abogado no dijo una palabra más y salió tras ella cerrando la puerta lentamente.

Lisset cerró los ojos y se los cubrió con la mano intentando no llorar.

Dios, había destrozado la vida de tres personas en veinticuatro horas. La de Ben, la de George y la suya por fiarse de Aron. No podía ser más estúpida.

Lloró incontrolablemente durante horas y cuando entró la enfermera, la encontró en ese estado al llevarle la medicación. Intentó consolarla diciéndole que era normal que se sintiera deprimida por el episodio que había vivido.

Desesperada y sin dejar de llorar, volvió a preguntar por Anthony.

—No lo ha superado. Lo siento. Ha muerto en quirófano.

Fue como si una bomba cayera en la habitación y pálida miró el techo. —Entiendo, gracias.

—Ese hombre no volverá a hacerle daño. —Le apretó la muñeca intentando consolarla. —Ahora podrá descansar tranquila.

Descansar tranquila. No volvería a hacerlo jamás.

Al día siguiente llegó a su habitación un envío. En él estaba su bolso y su móvil. Se lo había enviado Rose. Angustiada y con los nervios destrozados, miró en internet cómo sucedió la muerte de Madison. Se llevó la

mano al pecho impresionada, porque le habían encontrado muerto en el despacho y obviamente le habían agredido. Bajó el móvil lentamente dejándolo sobre las sábanas y sin ver realmente la pared de enfrente pensó en ello. Ahora entendía lo que ocurría. Seguro que Anthony había ido a la oficina de nuevo para descubrir su paradero. Su jefe debió decirle que estaría con Aron. No le sería difícil enterarse de dónde vivía para un abogado como él que tenía muchos contactos.

Seguro que Aron también había atado cabos y no quería que la fusión se viera envuelta en aquello. En el periódico no decía nada sobre su agresión o como Rose la había salvado. Le daba la sensación de que Aron había tocado muchas teclas para que la prensa no descubriera el asunto. Estaba segura de que le compraría la empresa a la viuda, porque como decía su prima, siempre conseguía lo que quería. Furiosa cogió el teléfono y lo estampó contra la pared. Gimió de dolor tumbándose de nuevo reprimiendo las lágrimas. No servía de nada llorar. Se había deshecho de ella que era un auténtico problema y la había dejado tirada en la cuneta mientras seguía con su vida. No debería culparle, pero las palabras de su prima la estaban matando. “Nunca te fallará. Hará lo que haga falta para protegerte y siempre estará a tu lado cuando le necesites. Tiene un carácter de mil demonios cuando se enfada, pero cuando quiere, quiere de verdad.” El dolor que sintió en el pecho nada tenía que ver con los golpes. Se dijo que era la decepción porque sin darse cuenta se había hecho ilusiones de compartir su vida con él. Era guapo, inteligente y se sentía viva a su lado. Había que ser estúpida.

Al pensar en su jefe, sintió una pena enorme. Su mujer debía estar destrozada con su muerte. ¿Debía llamarla? Seguro que si sabía la razón de su

fallecimiento, no querría ni verla. Se sentía tan culpable por todo lo que había ocurrido… Incluso por Anthony, porque le daba la sensación de que al estar con ella, se había vuelto loco.

Todavía recordaba la primera vez que le había visto. Fue a verle al despacho porque le habían dicho que era uno de los mejores abogados de la ciudad y tenía que sacar a su hermano de la cárcel cuanto antes. Ben había ido a una gasolinera a repostar y se había visto envuelto en un robo sin darse cuenta. El atracador se puso nervioso y Ben se tiró sobre él cuando iba a disparar al empleado. Sin saber cómo, el arma se disparó y al arrebatársela, una de las mujeres que estaban en la tienda gritó que le había matado porque el asesino había salido corriendo. Ben tiró el arma al suelo y saltó el mostrador para ver que el empleado tenía un tiro en la cara. No se pudo hacer nada por él y como Ben tenía antecedentes por una estupidez de adolescencia cuando había entrado a robar en una casa, le detuvieron sin preguntar.

Anthony le dio esperanzas y sacaron a Ben de la cárcel bajo una fianza de doscientos mil dólares. Ella hipotecó la casa de sus padres y esperaron al juicio.

Pero Anthony la invitó a salir un par de veces y le parecía atractivo.

¿Por qué no? Y al principio les fue muy bien, pero llegaron las vacaciones en México y ahí conoció su verdadero carácter. No solo era algo controlador, en esas vacaciones le tendió una trampa con una boda falsa cuando estaba medio borracha por los tequilas. Fue al llegar a los Estados Unidos cuando se dio cuenta del problema, porque él insistía en que debían casarse de nuevo allí en una boda civil para que todo fuera plenamente legal. Le dijo que estaban casados en México, pero allí podía haber problemas, así que con una boda

civil se arreglaría. Ella se quedó estupefacta, porque había creído que todo era broma. Entre medias, llegó el juicio de su hermano que para su sorpresa terminó condenado por homicidio, con una condena a veinticinco años de cárcel. Destrozada, Anthony la consoló diciéndole que había hecho todo lo posible, pero que las pruebas eran abrumadoras. “Nos casaremos como hicimos en México. Apelaré, pero mientras tanto seguiremos con nuestras vidas.” Esa frase le puso los pelos de punta y consultó un abogado que le dijo claramente que si no convalidaban ese matrimonio, era como si no estuvieran casados. Que hasta dudaba que fuera legal en México. Pero ella quiso asegurarse y dos semanas después le confirmaron lo que ya creía. No estaba casada en México y no debía preocuparse. Ahí la relación con Anthony ya se había enfriado y aunque él insistía en seguir con la boda civil, Lisset decidió ser clara. En una cena en su restaurante favorito, le dijo que no se casaría con él y que no estaban casados. Los verdaderos problemas llegaron en ese momento, porque se presentaba en su casa, le montaba escándalos en cualquier sitio y espantaba a sus amigos. Le puso una orden de alejamiento que incumplía constantemente, pero por su hermano no le denunciaba. Pero un día se presentó en su casa. Intentó impedirle entrar, pero le mostró una memoria portátil donde se veía a su hermano muy claramente y todo lo que le había sucedido. Se echó a reír al ver su cara de alegría. —¿Quieres estas imágenes? Pues ya sabes lo que tienes que hacer. Nos casamos en tres días. Temiendo por su hermano dijo que sí. Él intentó hacerle el amor, pero le dijo que estaba cansada y que necesitaba estar sola. A la mañana siguiente fue a la cárcel y habló con su hermano que le dijo que no podía denunciarle a la policía porque necesitaban esas imágenes. “¡Tienes que sacarme de aquí!”

—le dijo desesperado.

Angustiada volvió a la ciudad y aprovechando que Anthony estaba en el trabajo, porque se había asegurado llamándole allí para preguntarle que si quedaban a cenar, fue hasta su casa. Como tenía las llaves de su piso, entró buscando la memoria portátil por todos los sitios. Debía estar en el despacho. Dejó todo como lo había encontrado y él fue a su casa a cenar. Estaba eufórico y ella le rogó que ayudara a su hermano.

—Lo haré, mi amor. En cuanto nos casemos, empezaré con la apelación. Tú no te preocupes.

Ella por los problemas en el trabajo, consiguió convencerle de que estaba pasando una mala racha y que no quería casarse así. Que quería esperar, porque era el día más bonito de una mujer y quería que fuera especial. Anthony le dio la razón sorprendiéndola. —Es cierto. Además, no tenemos que casarnos en el juzgado. Haremos una boda como Dios manda. —La besó suavemente en los labios. —Tú te mereces la mejor boda y yo quiero presumir de mujer ante mis conocidos. Estarás preciosa vestida de blanco.

El día que le comunicaron que estaba despedida, fue cinco días después. Como tenía excusa para ir a verle al despacho, fue hasta allí y tuvo suerte. Anthony no estaba porque tenía un juicio. Le dijo a su secretaria que le esperaría dentro comentándole el disgusto sobre su despido. La mujer le llevó un té y la dejó sola. No perdió el tiempo. Revisó todo el despacho buscando la memoria. Incluso miró en su ordenador buscando el video, pero nada. Desesperada se dio cuenta de que lo había escondido y que no lo encontraría a no ser que él quisiera. Antes de que él llegara al despacho, salió

de allí sorprendiendo a la mujer. —Vendrá enseguida. Está de camino.

—¡Qué hubiera llegado antes! —dijo furiosa empujando la puerta de cristal.

Durante días intentó encontrar la memoria donde se le ocurría. Incluso le registró el coche, pero nada. Fue hasta la cárcel un lunes por la mañana necesitando ver a su hermano y como no era hora de visitas, tuvo que rogar al alcaide que le dejara ver a su hermano. Todavía recordaba sus ojos azules mirándola con tristeza. —Vete. Ayer por teléfono me dijiste que te habían ofrecido trabajo en Nueva York. Vete. —Entonces Ben sonrió. —¿No te quiere? Ahora lo va a demostrar. Si quiere que vuelvas, tendrá que sacarme de aquí.

Ella sonrió porque tenía razón. Iban a volver todo en su contra. —Sí, ¿crees que funcionará?

—Es lo único que tenemos. Vete. Y envíame un email dentro de tres meses para decirme cómo estás. Ya se habrán calmado las cosas. Solo me dirás como estás no donde, ¿entiendes? Porque puede que me hackee la cuenta de correo y no quiero que te pille por ahí.

—Entendido.

—Ya te iré contando. —Puso su mano sobre el cristal mirándola con amor. —Te quiero, enana. Cuídate mucho.

Lisset con los ojos llenos de lágrimas recordó ese momento como uno de los más dolorosos de su vida. Con lo poco que quedaba para la vista para la apelación y ocurría aquello. Y Aron le había dado la espalda. El rencor la recorrió de arriba abajo sin poder evitarlo.

## Capítulo 7

La sirena indicaba que se abría la puerta de acero que daba acceso a las visitas. Ansiosa recorrió el pasillo con los demás visitantes, entrando en la sala de los locutorios. Al ver a su hermano de pie ante el cristal, se detuvo en seco porque estaba muy cambiado. Sus ojos azules se llenaron de lágrimas corriendo hasta él a pesar del dolor y Ben puso sus manos en el cristal, feliz de verla. Deseando abrazarle no pudo evitar que un sollozo escapara de su garganta por no poder hacerlo. Cogió el auricular sentándose ante él. —¿Cómo estás? —Le miró de arriba abajo. —Has hecho mucho ejercicio.

—Es lo que tiene estar aquí. Sino me volvería loco. —Él la miró de arriba abajo. —Tú sigues preciosa, enana. —Frunció el ceño al ver un ligero morado en su mejilla. —¿Qué te ha pasado?

Lisset se mordió el labio inferior y su hermano se tensó. —Ese cabrón murió cuando te encontró, ¿verdad?

—¿Cómo sabes que ha muerto?

—Aquí lo sabe todo el mundo. Y ha salido en las noticias su entierro. No dijeron la razón, pero…

Golpeó con el puño la mesa y un guardia gritó desde la puerta —¿Quieres acabar con la visita, Sullivan?

—Tranquilízate, por favor —susurró ella angustiada—. Me lo encontré en Nueva York y una amiga le pegó un tiro cuando intentó secuestrarme.

—Dale las gracias de mi parte. No pensaba hacer nada en la apelación. —Le miró sorprendida. —Decía que así te daría una lección y volverías por cojones.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—Porque quería que al menos tú fueras libre.

Ella se echó a llorar. —No sé cómo sacarte de aquí.

Ben la miró con cariño. —No es responsabilidad tuya sacarme de aquí. Nunca lo fue. Tuve mala suerte con que ese chiflado fuera mi abogado y no es culpa de nadie.

—Si no hubiera salido con él.

—Hubiera utilizado las imágenes para obligarte y lo sabes. Al final hubiéramos terminado en el mismo sitio y puede que tú no hubieras tenido tanta suerte.

Lisset se pasó la mano por la frente. No sabía qué pensar. Levantó la vista hacia su hermano sin saber qué decirle. Estaba tan confundida… Su hermano la miró a los ojos. —¿Qué ocurre? Cuéntamelo todo.

—No sé por dónde empezar

Ben sonrió divertido. —Pues empieza por el principio. No estás así sólo porque ese idiota haya muerto. ¿Qué ha ocurrido?

—Nada, todo esto sólo me afecta mí. No tiene nada que ver contigo.

—Si te afecta a ti, también me afecta a mí. Cuéntamelo. —Su hermano apretó los labios mirándola fijamente a los ojos. —Ya veo, ha ocurrido. Te has enamorado.

Lo miró asombrada. —¿Cómo puedes pensar eso?

—Lo veo en tus ojos. Y te ha hecho daño.

Lisset negó con la cabeza. —No, qué va. Sólo me ha defraudado. —Bufó sonrojándose y desviando la mirada. —Habría que estar loca para enamorarse de esa sanguijuela.

Ben la miró con pena. —Te ha hecho mucho daño, ¿verdad?

Le parecía absurdo hablar de eso cuando él estaba en la cárcel y sin posibilidades de salir. —No hablemos de eso.

Su hermano se tensó. —¿No estarás preñada?

Lisset se sonrojó intensamente como cuando tenía catorce años y la ridiculizaba ante sus amigos con preguntas incómodas. Varios la miraron con curiosidad y siseó —¡Deja de hacer eso! ¡Ya no soy una niña!

Ben se echó a reír. —Enana, cómo te he echado de menos. —Se puso serio de repente. —En serio, ¿no estarás preñada?

—¡Ben! Ni me he acostado con él.

—Es gay.

—¡Es Aron Carter-Morris! —dijo como si eso lo explicara todo.

—¿Quién?

Exasperada se apretó las manos. —Da igual.

La miró pensativo como si intentara recordar y cuando abrió los ojos como platos, supo que había caído en quien era Aron. —¡Le odiabas! ¡Hundió tu empresa!

—Pues ahora ha hundido algo más que mi empresa —dijo para sí.

—Muy bien, cuéntamelo todo. Ahora. Y date prisa porque el tiempo corre. Si no tendrás que contármelo por email y tendré pruebas escritas de que has perdido el juicio.

Decidió contárselo, porque al fin y al cabo había aparecido cuando Anthony estaba en medio. Solo por eso. Por eso y porque necesitaba desahogarse.

Ben al principio tenía cara de póker, pero después frunció el ceño y cuando le contó cómo su jefe la había traicionado por la empresa, apretó los

puños. Cuando contó lo de Rose se relajó hasta el momento del hospital, que se tensó de nuevo.

Esperó su reacción que seguramente sería explosiva, pero sorprendiéndola simplemente se la quedó mirando. —¿No tienes nada que decir? —Nerviosa se pasó la mano por su cabello negro apartándolo del hombro.

La señaló con el dedo. —Quiero que vuelvas a Nueva York y entres en el despacho de ese tío. Quiero que le pegues tal patada en el culo, que se acuerde de ti el resto de su existencia. ¿Me entiendes? ¡Te ha utilizado desde que te conoce! ¡Si no hubiera sido por el gilipollas de Anthony, te hubieras casado con ese tipo y hubieras trabajado para él siendo la esposa perfecta, pero al final te ha dado la espalda porque no le convenía dar la cara por ti! ¡Claro, cómo podía explicar que se comprometía con la mujer que había estado comprometida con el asesino de su jefe! ¡Y después convertirla en jefa de esa misma empresa cuando la comprara! ¡Los rumores le comerían vivo!

—Ha terminado el tiempo, Sullivan —dijo uno de los guardias.

Miró a su hermano angustiada. —No puedo hacer nada.

—Claro que puedes. Conoces esa empresa mejor que nadie. Todavía puedes hundir esa fusión. —Se miraron a los ojos. —Eres la mejor persona que conozco. ¿No te retó a cambiarle? Que sepa de qué pasta estás hecha. —Ben se levantó. —Y no te preocupes por mí. Sé cuidarme solo. Me preocupas más tú. Sin trabajo y enamorada de ese imbécil al que no tragaré jamás.

—¡No estoy enamorada! —gritó levantándose.

La retó con la mirada. —Pues demuéstramelo.

Lisset le vio colgar el auricular y alejarse con un nudo en el estómago.

Cuando le perdió de vista, se quedó allí de pie mirando al vacío.

—Chica, mueve el trasero. ¿No has oído al jefe?

Vio a la chica de color que estaba a su lado hablando con un hombre lleno de tatuajes. —¿El jefe?

—Le llaman así —dijo ella moviendo con chulería el auricular de un lado a otro—. Es el jefe del cotarro, ¿no lo sabías y eres su churri? Venga, vete a hacer lo que ha pedido porque tiene muy mala leche. —El que tenía en frente asintió varias veces.

—¿Ben? ¿Mi Ben? —preguntó asombrada. Madre mía, tenía que sacarle de la cárcel cuanto antes. ¡Una fuga! Algo se le ocurriría.

Un mes después

Lisset salió del ascensor de Mensajería Madison vestida con un traje de chaqueta rosa y comprobó al caminar por el pasillo su aspecto en el cristal de una puerta. Llevaba su cabello negro suelto liso como una tabla. Se había hecho una raya al medio y se lo había despejado de la cara con dos horquillas tras las orejas. Se había recuperado por completo y estaba en plena forma. Podía hacerlo. Vaya si podía. Llevaba los últimos treinta días preparándose para eso.

Kathlyn empujó el carrito al fondo del pasillo y le guiñó un ojo antes de seguir su camino. Tomó aire y fue hasta la puerta de la sala de juntas, abriendo la puerta sin pensárselo más. Un montón de abogados de las dos partes estaban sentados discutiendo los puntos del contrato de compraventa, mientras Aron vestido con un traje a medida gris estaba en la cabecera observando. Levantó la vista hacia ella y vio la sorpresa en sus ojos, pero no movió un gesto.

—Buenos días a todos —dijo encantadoramente antes de acercarse a la señora Madison, que sonrió al verla—. Hola jefa.

—Hola, cielo. Llegas tarde.

—Lo siento. Esta ciudad cada vez tiene el tráfico más imposible. Por cierto, las magdalenas estaban buenísimas. —Le guiñó un ojo dejando el bolso sobre la mesa y volviéndose hacia los abogados. Los de la señora Madison sonrieron saludándola con la cabeza, mientras que los de Aron parecían confundidos de que estuviera allí. —Bien, para los que no me conozcan, soy Lisset Sullivan y desde ya les digo que… —Se estiró sobre la mesa para coger el contrato y romperlo por la mitad. —Esto no vale. —Miró con una sonrisa a Aron, aunque sus ojos reflejaban todo lo que le odiaba. —Señor Carter-Morris, esto no era lo que habíamos hablado.

Sorprendiéndola Aron sonrió. —Ese trato quedó anulado tras el fatal fallecimiento de George.

—Para ti señor Madison —dijo fríamente haciendo sonreír a Laura, que se relajó visiblemente—. No hay trato. Pueden irse.

—¡Esto es inaudito! —exclamó uno de los abogados—. ¡El señor Carter-Morris se va mañana y teníamos que arreglar esto hoy!

—Oh, sí. Esas vacaciones tan maravillosas que se ha ganado porque trabaja mucho chupándole la sangre a los desfavorecidos.

Aron se tensó. —Nena, te estás pasando.

—Como tienes prisa, seré breve. Trescientos millones de dólares. Ni un dólar menos. Si no aceptas el trato, asegurando que mis trabajadores conservarán su trabajo, formaremos una cooperativa. Seremos nuestros propios jefes y yo dirigiré la empresa. Ya está hablado con los empleados y

hemos decidido. Solo tenemos que renunciar a tres meses de sueldo para pagar a la señora Madison los trescientos millones. Está en tu mano. —Apoyó las manos en la mesa. —Te aseguro que como no aceptes, pienso emplear todas mis energías en joderte la vida.

Varios jadearon del asombro mientras esperaban la reacción de Aron, que se levantó de su sillón de piel y tranquilamente sacó los puños de su camisa antes de mirarla a los ojos de tal manera que le cortó el aliento. —Lisset, ¿volvemos al principio?

—No. No volvemos al principio porque no vamos a dejar que nos presiones. Aceptas el trato o te aseguro que antes de un año tu empresa va a tener que vender los sellos que tenéis en los mostradores para pagar las nóminas.

—¿Quién es el tiburón ahora, preciosa?

—He aprendido del mejor. Y para que sepas que hablo en serio, ya he llegado a un acuerdo verbal con MST para usar sus aviones.

Aron perdió la sonrisa de golpe. —No hablas en serio.

—Tú decides. Les he dicho que dependía de la decisión de Laura, porque si ella decide vender, no puedo hacer nada. Pero si me vende a mí la empresa, puedo negociar con quien quiera, cariñito. Tengo carta blanca de los trabajadores para hacer lo que quiera con Madison.

—Es un farol —dijo uno de los abogados.

—Cállate, idiota. —Aron apretó los labios. —¿Dirigirás la empresa?

Parpadeó asombrada porque tuviera tanta cara. —Antes muerta que trabajar para un cabrón como tú. Trescientos. Nada más.

Laura la miró impresionada como todos los demás, pero Aron y Lisset

solo estaban pendientes el uno del otro. Aron respiró hondo por la nariz y eso provocó que ella mirara sus labios en el mismo momento que dijo —Trato hecho.

Casi no se lo podía creer. Y no sintió ninguna satisfacción en ese momento como había creído mil veces durante esas semanas. Fríamente ella miró a sus abogados, que sacaron del maletín el contrato que ya había preparado, tendiéndoselo a ella. Pasó tras los sillones de los abogados y se lo tendió a él. —Firma.

—Debemos revisar el contrato —dijo el abogado levantándose de golpe.

—Siéntate Phill —dijo Aron—. ¿No esperarás que lo firme sin revisar?

—Cariñito, ¿no te fías de tu prometida? —Parpadeó con inocencia.

—Si querías que dirigiera la empresa, ¿y ahora no te fías de mí?

Aron extendió la mano y uno de los abogados miró atónito al que tenía al lado antes de tenderle el bolígrafo de oro que tenía en la mano. —Muy bien, nena. Jugaremos con tus reglas. Pero ganaré yo.

—De momento gana Laura. Y no sabes la satisfacción que me da.

—Me lo imagino. —Se apoyó en la mesa firmando en todas las hojas mientras todos murmuraban que era una locura. —Tranquilos, la conozco lo suficiente para saber que nunca haría nada que me perjudicara a propósito.

Esa frase le cortó el aliento. —¿No me digas?

Firmó la última página y sonrió enderezándose. —No, preciosa. ¿Sabes por qué lo sé? Porque puede que te hayan hecho daño, pero siempre pones la otra mejilla. De otra manera no ayudarías a la señora Madison en

esto.

Laura se levantó de su asiento. —¿Qué quiere decir?

—Juegas sucio, Morris —susurró advirtiéndole con la mirada antes de volverse sonriendo—. No es nada, Laura. Una de las dentelladas de nuestro tiburón. Como un niño que tiene una pataleta. —Se volvió hacia él. —Espero la transferencia del dinero antes de veinticuatro horas. —Sonrió satisfecha cogiendo el contrato. —Buenos días, señores. Ha sido un placer. Laura, vamos a celebrarlo.

La mujer cogió su Chanel. —Perfecto. Me muero por un Martini.

Doble.

Se echaron a reír saliendo de la sala de juntas. —¿Qué vas a hacer con tu comisión? —preguntó Laura por el pasillo—. Tres millones es poco por todo lo que has hecho. Déjame que te dé diez al menos.

—Tres es más que suficiente. Y no voy a hacer nada. Buscaré otro trabajo. —Pulsó el botón y vio a Kathlyn esperando noticias. Levantó el pulgar y Kathlyn chilló de la alegría. El tiburón se iba a llevar una sorpresa cuando viera la cláusula sobre las pensiones de sus trabajadores. Eso sí que la satisfizo.

Al entrar en el ascensor, vio a Aron apoyado en el marco de la puerta observándola con una sonrisa en la cara. Pensó en hacerle un dedo, pero no quedaría fino después de haber conseguido su objetivo. Simplemente sonrió levantando la barbilla.

Fue a tomar una copa con Laura y hablaron sobre su futuro. La mujer que jamás había tenido tanto dinero, estaba algo perdida sobre que tenía que hacer con él y se pasaron horas hablando sobre buenas inversiones. Cuando

se despidieron se abrazaron en la puerta del restaurante y Laura le dijo —Gracias, sin ti hubiera estado perdida.

—Siento que por mi culpa te encontraras en esa situación.

—Ese hombre era impredecible y mi George tenía el corazón débil.

Te conozco desde hace dos años y siempre has sido maravillosa con él. No fue culpa tuya. —Sus ojos se llenaron de lágrimas. —No sé por qué ese tiburón dijo eso sobre…

La abrazó con fuerza. —Olvídalo. No fue importante.

Laura asintió apartándose —Te haré la transferencia en cuanto me llegue el dinero.

—Bien. Si me necesitas…

—Te llamaré. Suerte, niña. Te la mereces más que nadie que conozca.

La vio subirse a su coche que la estaba esperando y sonrió despidiéndose con la mano. Bueno, miró a su alrededor sintiéndose perdida. Había pasado tantísimas horas trabajando en el último mes que ahora no sabía qué hacer. Sacó su móvil y envió un mensaje al móvil que había conseguido colarle en la cárcel a su hermano. —Hecho. Desplumado. ¿Estás orgulloso de mí?

Caminó por la acera tecleando un mensaje para Jossie, que seguramente estaría esperando noticias. Le contestó que la llamaría al día siguiente porque Rupert quería quedar de nuevo. Se detuvo en seco mirando atónita el mensaje. ¿No hablaría del Rupert que la había dejado tirada en la cama? No podía ser que hubiera vuelto a quedar con él. Mierda, por culpa de Anthony no había ido al Clark’s para darle una lección a ese cerdo. Tecleó a toda prisa y distraída se chocó con alguien. —Uy perdón, no le he… —Al ver

los ojos castaños de Aron se tensó. —Vaya, vaya. Si está aquí el tiburón. ¿Qué pasa? ¿Hoy no has pegado un par de suculentos mordiscos y te has quedado con hambre?

—Sube al coche, nena.

Levantó sus cejas morenas para ver a Bert esperando con la puerta abierta de la limusina. —¡Hola Bert! ¿Qué tal tu mujer? No me ha llamado.

El chófer se sonrojó. —Como usted se encontraba mal… ¿Está mejor?

—No sabes cuánto. —Sonrió de oreja a oreja antes de mirar a Aron.

—Aparta de mi camino o grito.

Intentó cogerla del brazo, pero ella se apartó. —No lo entiendes.

—Oh, sí. Claro que lo entiendo. Carter-Morris se había implicado demasiado en un asunto muy feo y había que poner tierra de por medio. —Le miró con odio. —Pues sigue manteniendo las distancias, por la cuenta que te trae. Vuelve a acercarte a mí e iré a la prensa para contar como me acosas. —Aron apretó las mandíbulas y ella se echó a reír. —Recuerda que ya tengo experiencia en esas cosas.

—Tenemos que hablar. Podemos ir a cenar o…

—Me voy de la ciudad esta noche —dijo sorprendiéndole—. Así que adiós.

Le rodeó para caminar hasta el metro, pero él la cogió por el hombro volviéndola. —¿Cómo que te vas?

—Vuelvo a Chicago. Hasta nunca, cielito. —Le guiñó un ojo a Bert.

—Dile a tu mujer que siento no poder quedar con ella, aunque no creo que le importe. Y por cierto, me debes cincuenta pavos.

Bert se sonrojó aún más viéndola pasar ante él. Aron puso los brazos en jarras observándola mientras se alejaba. Bert hizo una mueca al ver que parecía a punto de explotar por el cabreo que tenía. —Jefe…

Él le miró furioso. —Llévame a la oficina. Necesito a Rose.

Lisset dio la vuelta a la esquina llevándose una mano al pecho porque su corazón iba a mil por hora. Cerró los ojos diciéndose que era idiota por sentir la misma atracción. Cuando le había dicho que subiera al coche, Lisset vio en sus ojos un espejismo. Como si la deseara más que a nada y ese deseo removió algo en ella que creía que había superado por su traición.

—Solo es sexo, Lisset —se dijo intentando convencerse—. Solo es atracción sexual y pasará. No le verás nunca más, así que le olvidarás. Solo os disteis unos besos por el amor de Dios.

Respiró hondo yendo hacia el metro, aún sintiendo en su hombro su tacto y el olor de su after shave. —Definitivamente estás loca.

## Capítulo 8

Vio el taxi por la ventana después de que tocara el claxon y miró su apartamento esperando no haberse dejado nada importante. Cogió su portátil y las dos maletas para empujarlas hasta la puerta, donde tenía el bolso en el suelo. Se lo cruzó en bandolera sobre su camiseta de tirantes negra. Al mirar hacia abajo, vio que los shorts que llevaba del mismo color, igual eran algo cortos. Se encogió de hombros saliendo de su piso y cerrando con llave. Al escuchar el claxon de nuevo, siseó metiendo las maletas en el ascensor —Sí pesado, ya voy. Qué impaciente.

Estaba dejando las llaves en el buzón de su casera cuando el taxista volvió a tocar una y otra vez. —Hala, te has quedado sin propina.

El muy gilipollas ni se bajó para ayudarla a meter las maletas en el taxi. Casi se hernia levantando la maleta grande. Cuando cerró el maletero estaba a punto de cargárselo. Qué ganas tenía de regresar a casa. Entró cerrando de un portazo.

—¡Eh, eh! —dijo el taxista girándose—. ¡Con cuidado!

—¡Al JFK! —gritó a la pantalla de plástico que les separaba. Le libraba eso, que sino…

—¡Ya sabía a dónde iba y no estoy sordo!

Se quitó su bolso del hombro y refunfuñó por lo bajo las ganas que tenía de ver a su hermano, que era el único que la entendía.

En ese momento le sonó el teléfono y frunció el ceño mirando la pantalla porque no conocía el número. —¿Diga?

—Preciosa. No te asustes.

Frunció el ceño. —¿Quién es? Creo que se ha equivocado de teléfono porque…

—Lisset, cuando te dije que subieras al coche deberías haberme hecho caso. No te asustes y todo irá bien.

Se quedó en blanco mirando a su alrededor y vio que no iban hacia el JFK. Ahí sí que se asustó apartando el teléfono. —¿A dónde me lleva?

—Estese calladita y todo irá bien —dijo el taxista.

—¿A dónde me lleva? —gritó tirando el teléfono al suelo para golpear el cristal—. ¡Llamaré a la policía!

—No lo creo.

Levantó un aparato negro y pulsó un botón encendiendo una luz roja.

Asustada recogió el teléfono del suelo para ver que no tenía señal. Entrando

en pánico se tiró a una de las puertas que estaba cerrada por dentro. —¡Déjeme salir! —gritó

—Guapa, cálmate. Llegaremos enseguida. Yo cobraré lo mío y tú te las arreglas con el ricachón.

—¿Está loco? ¡Esto es un secuestro!

—Secuestro, secuestro. La llevo al aeropuerto. Como me había pedido. No sea quisquillosa.

Estaba claro que no podía dialogar con él. Levantó la pierna apoyándose en el asiento y la mampara de seguridad, para golpear la ventanilla del coche con la suela de la bailarina que llevaba.

—¡Eh! ¡Qué se va a hacer daño! ¡Es un cristal de seguridad!

—¡La madre que te parió! ¡Detén el taxi!

—¿Por veinte mil? Oblígame —dijo con burla.

Ella pensó rápidamente. —Te daré treinta si me llevas a JFK.

—Ya, como que los lleva encima. Me fío más del ricachón.

—¡Acabarás en la cárcel!

—No lo creo. Es su palabra contra la mía y contra la del ricachón que la acaba de llamar y que le ha pedido que se vaya con él. Usted que está enamoradísima ha dicho que sí. Es lo que tengo que decir si me para la policía.

—¿Qué me vaya con él? —El miedo la recorrió. Estaba claro que no se daba por vencido. Quería llevársela, ¿pero a dónde?

—Me parece que he hablado de más. A mí solo me han dicho que la lleve del punto A al punto B y es lo que voy a hacer. Ahora quédese calladita que tengo que conducir.

—Mira gilipollas o detienes el taxi…

El taxista dio un volantazo y ella gritó intentando sujetarse para caer al suelo del taxi sobre su portátil. —Mierda.

Se sentó como pudo para ver que iba conduciendo como un loco. —¿Quieres matarnos? —gritó cuando pasó al lado de un camión casi rozándole.

—¡Me ha puesto nervioso con tanto grito!

Lisset pegó la nariz a la pantalla de seguridad. —¡Frena, idiota!

—Qué ganas tengo de ver al ricachón para perderla de vista.

—¡Y cobrar!

—¡Exacto! —Giró el volante de nuevo con violencia para adelantar a otro taxi que pitó a su paso.

—¿Dónde está la policía cuando se la necesita?

—¡Señorita, deje de tocarme las narices!

—Uy, el paquete que te va a caer. —Miró su licencia, pero el tipo hindú que aparecía en la foto no se parecía en nada a ese chiflado. —¡Has robado el taxi!

—Claro, voy a secuestrar a una histérica con mi taxi.

—¡No estoy histérica! —chilló a voz en grito viendo que tomaba una desviación, pero al levantar la vista hacia el cartel no le dio tiempo a leer lo que ponía—. ¿A dónde me llevas?

—Uff, qué pesada —siseó apretando el volante con las manos—. Ya se lo he dicho…

—¡No me has dicho nada!

—¡La voy a dejar con su novio!

—¡Hala, otro al que le falta un tornillo!

—¿Esto le pasa mucho?

—¡Más de lo que me gustaría, te lo aseguro!

—Es que es muy guapa. Y si gritara menos hasta yo le pedía una cita.

Lisset no se lo podía creer. Frunció el ceño y sonrió mirándole por el espejo retrovisor. —¿Quieres una cita? —Le guiñó un ojo. —Prometo ser muy buena.

—Ya puede ser buena por veinte mil. No es muy lista, ¿verdad?

—¡Qué pares el coche!

En ese momento el coche pasó por un arco de madera que ponía aeródromo Carter-Morris. —Mierda —susurró girándose para ver como el arco se alejaba mientras avanzaban por el camino.

Si antes se puso nerviosa, ahora sí que estaba histérica. Aron había perdido el norte. El taxi rodeó un edificio y Lisset dejó caer la mandíbula al ver un jet rodeado de dos camiones. Varios hombres cargaban provisiones en la bodega mientras otros revisaban el avión. Pero lo que más la sorprendió, fue ver a Rose ante la escalerilla hablando por el móvil. Colgó en cuanto el taxi frenó en seco.

—¡Llegamos! —dijo el taxista emocionado como si hubiera conseguido una proeza.

Rose sonriendo guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón y se acercó al taxi saludándola con la mano como si fueran grandes amigas. —¡Puñetera traidora! —gritó tirándose a la ventanilla del coche.

La prima de su pesadilla hizo una mueca bajando la mano y se agachó para verla mejor. —¿Estás enfadada?

La madre que la parió. ¿Cómo no iba a estar enfadada? Esa familia

necesitaba tratamiento. El taxista salió del taxi y cerró de un portazo. —Esta mujer es insoportable.

—¡Encima! —gritó sin poder evitarlo.

—A ver cómo la saca del coche, porque yo no le pongo una mano encima. —El hombre se detuvo al lado de Rose. —Creo que es violenta.

—¡Rose, sácame de aquí! ¡Voy a contar hasta tres! Uno… —Rose miró a su alrededor. —Dos…

—¿Por qué no te calmas? —Forzó una sonrisa.

—¡Tres!

Empezó a golpear con los puños el cristal de la ventanilla, pero se detuvo cuando vio a Aron salir del avión vestido con unos vaqueros gastados y una camiseta negra. Joder, estaba para comérselo. Aron sonrió acercándose al taxi y le dijo algo en voz baja a Rose.

—Está algo cabreada —explicó su prima.

—¿Cabreada? ¡Os voy a meter una denuncia que os vais a cagar! ¡Secuestradores de mierda! ¡Voy a perder el vuelo a Chicago!

—Ah, si es por eso no te preocupes —dijo Aron sonriendo de oreja a oreja robándole el aliento. Se acercó a la puerta e intentó abrir.

—Están bloqueadas las puertas del coche —dijo el taxista abriendo la puerta del pasajero para meter el cuerpo y pulsar un botón.

Lisset abrió la puerta contraria a la de Aron y salió del taxi tan deprisa que ni se dieron cuenta. Corrió todo lo que pudo hacia el edificio gritando —¡Me van a secuestrar! ¡Socorro!

Rose y Aron parpadearon viéndola resbalar en la pista y caer de rodillas sobre el polvo. Se levantó de un salto antes de correr de nuevo hasta

el edificio. Llegó hasta una puerta de cristal y tiró de ella, pero estaba cerrada.

Aron suspiró viéndola gritar desgañitada que llamaran a la policía, antes de correr hacia ella al ver que golpeaba una ventana mirando al interior. Por el reflejo del cristal vio como él se dirigía hacia ella y miró hacia atrás echando a correr rodeando el edificio. Como corría, el muy cabrito.

—¡Lisset, deja de hacer el tonto! —gritó tras ella alargando la mano.

—¡Psicópata!

—¡Nena, no quiero hacerte daño! —Alargó la mano de nuevo y le rozó el hombro, pero Lisset corrió en otra dirección esquivándole.

—¡Déjame en paz!

—¡Te juro que cuando te pille, te voy a poner el trasero colorado!

Jadeó indignada antes de chillar cuando la cogió por la cintura levantándola en volandas. Lisset pataleó y le golpeó con el talón en el estómago haciéndole gemir.

—¡Suéltame capullo!

—¡Joder, qué boca tienes! —Ella pataleó de nuevo golpeándole en el muslo. —Estate quieta.

—¡Prepárate porque cuando me sueltes, que me soltarás, te voy a castrar! —chilló a voz en grito.

—Tú no me harías eso. Te gusto demasiado.

—¡Cabrón!

—Nena, me estás cabreando.

Ella empujó con fuerza la cabeza hacia atrás dándole en la frente y Aron la soltó tambaleándose, llevándose la mano a la cara como si estuviera

mareado. Lisset cayó al suelo ante Rose que la miró furiosa. —¡A mí sí que me has cabreado! —El puñetazo ni lo vio venir y Lisset puso los ojos en blanco antes de caer hacia atrás sin sentido.

Dos palmaditas en la cara la hicieron gemir, antes de abrir los ojos con sorpresa para ver a Aron y a Rose ante ella.

—¡Mmm! —gritó. Y sorprendida miró hacia abajo para ver que estaba atada en una silla y obviamente la habían amordazado. Ahora sí que era un secuestro en toda regla.

Aron le levantó la barbilla y suspiró moviendo la cabeza de un lado a otro. —Rose siempre ha tenido un derechazo de primera. Te saldrá un buen morado.

—¡Mmm! —Movió la cabeza como si su contacto le diera asco.

—Uy, qué mala leche tiene. —Fulminó a Rose con la mirada. —¿Qué? ¡Lo he hecho por tu bien!

Una azafata monísima vestida de azul, se acercó a ellos con una bandeja y una sonrisa de oreja a oreja poniéndola entre los tres. —¿Una copita de champán?

—Mi mujer no tomará. —Aron cogió una de las copas de cristal tallado y le dio un sorbito. —Está algo molesta.

—Ya se le pasará —dijo la azafata sin mostrar que aquello pudiera parecerle raro. —. ¿Un aperitivito? —¿De dónde había salido esa tía? La miró como si quisiera matarla. —¿No? Quizás más tarde. —Se volvió hacia los demás. —A ustedes les voy a preparar unos canapés que se chuparán los dedos. Enseguida despegamos. Siéntense en sus asientos, por favor. La señora puede quedarse en la silla.

—Mmm —protestó con ganas de pegarle una patada en el culo. ¿Es que nadie iba a ayudarla? Vio como Aron se sentaba en uno de los asientos de piel y no se ponía el cinturón mientras la observaba bebiendo su copa de champán.

Los motores se encendieron. ¿Es que no iba a ponerse el cinturón?

Ella señaló con la mirada el cinturón y Aron levantó una ceja. Volvió a señalar el cinturón con sus ojos azules y Aron sonrió. —Nena, ahora no tengo ganas de sexo. —Gruñó haciéndole reír. —¿Quieres que me ponga el cinturón?

—Oh, qué bonito. Mira Aron, ya cuida de ti.

Fulminó a Rose con la mirada que estaba bebiendo de su copa de champán y se le fue por la nariz cuando le entró la risa. Sería cabrita.

Aron dejó la copa sobre la mesa antes de cerrar el cinturón. —¿Contenta?

Asintió vehemente y Aron sonrió. Entonces el avión empezó a correr por la pista y se empezaron a elevar. Miró hacia abajo porque se empezó a deslizar y ella frenó la silla con las puntas de los pies, pero cuando se elevaron más, abrió los ojos como platos porque se estaba inclinando hacia atrás. Aron la cogió antes de que cayera de espaldas. —¿Estás bien? —La enderezó con cuidado y se acuclilló ante ella. —Nena, ¿estás más calmada? —Asintió con vehemencia con tal de que la soltara.

—No te creas una palabra. Ah, que no ha dicho nada. —Rose se echó a reír de nuevo.

—No le hagas caso. ¿Quieres que te suelte? —Le miró a los ojos y Aron suspiró. —Nena, si quieres que te suelte, tienes que portarte bien.

Estamos en un avión.

Volvió a asentir con vehemencia y Aron le quitó el adhesivo que tenía sobre la boca con cuidado. —¡Ay! ¡Ayyyy! ¡Ay! ¡Aron!

—Se quita de golpe —dijo Rose.

—¡No, no, no!

—Tranquila, ya está.

Miró sus manos y empezó a quitar el adhesivo de sus muñecas. Se lo quitó suavemente, tanto que ella se quedó hipnotizada con el movimiento de sus manos. Cuando le quitó el adhesivo de la cintura la miró a los ojos. —¿Mejor?

—¿Qué estás haciendo, Aron?

—Nos vamos de vacaciones. Te dije que me iba de vacaciones y he decidido llevarte conmigo.

—Tengo que ir a Chicago. Ben me está esperando. Me necesita allí.

Aron apretó los labios. —Sentí mucho lo que pasó con Anthony. Y que tu hermano perdiera su oportunidad de salir, debió ser muy duro para ti.

—Esa frase la tensó y le miró fríamente. —Entiendo que no lo creas, pero…

—Me dijiste que te encargarías de todo y me dejaste tirada en un hospital sin comprobar por ti mismo que estaba bien. Puede que no me quisieras, pero teníamos un acuerdo y tú lo rompiste cuando ya no me necesitabas. Si me hiciste eso a mí que me conocías, me imagino que lo de mi hermano te importaría una mierda. Eres un mentiroso y no me fío ni me fiaré de ti jamás.

Aron apretó los labios levantándose lentamente. —Haré que cambies de opinión.

—Eso es algo que no podrás conseguir. —Miró hacia Rose. —Que le ayudes en esto, cuando tú estabas allí, es realmente sorprendente. —Rose desvió la mirada. —Ya veo. Fiel hasta la muerte, ¿verdad? Aron es el héroe de la familia y todo lo que haga está bien. —Se echó a reír sin ganas. —Me dais pena.

—Lisset…

Miró a Aron con odio. —Entérate bien. Si esto es una venganza por ganarte la partida con Madison, pierdes el tiempo porque no te va a funcionar. ¡Sigue tu vida y yo seguiré con la mía!

Él la cogió por la nuca. —Ahora entérate tú de esto. Decidí que serías mi mujer y lo serás. Eso te lo juro. Sobre todo si todavía quieres esto. —Le puso delante una memoria portátil negra. Lisset miró sus ojos y él sonrió irónico. —¿Sabes lo que es?

—Es mentira. Otra de tus mentiras para conseguir lo que quieres.

—Mis abogados ya se han puesto en contacto con tu hermano. La apelación sigue su curso y antes de un mes saldrá de prisión. Mucho mejor que ese plan de fuga que estás planeando. —No pudo evitar que sus ojos azules reflejaran su sorpresa. —Cuando te fuiste a Chicago hace tres semanas para visitar de nuevo a tu hermano y pasaste todo el fin de semana vigilando las entradas y salidas de la cárcel, me imaginé lo que se te estaba pasando por la cabeza. Mi plan es mejor. Presentamos esto y Ben sale de la cárcel. Sin escándalos, sin más problemas.

—Dame ese pen-drive.

—Y una mierda. Este es el nuevo trato. Nos casaremos en mi yate. Y cuando regresemos, te ocuparás de la empresa como habíamos quedado. Que

Laura Madison te apoye ha sido una maravillosa sorpresa, porque la sociedad neoyorkina no podrá poner en duda que te has ganado el puesto. Seguiremos con nuestros planes. No hay más que hablar.

—Son tus planes no los míos —dijo con desprecio—. Eres mil veces peor que Anthony. Al menos él me quería por encima de todo.

Aron apretó la mano de su nuca. —Te dije una vez que no me compararas con ese cabrón. —La besó como si quisiera castigarla y ella giró la cara mirándole con asco. Aron se tensó con fuerza y se apartó de ella guardándose la memoria en el bolsillo, sentándose de nuevo en su asiento.

—Nena, siéntate en uno de estos sillones.

Se cruzó de brazos mirando por la ventanilla contraria y escuchó como Rose suspiraba. Se pasó allí sentada horas mientras ellos cenaban. Incluso se tumbaron para dormir. Al mirar de reojo, vio que Aron tumbado en su asiento apretaba los labios mirando el techo como si estuviera disgustado. Le importaba una mierda. Miró hacia su ventanilla de nuevo mordiéndose el interior de la mejilla. No pensaba perdonarle. Habían hecho un trato y él lo rompió. Pues que le dieran. No pensaba ceder.

No probó comida ni bebió nada en seis horas y cuando Aron se levantó le miró de reojo. Se acercó furioso hasta ella con una botella de agua en la mano y se agachó a su lado. —Bebe.

—Que te follen. —Se cruzó de brazos mirando hacia la ventana de nuevo aunque no se veía nada.

—Nena, me estás empezando a poner nervioso.

No contestó y él la cogió por los mofletes acercando la botella de agua a sus labios. Los cerró con fuerza y Aron juró por lo bajo derramando el

agua por su pecho al intentar que bebiera.

Entonces sorprendiéndola tiró la botella de agua y la abrazó con fuerza. —No hagas esto —susurró contra su oído—. Te necesito, preciosa. —La besó en el cuello desesperado. —Sé que no lo entiendes, pero te necesito. —Los ojos de Lisset se llenaron de lágrimas porque ella también le necesitaba. Su cuerpo y su corazón clamaban por él. —No volverá a pasar. Te lo juro. A partir de ahora no nos separaremos más.

Una lágrima corrió por su mejilla y sin poder evitarlo le abrazó. Él se apartó y dijo —¡Agua!

Rose les tendió una botella y Aron la abrió ansioso. —Bebe, nena.

Ella lo hizo sedienta y cuando terminó, se sonrojó porque la observaba como un halcón. —Tengo que ir al baño.

—Está allí. —Le indicó el final del avión y ella se levantó. Aron sonrió viéndola alejarse.

El baño no se parecía en nada a un baño de un avión. Hasta tenía ducha. Después de usar el inodoro, se lavó las manos mirándose al espejo. Estaba hecha un desastre, así que al ver la ducha tras ella y sintiéndose sudorosa, se desnudó metiéndose bajo el chorro de agua fría. Cuando se estaba enjabonando, se abrió la puerta y se volvió asustada para ver a Rose que sonrió. —Te he traído algo de ropa.

—Gracias.

—Diré a la azafata que te prepare un sándwich.

—No tengo hambre.

—Hasta que no comas, Aron no se quedará tranquilo.

La miró a los ojos. —No entiendo nada.

Rose apretó los labios. —Lo sé. Pero como ha dicho te necesita. ¿Vas a dejar al hombre que quieres sin darle otra oportunidad?

Se quedó mirando la puerta cuando salió del baño y se quedó allí de pie varios minutos pensando en ello. ¿Le quería? Dios, sí que le quería. Apenas había pasado con él unas horas y se las habían pasado discutiendo la mayoría del tiempo, pero le había echado de menos cada minuto del día como si le faltara algo. La puerta se abrió en ese momento y ella miró hacia allí. Al ver que era Aron se le cortó el aliento. Él cerró la puerta mirándola de arriba abajo y cogió la toalla que estaba a su lado. —Sal, preciosa. Llevas mucho tiempo ahí.

—Aron…

—No pasa nada. Lo solucionaremos. Ven.

Cerró el grifo y salió de la ducha dejando que él la rodeara con la toalla. Pasó la toalla tan suavemente por su hombro que sin poder evitarlo suspiró. Aron besó con ternura su mejilla hinchada antes de bajar hasta sus labios. Pasó la punta de su lengua por su labio superior y Lisset separó los labios sin poder evitarlo dando un paso hacia él. La abrazó por la cintura pegándola a su cuerpo y entró en su boca. Fue como tocar el cielo. Ni se imaginaba todo lo que había echado de menos sus besos hasta ese momento y se juró que jamás volvería a dejar que la separara de él.

Abrazó su cuello disfrutando de sus caricias y levantó la pierna rodeando su cadera sin darse cuenta, gimiendo en su boca cuando sintió la dureza de su sexo. La toalla cayó al suelo y Aron la cogió por la cintura, apartando su boca para besar su cuello, agachándose lentamente y llegando hasta su pecho. Lisset gimió cuando chupó su pezón con fuerza amasando su

otro pecho con la mano. Ella enterró las manos en su pelo mientras sus labios torturaban sus senos. Se incorporó haciéndola protestar cuando dejó de acariciarla y chilló cuando la cogió por la cintura sentándola sobre la encimera del lavabo. Mirandola como si quisiera devorarla, cogió sus piernas por el interior de las rodillas, colocando sus talones en el borde y exponiéndola totalmente. Respirando agitadamente vio cómo se abría el vaquero sacando su miembro erecto y cerró los ojos de placer cuando la acarició con él íntimamente. Aron la cogió por la nuca acercándola a su boca y saboreó sus labios entrando en ella con contundencia, haciéndola gritar de placer en su boca. Desesperada se aferró a sus hombros y abrió los ojos cuando salió de su ser muy lentamente. Separó sus labios y susurró —Me llenas, mi amor.

Los ojos de Aron la miraron con posesividad y entró en ella de nuevo con fuerza, provocando que cada fibra de su ser se tensara de una manera insoportable. —¡Más!

—Sí, cielo. Todo lo que quieras.

No la defraudó. Empezó a moverse con contundencia una y otra vez hasta dejar a Lisset temblando de necesidad. Se abrazó a su cuello y con un último y contundente empellón cada fibra de su ser estalló de felicidad. Mientras volvía al presente entre sus brazos, Aron la besó en el hombro susurrándole lo maravillosa que era. Lisset abrió los ojos y sonrió sin dejar de abrazarle cuando sintió sus labios en el lóbulo de su oreja. —Así que nos vamos de vacaciones.

Él se apartó ligeramente besándola en la punta de la nariz. —Un crucero.

—Nunca he hecho un crucero —susurró contra sus labios—. ¿Nos lo pasaremos bien? —Gimió cuando él se movió en su interior.

—Joder, nena. Van a ser las mejores vacaciones de nuestra vida — dijo antes de besarla como si la necesitara.

## Capítulo 9

Y lo fueron. Desembarcaron cerca de Venecia y como no lo conocía, Aron decidió que se quedaran dos días para que disfrutara de la ciudad. El yate era increíble. Tenía tres cubiertas y muchísimas ventanas tintadas para dar intimidad en el interior. Desde la bañera se veía el mar y disfrutó de ella en compañía de Aron muy a menudo.

Recorrieron el Mediterráneo y la trató como a una princesa. En Mónaco la llevó al casino y como no tenía ropa apropiada, aparecieron en su habitación diez vestidos de noche que eran el sueño de cualquier mujer con los zapatos que hacían juego con cada uno. Para Lisset era como entrar en otro mundo y disfrutó de cada momento. Excepto cuando Aron trabajaba, que eran unas cuatro horas al día en el despacho del yate. Entendía que no podía desconectar del todo con todas las empresas que tenía, pero como también estaba Rose siempre estaba entretenida.

Tres semanas después de su secuestro, estaban tiradas en las lujosas tumbonas blancas del barco cuando un camarero les llevó unos zumos de piña.

—Gracias —dijo Lisset alargando la mano para coger la copa de cristal—. ¿Cuánto tiempo estaremos aquí?

—¿Ya quieres volver?

—¡No! —La miró como si estuviera loca y Rose se echó a reír. —Es

que…

Su amiga la miró de reojo. —No os habéis casado y él dijo que lo haríais en el barco.

—Pareces bruja.

Su amiga sonriendo levantó la cara para que le diera el sol. Estaba guapísima con su moreno dorado, mientras que ella se había puesto bajo la sombrilla porque ya estaba como un tizón resaltando sus ojos azules.

—Debes relajarte. Además, su madre no ha llegado y no va a casarse sin ella.

Se sentó de golpe. —¿En serio viene su madre?

—¡Claro que sí!

Se mordió el labio inferior. —Pero es que la apelación de Ben es en una semana.

—Los abogados se encargan. No debes preocuparte por eso.

—Debería estar allí.

—Le traerán en cuanto salga. —Hizo un gesto con la mano sin darle importancia. —Igual quiere que también venga a la boda. —Le guiñó un ojo al ver la mirada ilusionada de Lisset.

—¿Tú crees?

—No lo he hablado con él, pero es lo que yo haría para que sea el padrino. Relájate y disfruta de tus vacaciones, que te las has ganado. —Se echó a reír. —Cuando me dijo que le habías sacado trescientos millones no me lo podía creer.

—Le escoció, ¿eh? —preguntó maliciosa tumbándose de nuevo.

—Le sorprendió porque él no esperaba que…

Lisset la miró cuando no continuó la frase. —¿Qué no esperaba?

—Nada.

—No esperaba que Laura hablara conmigo.

—No. Fue una sorpresa después de todo lo que había ocurrido. —Su amiga se levantó quitándose el pareo blanco que llevaba. —Voy a bañarme.

Lisset la cogió por la muñeca deteniéndola. —¿Hay algo que Aron no me haya contado?

—¡No! ¿Por qué dices eso?

—Cuando me interrogó la policía, no me preguntó por mi jefe. De hecho no se mencionó nada sobre el tema y cuando hablé con Laura del asunto, al principio se sorprendió aunque acepto mi palabra. Pero me sorprende que habiendo cámaras de seguridad en todo el edificio, no se filtrara la noticia de que Anthony matara a George, porque es algo difícil de ocultar.

—Sabes por propia experiencia que las imágenes pueden desaparecer misteriosamente. Fue lo que ocurrió en este caso. Pero si lo que dudas es si Anthony entró en su despacho, la respuesta es sí. Entró y provocó su muerte.

Lisset suspiró del alivio. Rose confundida se sentó frente a ella. —Creía que ya no tenías dudas sobre eso.

—¿Cómo no voy a tener dudas si nadie me ha contado nada? La policía…

—El caso está cerrado con la muerte de Anthony y no fue difícil que cerraran la boca. Un par de millones en las manos adecuadas y todo el mundo se hizo el despistado. Además la viuda no montó escándalos, así que a nadie le interesaba demasiado el tema por un hombre que realmente murió por un

infarto.

Miró sorprendida a Rose. —¿Aron sobornó a la policía?

—Pareces nueva. Dijo que se encargaría de todo, ¿no es cierto? No podía dejar que el nombre de su prometida se ligara a un asunto tan turbio y que la gente pudiera acusarte de que tú habías provocado a Anthony de alguna manera. Así que alejó el asunto de ti y siguió con la fusión como estaba previsto. Cuanto menos aparecieras, mejor. Por eso se sorprendió cuando te vio entrar en la sala de juntas. Al ver que Laura Madison tenía buen rollo contigo, se relajó de nuevo porque era obvio que no iba a crear problemas, que era lo que se temía si la viuda te veía, porque de alguna manera…

—Había provocado la muerte de su marido. —Rose se la quedó mirando. —Tenía intención de que yo dirigiera la empresa, ¿verdad? Pensaba volver a por mí.

—¿Tú qué crees?

Se alejó de ella y se tiró por la borda de cabeza antes de que pudiera responder. Lisset se quedó mirando la borda viéndola alejarse del barco nadando los dos kilómetros que hacía todos los días. Necesitaba respuestas y era obvio que Rose no quería contárselo todo.

Se levantó y caminó descalza sobre el impecable suelo blanco atravesando el salón y bajó las escaleras cruzándose con uno de los tripulantes del barco, que se llevó la mano a la visera de la gorra en señal de saludo antes de subir a toda prisa. Ella caminó por el pasillo y se acercó al despacho.

—¡Joder James, me dijiste que no habría problemas! ¡Qué el defecto

de forma os valdría para solucionarlo!

Lisset se detuvo en seco apoyando la mano en la pared. ¿James? ¿El abogado? Intentando enterarse agudizó el oído acercándose a la puerta que apenas tenía abierta una rendija.

—¡No! ¡No puedo utilizar las imágenes porque se demostraría que Ben sí participó en el robo porque estaba en el coche esperando a que saliera! Si cortamos las imágenes tendrán la cara del asesino y dirá la verdad de lo que ocurrió. El nombre de mi mujer debe quedar limpio, ¿me has entendido?

Se le cortó el aliento. —¡Haz tu trabajo! ¡Debes estar de broma! ¡Me importa una mierda que ya haya cumplido la condena por participar en el robo! ¿Sabes todo lo que he tenido que hacer para que nada salpicara a Lisset? ¡Casi la pierdo! —gritó furioso—. ¡No voy a dejar que ese niñato nos joda la vida, porque los rumores sobre su hermano expresidiario nos persigan siempre! ¡Además, tarde o temprano algún periodista averiguaría lo de ese abogaducho toca pelotas al investigar su vida y si tira del hilo, como las circunstancias de su muerte, todos terminaremos de mierda hasta el cuello!

Los ojos de Lisset se llenaron de lágrimas. —Te he dicho mil veces que cuando me comprometí con ella, no sabía que el hermano que tenía en la cárcel era inocente. ¡Pensaba que se pasaría los próximos veinte años en la cárcel y que no importaba! ¡Deja de joderme con el tema! Me importa poco lo que la prensa diga de mí, pero como toquen a mi familia vamos a tener problemas porque no me voy a detener ante nada. ¡Entonces sí que vas a tener trabajo para sacarme de la cárcel! —Escuchó como colgaba el teléfono con fuerza y como algo se estrellaba contra la pared.

Una lágrima recorrió la mejilla de Lisset porque ya sabía todo lo que

necesitaba. No podía perjudicarle de esa manera. No era justo. Si se casaban, tarde o temprano alguien de Nueva York o Chicago diría algo que la relacionaría con Anthony. Su muerte y todo lo que la rodeaba saldría a la luz. No podía dejar que Aron fuera a la cárcel por sus errores. No estaba segura de cómo había conseguido las imágenes de Anthony, pero no las debía haber conseguido legalmente. Después estaba el tema de los sobornos. La había alejado todo lo posible hasta que pasara la tormenta, pero aún quedaba el tema de Ben. Y ella no podía dejar que su hermano se quedara en la cárcel para que ella fuera feliz. Puede que hubiera hecho mal, pero le quería y necesitaba que su hermano saliera de aquel sitio. No había matado a nadie y no debía seguir en prisión. Otra lágrima recorrió su mejilla porque estaba claro que ambas cosas eran incompatibles. No podía seguir con Aron y sacar a Ben de la cárcel.

Se giró lentamente y sin hacer ruido regresó a su tumbona. Cuando Rose volvió, charló con ella como si nada, disimulando el dolor que tenía dentro.

Aron estaba sobre ella después de hacer el amor y se miraron a los ojos mientras distraído apartaba su cabello negro de su frente con suavidad.

—Estás preciosa.

Lisset sonrió acariciando su espalda. —¿Sabes que te quiero?

—Eso me recuerda que no nos hemos casado. ¿Qué tal si lo hacemos mañana?

Sabía por qué lo hacía. Había tenido la esperanza de que su hermano estuviera allí, pero ahora que no lo veía posible, quería atarla a él para que no se le escapara. Y no podía consentirlo.

—Mañana vamos a Creta.

—Podemos hacerlo por la noche. La tripulación decorará el barco.

Podemos comprar un vestido blanco en nuestra salida. —La besó suavemente en los labios. —¿Qué me dices, futura señora Carter-Morris?

Los ojos de Lisset se llenaron de lágrimas porque no había nada que quisiera más que ser su mujer para siempre. —Nada me gustaría más.

Aron sonrió y se apartó de ella tumbándose a su lado para sacar algo de la mesilla de noche. —Esto te lo había comprado hace semanas.

Lisset se sentó como un resorte haciéndole reír al poner sobre las sábanas de seda una cajita roja. —En realidad me lo llevaron a mi casa el mismo día que me enviaste el email amenazándome con hundir mi empresa. —Divertido le guiñó un ojo. —Tardé una hora en decidirme entre todos los que me enviaron, pero creo que éste es el que más te gustará. Ábrelo. —Se echó a reír. —Como ya me has dicho que sí, no tengo que hacer la pregunta de nuevo.

Emocionada cogió la caja a toda prisa y la abrió mientras se reía.

Jadeó asombrada por el diamante en talla baguette sujeto por un fino aro de platino. —¡Aron! Es…

—¿Enorme?

Se tiró sobre él y le besó por toda la cara, hasta que recordó que nunca podría casarse con ese hombre que le había robado el corazón. Se apartó sonriendo y él se puso serio mirando sus ojos. —¿Qué ocurre, nena? ¿No te gusta?

—Me encanta. No me lo quitaré nunca, porque significa que soy tuya para siempre.

Aron sonrió. —Y yo tuyo, ¿no? Para estos casos debería haber dos anillos como los del matrimonio.

—¿Te lo pondrías?

—No sé. ¿Me van los diamantes?

—Me van más a mí.

Aron se echó a reír asintiendo y cogió el anillo de la caja, poniéndoselo en su mano derecha. —Perfecto. Como tú. —Él levantó la vista hasta sus ojos y vio que estaban cuajados en lágrimas. —¡Eh! ¡Eh! Es un momento feliz.

—Soy muy feliz. —Besó sus labios con amor y le abrazó intentando recordar siempre su olor, el tacto de su piel y el sonido de su voz. —Te amaré siempre.

—Lo mismo digo, preciosa. Has sido toda una sorpresa en mi vida, te lo aseguro.

Se apartó sorprendida. —No me lo habías dicho nunca.

—Es que eres irresistible.

Se tumbaron en la cama de nuevo y se miraron a los ojos. —¿Me prometes una cosa?

—Lo que quieras.

—Si algún día te enfado tanto que llegues a odiarme, recuerda que te quiero.

Aron le acarició la mejilla mirándola con amor. —¿Por qué iba a enfadarme contigo? Eres todo lo que siempre he querido.

Le cogió la mano y la apretó contra su pecho. —Y tú eres lo que siempre he querido yo, mi amor. Por mucho que me odies no lo olvides

nunca.

—Lisset, ¿pero qué dices?

Disimuló sonriendo porque empezaba a preocuparse. —Me has hecho muy feliz.

Pareció aliviado. —Ahora duerme que mañana va a ser un día intenso.

—La besó suavemente y cuando se iba a separar ella profundizó el beso para recordarlo siempre. Acarició su pecho hasta llegar a sus abdominales. Apartó sus labios mirándole a los ojos y besó su pecho antes de sacar la lengua y rodear su pezón cortándole el aliento.

—Preciosa, estás jugando con fuego —dijo con voz ronca.

—Tenemos que celebrarlo. —Chupó su pezón sensualmente y Aron gimió tensándose hasta arquear su cuello hacia atrás. —¿Te gusta, cielo? —Besó su vientre con la punta de la lengua metiéndosela en el ombligo. Acarició sus fuertes muslos y subió sus manos de nuevo para arañar su abdomen antes de pasar la lengua por su miembro ya erecto. Él casi salta de la cama levantando la pelvis con fuerza. —Shusss, tranquilo cielo…

—Nena, así no podré aguantar mucho.

—¿No me digas? —Acarició el miembro con su mano, antes de acariciar la punta con la lengua de nuevo haciéndole perder el control. Aron la cogió tumbándola de cara al colchón y se sentó sobre su trasero. —Cariño… —Se echó a reír cuando amasó sus nalgas antes de gemir de placer porque sus manos subieron por su espalda hasta meterlas por debajo de sus axilas y acariciar sus pechos. —Dios.

—Esto te va a encantar —susurró contra su oído antes de introducir su miembro endurecido en ella haciéndola gritar de placer. Al tener las

piernas cerradas esa posición la estrechaba muchísimo y el miembro de Aron parecía mucho más grande. Gimió de necesidad y apretó la almohada entre sus puños—. ¿Te gusta, nena? Lo sabía. —Aceleró el ritmo y sin poder evitarlo ella arqueó su espalda. —Sí, ¿quieres más?

—¡Sí! —gritó con fuerza muerta de necesidad y Aron fue más contundente, haciendo que todo su cuerpo se tensara de tal manera que pensó que moriría de placer hasta que le dio más y más con tal ímpetu, que todo estalló en un placer infinito.

Cuando él se durmió abrazándola, miró su anillo en su mano y apretó los labios por todos los sueños que había tenido en esas semanas que nunca se cumplirían. Cerró los ojos intentando no llorar por esos sueños perdidos, algo que era casi imposible por el dolor que sentía por perder lo que más amaba. Acarició sus brazos intentando disfrutar de cada segundo que le quedaba a su lado.

Una hora después estaba en su despacho y no le costó encontrar el pen-drive con las imágenes, pues estaba en la caja fuerte. La combinación la tenía apuntada dentro del tercer cajón del escritorio con varias combinaciones más y claves de acceso. Comprobó que era el archivo que estaba buscando y se le cayó el mundo a los pies al ver a su hermano en la pantalla del ordenador esperando con el coche en marcha ante la puerta de la gasolinera. Vio cómo su hermano giraba la cabeza y saltaba del coche para correr dentro intentando salvar al tipo que estaba tras el mostrador. Su compinche se largó en el coche dejándolo allí. La cara de asombro de su hermano mirando el cadáver era evidente y se llevó las manos a la cabeza incrédulo antes de gritar pidiendo ayuda.

Ver esas imágenes la decidió. Sacó el pen del ordenador después de enviar el archivo a su correo electrónico y escribió una carta.

*“Hola cielo.*

*Me hubiera gustado decirte esto en persona, pero creo que es mejor así porque sé que no te lo vas a tomar bien y no quiero que nuestras últimas palabras sean a gritos.*

*Cuando te conocí no me gustabas nada*. —Sonrió sin poder evitarlo.

*— O quizás era la opinión que ya tenía formada de ti. Ligas fatal, así que cuando en la cena fui tan agresiva era porque no te conocía. Aunque esa atracción siempre ha estado ahí, ¿verdad? No pude evitar enamorarme de ti y por eso me dolió tanto que no fueras a verme al hospital o no me llamaras. Pero ahora entiendo que no lo hiciste para protegerme. ¿Pensabas que no lo entendería? Supongo que pensabas que tenía una opinión pésima de ti y que creería que en realidad me dejabas tirada para cubrir tu empresa. Y es exactamente lo que pensé, así que me conoces muy bien. Como de todas maneras me enfadaría contigo, cortaste por lo sano para no empeorar nuestra relación, ¿verdad? Has intentado protegerme desde que te enteraste de lo de Anthony, pero no puedo dejar que Ben se quede en la cárcel. Seguro que tampoco me lo has contado para que no me preocupara, pero esto no es otra de tus responsabilidades. Entiéndelo, cielo, no sería feliz teniendo sobre mi conciencia la infelicidad de mi hermano. Y lo sabes. No es justo que esto te salpique a ti o a tu familia y se sabría tarde o temprano. Una vez dijiste que protegía a los que quería por encima de todo y pienso seguir haciéndolo por mucho que me duela. Protegeré a Ben de sus errores hasta la muerte y lo haré contigo, porque también has cometido imprudencias al intentar*

*protegerme a mí. Está en nuestra naturaleza, ¿no? No me querrías si no fuera así. Por eso ahora tengo que pedirte una cosa. No me busques, por favor. Ben saldrá de la cárcel y seguiremos con nuestras vidas. ¿Me lo prometes? Sé que tienes recursos para buscarme, pero no te lo voy a poner fácil, te lo aseguro. Sigue con tu vida.* — Una lágrima cayó por su mejilla. — *Nada me gustaría más que enterarme dentro de unos años de que has sido plenamente feliz y que has tenido pequeños tiburoncitos que alegran tu vida. Dile a Rose que gracias por librarme de Anthony y que entiendo lo que ocurrió después. Y a ti te recuerdo que no puedes enfadarte conmigo porque me quieres.*

*Lisset*"

Dejó la carta sobre la mesa del escritorio y miró a su alrededor dejando la caja fuerte abierta para que viera que había cogido el pen, aunque ya no lo necesitaba. Salió del despacho dejando la puerta cerrada y fue hasta la popa viendo la costa de Mikonos a unos metros. Recogió la bolsa estanca donde había guardado su bolso y se lo puso en bandolera antes de meterse en el agua en silencio con la almohadilla de poliespán en la mano que utilizaría por si se cansaba antes de llegar a la costa.

## Capítulo 10

Sentada en la mesa de la cocina miraba por la ventana cómo su hermano se acercaba desde la playa con un par de pescados en la mano. Sonrió porque tenía un aspecto impresionante. Su piel estaba muy morena y sus músculos estaban muy marcados, pues no había dejado de hacer ejercicio intentando mejorar la casa. Suspiró mirando a su alrededor y se acarició su pequeño vientre pensando en que el color amarillo para los armarios había

quedado bien. Había utilizado el dinero de su comisión por la venta de Madison para comprar esa casita en la costa de Santo Domingo. La había comprado a través de una sociedad de su propiedad y vivían allí bajo una identidad falsa. La sorprendió lo rápido que había sido todo. Un amigo de Ben de la cárcel les había hecho los papeles y se fueron apenas dos horas después de que le pusieran en libertad, porque las imágenes del asesinato salieron en las redes y en todas las televisiones, provocando el escándalo. Libre para irse del país podían haberlo hecho bajo su nombre, pero sabía que Aron les buscaría, así que no fue a recoger a su hermano a prisión y se reunió con Ben después de darle especificaciones a través del teléfono móvil que tenía en su celda. Aunque la prensa le seguía para conseguir sus declaraciones, consiguió despistarlos a todos para llevarle hasta una taquilla con teclado numérico donde tenía ropa nueva y su nueva documentación. Así que sentada en el asiento del avión, vio llegar a su hermano que sonrió sentándose a su lado. —Lo siento.

Lisset le cogió la mano y miró al frente no queriendo llorar por lo que ella había perdido. —¿Listo para una nueva vida?

—¿Lo estás tú?

—Lo estaré. —Apretó su mano. —Seremos felices, ya verás.

Ben entró en la cocina levantando sus trofeos trayéndola al presente.

—Menudo festín. Cada vez lo haces mejor—dijo forzando una sonrisa.

—Me llevó cuatro meses que picara el primero, pero ahora parece que se están animando a llenarnos la barriga.

Ella miró con asco las dos piezas y cuando el olor llegó hasta ella, salió corriendo hasta el baño de abajo. Ben hizo una mueca. —Muy bien, si te

pones así, dejaré de pescar.

Cuando dejó de vomitar fue hasta la cocina y bebió medio envase de zumo. Estaba agotada. Siempre le pasaba después de vomitar. —Voy a acostarme un rato.

Su hermano asintió sentado en la cocina con el portátil ante él. —Muy bien.

Ella se acercó. —¿Qué miras? ¿Te han enviado tus amigos correos electrónicos, jefe?

—Ja, ja. —Cerró la tapa del ordenador sorprendiéndola porque parecía que no quería que leyera lo que miraba. —Acuéstate. Yo haré la comida. Al menos la cárcel ha servido para algo.

—Eres un cocinero de primera. —Le besó en la frente. —Todo va bien, ¿verdad?

—Claro que sí. Vivo como un rey y vas a tener un bebé. ¿Qué puede ir mal?

Lo dijo de tal manera que no se quedó tranquila, pero aun así sonrió saliendo de la cocina pensando en ello. Estaba claro que le ocultaba algo y el temor a que estuviera en problemas de nuevo no la dejó dormir dando vueltas en la cama.

Se levantó y vio a su hermano por la ventana en el jardín regando las plantas que ella se había empeñado en tener, a pesar de que ninguno de los dos había tenido jardín nunca y no tenían ni idea de lo que hacían.

Apresurándose bajó las escaleras y vio el portátil sobre la mesa de la cocina. Mirando hacia la ventana lo encendió a toda prisa y buscó en el historial. Hizo una mueca al ver un par de páginas porno y eso le recordó que

el pobre hacía años que no tocaba a una mujer. Pobre de la que pillara, porque no se iba a levantar de la cama en semanas. Al ver varias páginas de periódicos y canales de televisión de la costa este, frunció el ceño. Pinchó la del Times y al ver la cara de Aron en la primera página su corazón saltó en su pecho. Estaba guapísimo. En la foto parecía que estaba dando unas declaraciones a la prensa y Lisset frunció el ceño porque parecían los juzgados. Al ver el pie de foto leyó: "Carter-Morris se enfrenta a treinta años de cárcel y se declara inocente en su primer día de juicio."

—¡Inocente de qué! —gritó ella leyendo a toda prisa el reportaje.

Palideció a medida que avanzaba y cuando su hermano entró en la cocina ni se dio cuenta mientras pinchaba en un canal de noticias para ver a Carter salir del juzgado poniéndose ante las cámaras con James detrás. Los periodistas empezaron a hacerle mil preguntas y asombrada miró a Ben que apretó los labios. —¿Cuándo empezó esto?

—Hace dos semanas. Con las declaraciones ante la prensa de uno de los grumetes del barco. Después se investigó si estuviste allí e interrogaron a la tripulación. Y tu desaparición provocó todo lo demás. Le acusan de secuestro y asesinato. Incluso han encontrado al taxista por las declaraciones de uno que cargaba el avión que se quedó asombrado cuando te escuchó gritar que te estaban secuestrando. También acusan a Rose porque fue la que te golpeó al subir al avión. Después todo vino rodado. La pelea en el restaurante con Anthony, la muerte de George. Todo ha salido a la luz.

—Dios mío. —Se llevó la mano a la frente mareándose. —¿Por qué no me lo dijiste? —gritó medio histérica.

Él apretó los labios. —No quería preocuparte.

—¿No querías preocuparme? —Palideció mirándole a los ojos. —Querías vengarte, ¿verdad? Porque él te hubiera dejado en la cárcel si yo no hubiera intervenido.

—¡Para que sepa lo que es que te acusen sin motivo! ¡Hubiera ocultado las imágenes por protegerte! ¡Me pasé dos años acusado de asesinato!

—¡Maldito egoísta! ¿Sabías que le quería y te has callado algo así?

—Sus ojos se llenaron de lágrimas angustiada por Aron. —¡Nunca me has querido!

Ben palideció. —No digas eso. Sabes que no es así.

—¡Si lo hubieras hecho no habrías robado en esa gasolinera! ¡Lo arriesgué todo por sacarte de la cárcel e incluso me acosté con ese psicópata para conseguir el video, simulando que estaba encantada de estar a su lado para que te sacara de aquel infierno! ¡Aron quiso protegerme precisamente de lo que él está sufriendo en este momento y puede ir a la cárcel!

—¡Empezaste a salir con Anthony porque querías!

—¡Pero seguí con él por ti!

—¡Te dije que te fueras!

Se levantó mirándole como si no le conociera y se acercó a él. —Si me quisieras, como yo te quiero a ti, me hubieras dicho que desapareciera en cuanto me amenazó la primera vez, pero me dijiste que no podía dejarle. ¿Lo recuerdas? ¡Qué te sacara de allí! Y solo porque creías que te daría el video, me dijiste que me fuera si quería recuperarme.

—No, no fue así. —Se pasó la mano por el cabello rogándole con la mirada. —Yo te quiero, te lo juro. Eres la persona que más quiero en esta

vida.

—Pues haz las maletas porque nos vamos a Nueva York. Ahora vas a demostrar que me quieres por una maldita vez. —Le señaló con el dedo. —Y cómo te metas en más líos, te corto las pelotas y ya no podrás visitar esas páginas porno que te gustan tanto.

Ben se puso como un tomate. —Qué mala leche tienes.

—¡Mueve el culo! —gritó como si fuera un sargento.

—¿Por qué? ¿Por ese tío que te dejó tirada cuando estabas con dos costillas rotas en la cama de un hospital? —gritó furioso—. ¿No pudo llamarte? ¿No pudo enviarte un mensaje explicándote lo que iba a hacer? ¡Despierta, Lisset! ¡No pensaba volver contigo! ¡Lo hizo porque le demostraste que puedes ser una enemiga a su altura y te uniste a la viuda de tu jefe limpiando tu imagen! —Lisset sintió que algo en su pecho se resquebrajaba. —¡Por eso volvió contigo! ¡Pero yo sobraba! ¡Y como no podía sacarme de la cárcel sin revelar que sí estaba metido en el robo, decidió que era mejor no sacar a la luz las imágenes! ¡No hubiera salido de allí hasta que cumpliera mi condena!

Le miró con sus ojos azules y le pegó un tortazo que le volvió la cara.

—¿Quieres saber por qué sé que estás equivocado? ¡Porque en cuanto se alejó de mí, dejándome en esa cama del hospital como tú dices, buscó las imágenes que te exculpaban! —Ben palideció. —Si se hubiera olvidado de mí, nunca las hubiera buscado porque no le interesaban, ¿no crees? —Entonces algo creció en su pecho porque estaba convencida que Aron la amaba por encima de todo y se lo había demostrado. Ahora se lo iba a demostrar a él. —¡Mueve el culo antes de que te lo patee, porque tengo que

sacar al padre de mi hijo de este lío!

—Señor Spall, usted estaba presente el día que secuestraron a la víctima, la señorita Lisset Sullivan, ¿no es cierto?

El hombre se acercó al micro evidentemente nervioso y carraspeó haciendo pitar el micro. —Sí. Perdón. Sí.

Varios miembros del jurado rieron por lo bajo y la juez Bonneville golpeó con la maza. —Silencio en la sala. Continúe, señor Wells.

El fiscal sonrió. —Cuéntele a la sala lo que ocurrió ese día.

Volvió a carraspear. —Pues verá, yo estaba cargando las provisiones que se iban a llevar en el avión y vi llegar un taxi. La señorita Morris se acercó al taxi y vi a la víctima en el asiento trasero. Al poco llegó Aron Carter-Morris y la señorita salió corriendo y gritando que la estaban secuestrando.

—Protesto señoría, si eso hubiera sido así, el testigo sería colaborador necesario para el secuestro, porque tengo entendido que no llamó a la policía —dijo James desde su asiento sonriendo de oreja a oreja.

El tipo se sonrojó. —¡Si lo hubiera hecho, sobre todo cuando la señorita Morris le pegó el puñetazo que la dejó sin sentido, pero mi jefe me dijo que me metiera en mis asuntos!

—No a lugar —dijo la juez muy interesada—. Continúe señor Wells.

—Continúe desde que la víctima se bajó del taxi —dijo el fiscal.

—Huyó de ellos corriendo y a gritos pedía ayuda. El señor Carter-Morris la siguió corriendo y la agarró llevándola de nuevo hacia el avión.

—¿Ella se resistía?

—¿Qué si se resistía? Hasta le pegó un cabezazo para que la soltara.

Los rumores recorrieron la sala y Rose miró de reojo a Aron, que apretó los labios muy serio.

—¿Qué ocurrió después?

—Que la señorita Morris la golpeó y la pobre muchacha perdió el sentido. El señor Carter-Morris la cogió en brazos y la metió en el avión. No la vi más.

—No hay más preguntas, señoría.

—¿Señor Carpenter?

—No hay preguntas.

—Puede retirarse del estrado.

El hombre se estaba levantando cuando escucharon —¡Qué me deje pasar, imbécil!

Aron sonrió y miró a Rose que suspiró del alivio. —¡Ben, quítamelo de delante antes de que me cabree!

—¿Qué pasa ahí fuera?

—Mi mujer acaba de llegar, señoría.

Asombrados miraron a la puerta de madera justo cuando se abría de golpe y Lisset entró en la sala caminando como si fuera a la guerra. El fiscal dejó caer la mandíbula al ver a su víctima vestida con un vestido rosa premamá, con el cabello suelto y preciosa. Era obvio que estaba vivita y coleando.

Lisset se detuvo en medio del pasillo mirando a su alrededor y cuando vio a Aron le señaló. —¡Tú! ¿Cómo se te ocurre no decir que estoy viva?

—Nena, no podía demostrarlo. Te fuiste sin darme tu nueva dirección.

—Aron se levantó abrochándose la chaqueta devorándola con la mirada. —

Estás preciosa, Lisset.

Ella se sonrojó de gusto y sonrió viéndole acercarse. Abrió la puertecita de madera llegando hasta ella y la miró a los ojos. —Estoy embarazada.

—Eso ya lo veo.

—No me enteré antes de lo que ocurría aquí, porque sino…

—Lo sé.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mirándole y comprobando que estuviera bien. —Te he echado de menos.

—Yo a ti no.

Asombrada vio cómo se apartaba de ella y se volvía hacia la jueza que los miraba con la boca abierta al igual que todos los demás. —¿Puedo irme?

La juez asintió. —¿Cómo que no me has echado de menos? —gritó ella reaccionando.

—Nena, lo hablaremos en casa.

—Uy… ¡Aron no me provoques, que sabes que tengo mal carácter!

—Ahora lo entiendo todo —dijo uno de los del público—. Ésta es de armas tomar.

—Oiga, ¿por qué no se mete en sus asuntos?

Aron la cogió del brazo tirando de ella hacia la puerta. —Nena, cierra la boca. Ya han hablado bastante de nosotros, ¿no crees?

Ben apareció a su lado flanqueándola y cuando Aron la metió en un baño, Rose entró detrás con su hermano y su abogado.

—Aron la prensa está en la puerta esperando —dijo su prima guiñándole el ojo.

Ella la ignoró mirando a Aron que de repente había perdido la sonrisa.

—¿No me has echado de menos?

—¡Estaba demasiado furioso para echar de menos nada! —le gritó a la cara—. ¡Lo hubiera solucionado sin escándalos y míranos ahora! ¡Asuntos internos está investigando a los policías implicados en la investigación de la muerte de George!

Palideció mirándole y su hermano carraspeó. —No creo que eso importe ahora, porque teniendo en cuenta todo lo que han metido la pata con esto, no te van a acusar de nada más a no ser que te cargues a alguien en medio de Times Square.

Todos miraron a James que asintió. —Ben tiene razón. No se querrán meter contigo de nuevo.

Rose suspiró del alivio. —Bueno, pues asunto arreglado. —Sonrió a Ben —Por cierto, soy la prima de tu futuro cuñado.

—¡No me ha echado de menos! —gritó indignada—. ¡Ya no me caso!

—El que no se casa soy yo.

—Ya empezamos —dijo Rose molesta al ver el dolor en los ojos de Lisset—. Mejor hablamos de esto en casa.

Ben se tensó. —Maldito cabrón. ¿Va a tener un hijo tuyo, ha venido hasta aquí para salvarte el pellejo y tú le haces daño?

Se tiró sobre Aron y cayeron al suelo del baño y Lisset vio horrorizada como las dos personas que más quería en el mundo empezaban a darse de puñetazos. No se lo podía creer. Había ido hasta allí y ninguno de los dos demostraba que le importaban sus sentimientos evitándole ese mal trago.

Rose cruzada de brazos daba golpecitos en el suelo. —¿Queréis dejarlo ya? ¡Se ha ido!

Aron a horcajadas sobre Ben miró hacia atrás antes de recibir un golpe en el estómago que le tiró al suelo de nuevo y Ben vio que Lisset no estaba. —¿Dónde está mi hermana?

—¿Acaso te importa? ¿Os importa a alguno?

Aron se levantó corriendo y salió del baño casi arrastrándoles. Corrió hacia la salida, pero la prensa se tiró sobre él para preguntar qué era lo que había ocurrido. Sin contestar intentó pasar y vio una melena negra meterse en un taxi. Al ver que ella miraba hacia las escaleras, palideció al darse cuenta de que Lisset estaba llorando.

## Capítulo 11

—Me alegro muchísimo de ver que estás bien. —Lisset sorbió por la nariz mirando a su amiga Jossie, que sentada en su sofá a su lado hizo una mueca. —Bueno, ya me entiendes. Pensaba que la habías palmado.

—Siento no haberte dicho dónde estaba, pero…

—No pasa nada. —La miró atentamente. —Es increíble, estas más guapa que cuando te fuiste. El embarazo te sienta muy bien.

Acarició su vientre con cariño. —Es una niña. —Entonces se echó a llorar de nuevo porque Aron no lo sabía.

—Eh, eh… Espero que sean las hormonas, porque mi amiga no estaría llorando por las esquinas. Mi amiga le pondría las cosas muy claritas a ese tipo.

La miró avergonzada. —Te mentí con lo de Anthony.

—No, no me mentiste porque me di cuenta enseguida de que mentías.

Lo haces fatal. Sabía que te acosaba, aunque tú lo negaras. Además, un día después de ir al bingo bebiste unas cervezas de más y hablaste de un ex que era muy pesado. Supe que hablabas de el porque se te escapó su nombre sin darte cuenta.

—Aron dice que miento muy mal. —Sonrió con tristeza.

—Y es verdad. Pero lo dices como si fuera un defecto y yo lo veo como una virtud. Eres tan transparente que te es difícil disimular. No como yo, que miento de miedo. —Al ver su cara de incredulidad asintió. —De verdad. ¿Te acuerdas de Rupert?

—Dios mío, no me digas que sigues saliendo con él.

Jossie se echó a reír. —Claro que no. Volví a quedar con él y le di esa lección que se merecía.

—¿Qué hiciste?

—Le até a la cama.

Abrió los ojos como platos. —¿Qué?

—Le puse las pilas y terminó suplicándome que saliera con él, después de darle un repaso que le dejó temblando literalmente. Se puso algo pesado durante los días siguientes. Le dije que me dejara en paz hasta que no aprendiera a comerme el…

—¡No lo digas! —chilló haciéndola reír.

—No volviera. Debe estar practicando porque no me ha vuelto a llamar.

—¿Y qué le vas a decir cuando vuelva?

—¿Crees que volverá? —lo dijo con tanto deseo que vio que estaba enamorada.

—Madre mía, vaya dos. —Se quedaron en silencio mirando al frente.

—Somos un desastre —susurró pensando en Aron.

—No es cierto… —dijo Jossie intentando convencerse.

—Estoy embarazada de un hombre que no quiere casarse conmigo y del que estoy enamorada. Cuando le conocí le llamé de todo, por culpa de un ex mataron a mi jefe y él intentó protegerme, pero yo por proteger a mi hermano, desaparezco después de que me pidiera matrimonio y de que me dijera que me quería.

—Sí, eres un desastre.

—Y tú estás enamorada de un capullo que pasaba de ti y que cuando mostró interés le diste la patada.

—No se la di del todo.

—¡Le humillaste diciendo que no sabía lo que hacía, Jossie! En lugar de decirle cómo se hacía, le humillaste incluso enamorada de él y lo hiciste por orgullo.

—¡Me dijiste que lo hiciera!

—¡Cuando no le querías!

—¿Y cuál es la diferencia? Tenía que vengarme porque me había hecho daño.

Se le cortó el aliento mirando a su amiga y jadeó levantándose. —¿Qué has dicho?

—Tenía que vengarme. Se comportó como un capullo en nuestra primera cita.

La cabeza de Lisset le empezó a dar vueltas al asunto. Ella le había insultado cuando le conoció, pero aun así le pidió matrimonio, le había

sacado muchos millones de más por lo de Madison y aun así la secuestró. Le había pedido que se casara con él y ella se había ido provocando que le detuvieran. ¡No le había dado la oportunidad de vengarse de ella! Él era Aron Carter-Morris, un tiburón en los negocios y siempre quería tener la razón. Desde que ella había entrado en su vida, no le había dado la razón en nada y le había complicado mucho la vida. ¡Le había dicho que no se casaría con ella porque estaba cabreado! ¡No porque hubiera dejado de quererla!

—Eso es.

—¿Qué?

—Le he quitado algo…

—¿De veras? No tienes pinta de choriza.

—¡Jossie! ¡Le he quitado su oportunidad de vengarse de mí!

—Te hizo daño cuando te abandonó…

—¡Pero lo hizo por mi bien!

—¡Y tú le dejaste por el bien de todos! ¿Qué diferencia hay?

Anda, pues era verdad. —Ninguna.

—Tienes las hormonas a flor de piel. Siéntate, bonita. —Dio dos palmaditas en el sofá. —Estás tan loca por él que hasta te arrastrarías porque se casara contigo. Menos mal que estoy yo aquí para ponerte los puntos sobre las íes.

—¿Tú crees? —Se dejó caer sobre el sofá.

—Vamos a hacer una cosa. Pediremos pizza y veremos una peli. Nos olvidaremos de los hombres por una noche para despejar la cabeza y mañana después de dormir a pierna suelta, volvemos a la carga con un plan que le deje temblando.

—Sí, un plan que le haga sufrir.

Jossie puso los ojos en blanco. —Sí, ya. ¿Pido pepperoni?

Se sentó sobre la cama de golpe con los ojos como platos. —¡Ya lo sé! —gritó sobresaltando a Jossie que estaba tumbada a su lado.

—¿Qué? —Encendió la luz. —¿Es el bebé?

Sonrió radiante besándola en la mejilla. —¡Ya sé lo que voy a hacer!

—Saltó de la cama corriendo hacia su ropa mientras Jossie parpadeaba. —Le voy a dejar de piedra.

—¿No me digas? —Se apoyó en las almohadas. —¿Y no puedes dejarle de piedra por la mañana? ¡Son las tres!

—¡Tengo que ponerme a trabajar! ¡El tiempo es oro! —Salió de la habitación con el bolso en la mano y Jossie escuchó el portazo de la puerta principal.

—Madre mía, ¿qué hará ahora? Espero que esta vez no acabe en primera página de nuevo.

—¡Señores, silencio! —gritó el presidente de MST a sus empleados en la sala de juntas. Desesperado se reclinó en su sillón. —¡No quiero discusiones estúpidas, quiero soluciones!

—¡Pues ya estoy aquí! —Lisset cerró de un portazo sonriendo de oreja a oreja. —Para quien no me conozca, soy Lisset Sullivan y vengo a pedir trabajo porque creo que tienen una pequeña crisis entre manos.

—Es la novia de Carter-Morris —susurró uno de ellos impresionado.

—Uy, si esa es la información que manejan, no me extraña que estén tan perdidos. —Caminó hacia su nuevo jefe. —¿Qué me dices, Milton? ¿Me das el puesto?

—¿Cómo sé que no eres su espía?

—Voy a ser franca —dijo mirándole a los ojos—. Aron va a ganar. Perderás la empresa. Solo necesita tiempo porque tiene la mejor empresa de mensajería del país. ¿La cuestión es cuánto quieres sacar tú de esto? Laura Madison sacó cien millones más gracias a mí.

—Eso es cierto.

—Pues entonces te garantizo que si sigues mis instrucciones, sacarás todo lo posible. —Alargó la mano mientras todos murmuraban escandalizados. —Soy algo rencorosa y mi prometido se ha portado mal.

Milton Stuart se levantó mirándola de arriba abajo y apretó su mano sorprendiéndoles a todos. —Trato hecho.

Lisset sonrió. —No te arrepentirás, te lo garantizo.

—Tengo la sensación de que eres totalmente sincera.

—No lo dudes. Aron dice que miento fatal.

Dos semanas después

Lisset entró en el restaurante y sonrió al maître. —Milton Stuart me está esperando.

—Venga por aquí, señora.

Leche, como le fastidiaba que la llamaran señora desde que se le notaba el embarazo. Sonrió acordándose de toda su familia y le siguió hasta la mesa de Milton que hablaba con un hombre que le daba la espalda. Parecían inmersos en la conversación y ella sonrió divertida acercándose a Aron por detrás y tapándole los ojos. —Sorpresa.

Aron se tensó apartando sus manos y levantándose a toda prisa, se volvió para mirarla con la sorpresa reflejada en su cara. —Pensaba que te

habías ido… Ben me dijo que te habrías ido a casa, pero no estabas en Santo domingo. No sabíamos dónde buscarte. —Apretó los puños. —¿Sabes lo preocupado que estaba?

—Ah, pero ya ves que estoy bien. No te preocupes más.

Dejándolo de piedra sonrió a Milton. —Hola, jefe.

Aron procesó sus palabras y cuando lo hizo, ella se dio cuenta de inmediato porque puso los ojos en blanco.

—Lisset, llegas tarde.

—Cierto. El tráfico está fatal.

—Siempre dices lo mismo —dijo Aron exasperado sentándose frente a ella—. Nena, ¿volvemos a empezar?

—¡No tenía trabajo! Tengo que mantenerme. Voy a tener un hijo y el padre no se ocupa. —Sonrió al camarero cogiendo la carta.

—¿Qué no me ocupo?

—¿Ni siquiera sabes si será niño o niña?

—¡Porque no sabía que iba a ser padre hasta hace dos semanas!

—Pues eso.

Miró la carta mientras Milton levantaba su vaso al camarero para pedir otra copa. Se le veía encantado de la vida. —¿Te gusta mi nueva adquisición, Aron?

—No tiene gracia. No puedo creer que hayas caído tan bajo como para utilizar a mi mujer para sacar más de esto.

—No soy tu mujer. ¿Crees que podré comer pescado marinado?

—¡Nena, y yo que sé! Mejor come otra cosa.

Milton reprimió la risa y Aron le fulminó con la mirada.

—No sé…

—Ni se te ocurra pedir la carta de postres.

—No, la ginecóloga me ha dicho que tengo que controlar el azúcar.

No puedo pasarme.

—¿Por qué no me lo has dicho?

—¡No has preguntado! —Siguió mirando la carta. —Ya lo sé. Pediré chuletón de ternera con patatas fritas.

Aron entrecerró los ojos. —¿Seguro que puedes comer eso?

—Claro.

—Más te vale, porque como me entere de que debes controlar tu dieta, aparte de lo del azúcar, te juro que me voy a cabrear.

Ella sonrió maliciosa y Aron gruñó mirando de nuevo a Milton. —Sobre lo mío…

—Ya te lo he dicho. La mitad de tus activos no los necesito.

—Cariño, te vendrían muy bien esos aviones nuevos. Reconócelo. Por cierto, esta vez no has enviado a Rose a darle un repaso a la empresa.

—Será porque Rose se ha fugado con tu hermano.

Lo miró asombrada. —¿Qué?

—Sobre lo mío…

—¡Cállate Milton! —dijeron los dos a la vez—. ¿Cómo que se ha fugado con Rose?

—Cuando le pille, ya puede prepararse —siseó furioso.

—¡Eh, que mi hermano es un partido estupendo!

—¡Sí, un ex presidiario que no tiene oficio ni beneficio!

—Tiene dos millones en la cuenta.

—¡Porque acabas de decidir meterlos allí!

—Sobre mi problema…

—Ahora no, Milton —dijo ella muy seria—. ¡No te metas con mi hermano! Y como vuelva a pasar lo del baño, te juro que…

—¿Qué ocurrió en el baño?

—¡Rose es una mujer preparada que ha luchado mucho por llegar hasta donde está!

—Eso no lo dudo. Se la ve muy capaz, pero mi hermano también lo es. ¡Solo necesita una oportunidad!

—¡Ha tenido millones de oportunidades! —Cogió su copa de vino. —Menudo braguetazo ha pegado.

Jadeó indignada. —¡Retira eso!

—¡No pienso hacerlo, porque es verdad!

—Entonces yo he pegado otro, ¿no crees? ¡Y con bombo a la vista!

—¡No compares nena, que me voy a cabrear! ¡Tú me quieres!

—Y puede que él se haya enamorado de ella. ¡Yo solo necesité unas horas!

Aron sonrió y miró a Milton. —Está loca por mí.

—Eso ya lo veo, seiscientos y no hay más que discutir.

—¡Milton, cállate! —ordenó ella señalando a Aron—. Setecientos cincuenta y no hay más que discutir.

—¿Estás loca, mujer?

—¡Solo los aviones valen eso! Ampliarás tu aerolínea y tendrás bienes inmuebles por valor de otros doscientos que podrás vender para recuperar la inversión.

Los ojos de Aron brillaron. —¿La dirigirás tú?

—El que tienes ahora en mi puesto no lo hace nada mal. —Levantó la barbilla. —Aunque puede que te ayude cuando dé a luz a la niña.

A su prometido se le cortó el aliento. —¿Es una niña?

Sonrió encantada. —Sí. ¿Qué te parece? Una miniyo.

Aron se echó a reír y se levantó para darle un beso en los labios que le supo a gloria. Milton sonrió. —¿Estás sellando el trato?

—No tan deprisa —dijo Aron sentándose de nuevo—. Seiscientos veinte y hay trato.

—Muy bien, entonces los activos inmobiliarios se los queda Milton.

—Y una leche.

Ella se echó a reír al ver su indignación. —Cariño, ¿me has echado de menos?

—No sabes cuánto.

Los ojos de Lisset brillaron. —Pues demuéstrame cuanto me quieres. Setecientos cincuenta.

Aron sonrió malicioso. —¿Recuperarás el dinero?

—Sabes que sí.

—Queda otra cosa.

—¿No me digas?

—Tienes que casarte conmigo.

Milton abrió los ojos como platos. —¿Qué? ¿Qué tiene que ver eso con mi empresa?

—Cállate, Milton —dijeron a la vez sin dejar de mirarse a los ojos.

—¿Y qué gano yo de eso? Porque a este no le aprecio. No se parece a

George en nada. —Milton gruñó bebiendo de golpe el whisky que había pedido.

—Me ganas a mí y yo hago el mejor trato de mi vida, porque me casaré con la mujer que amo.

Los ojos de Lisset se llenaron de lágrimas de la emoción. —¿De verdad?

Él juró por lo bajo acercándose a ella y acuclillándose a su lado. Cogió su mano. —Nena, sé que te he hecho daño, pero no fue con intención. ¿Me perdonas?

—Te quiero y no puedo vivir sin ti. ¿No te has dado cuenta al verme aquí?

—Sí, me ha dado una pista. —Sonrió antes de besarla en los labios acariciando su nuca. Cerró los ojos disfrutando de su contacto y cuando él se apartó los abrió para mirar los suyos y en ellos vio cuanto la quería.

—¿Entonces hay trato?

Aron se echó a reír levantándose y extendió la mano por encima de la mesa, que Milton no tardó en estrechar ni una décima de segundo.

—Te has salido con la tuya, nena.

—¿Te acostumbrarás?

—¿A perder frente a ti? —La levantó cogiéndola en brazos mientras varias personas aplaudían. —No pierdo, negocio.

—Ja, ja. Esta vez has perdido, Morris.

La miró a los ojos. —No, cielo. He ganado. He hecho el mejor negocio de mi vida y esta vez sí que vamos a cerrarlo.

Epílogo

—¡Ben mueve el culo, que las niñas tienen que salir de la piscina!

Ben y Aron sentados en las sillas del jardín, miraron hacia la piscina hinchable donde Liss y Armoni estaban salpicándose la una a la otra.

—Cariño, se lo están pasando genial.

Su mujer sacó la cabeza por la ventana del despacho con el teléfono en el oído y gritó —¡No lo repito más! ¡Tienen que seguir un horario! ¡Qué no! ¡Ese avión tiene que estar en el aire esta noche!

Volvió a meterse y Ben levantó una ceja. —La quiero, pero no la soporto.

Aron se echó a reír a carcajadas y se levantó viendo como su mujer caminaba de un lado al otro del despacho hablando por teléfono. Perdió la risa de golpe y Ben silbó al ver cómo se tensaba. —¡Lisset! ¿Eso es un teléfono? ¡Suelta eso! ¿Qué te he dicho de trabajar fuera de cuentas?

Ella no le hizo ni caso dándole la espalda y Aron entró en la casa que compartían ambas familias para caminar hacia el despacho como si fuera a la guerra. Abrió la puerta de golpe y Rose dijo al teléfono —Te llamo luego. —Colgó y miró por la ventana de nuevo. —¡Ben!

—Ya voy…

Salió del despacho cerrando la puerta y Aron se acercó a su mujer que cuando vio que llegaba rodeó la mesa. —Ni hablar, señor Hentley. ¿Su última facturación fue de un millón menos que el año anterior por los descuentos que le aplico y encima se queja del servicio ante otros clientes? Quizás debería hablar con su mujer porque nos hemos hecho muy amigas en las reuniones de la guardería. Por cierto, David estaba monísimo de girasol. —Aron la siguió y ella aceleró el ritmo tapando el auricular. —Estoy contigo en

un segundo.

—Cuelga el teléfono —siseó haciendo que ella le lanzara un beso.

Entonces Lisset abrió los ojos como cuando tenía una idea y él gimió—.

¡Nena, cuelga ya!

—¡Tengo que dejarle, señor Hentley! —Colgó haciendo sonreír a su marido. —¡Barcos! Se ha quejado porque no podía trasladar sus tráileres.

¡Necesitamos barcos!

Aron la miró confundido. —¿Qué?

—¡Necesitamos barcos!

Su marido perdió la paciencia y le arrebató el teléfono cuando iba a llamar a su secretaria. —¡Cariño, tengo que hablar con Mary!

—¡Ya hablarás con ella después de dar a luz! Exactamente seis meses después. Eres peor que Rose. —La miró asombrado. —¡Eres peor que yo!

Lisset le abrazó por el cuello. —¿De veras? —Intentó apretar la pelvis contra él, pero era misión imposible. —Espera que…

Aron se echó a reír y la besó apasionadamente. —Dios, nena. Cuanto te quiero.

—Lo mismo digo. Gracias.

La miró sorprendido. —¿Por qué?

—Por acoger a mi hermano en la empresa, por quererme por encima de todo, por darme a Liss y al niño que esperamos, por ser el mejor amigo y marido del mundo…

—¿Hiciste un buen negocio cuando te casaste conmigo?

—El mejor. Te conseguí a ti.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos “Planes de Boda” o “Huir del amor”. Próximamente publicará “Lecciones del amor” y “Mi alfa”.

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato Kindle, solo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon o ir a su página de autor. Allí encontrarás más de noventa novelas para elegir de distintas temáticas.

También puedes seguir sus novedades a través de Facebook.